

P.V.P. 1000 ptas.

Primavera, 1992. N.º 13

veintiuno

revista de pensamiento y cultura



● La construcción de Europa ● Nacionalismo y
unión europea ● Cunqueiro y la verosimilitud li-
teraria ● Gramsci y la política española ● Ley
de Fundaciones ● Ideas políticas en la antigua
URSS ● Migraciones



veintiuno

REVISTA DE PENSAMIENTO Y CULTURA

Edita: Fundación Cánovas del Castillo

PRESIDENTE: Carlos Robles Piquer

Director

Francisco Sanabria Martín

Coordinador

Jesús Trillo Figueroa

Consejo asesor

Carlos Aragonés

María Dolores de Asís

Miguel Cruz Hernández

María Teresa Estevan Bolea

Guillermo Gortázar

Mario Hernández Sánchez-Barba

Alejandro Muñoz Alonso

Dalmacio Negro Pavón

Rafael Pérez Alvarez-Osorio

Juan Velarde Fuertes

Director técnico

Isidro-Juan Palacios

Redacción

José Manuel de Torres

Maquetación

JA'af

Publicidad

Luis Tejedor

Administración

Norberto Mansilla

La revista no comparte necesariamente las opiniones expresadas en ella por los colaboradores.

VEINTIUNO no publicará más originales que los previamente solicitados por sus órganos de dirección.

Fotocomposición: Vegalaiz, S. L. Tel.: 472 44 62

Fotomecánica: Groff, S. L. Tel.: 468 32 52

Imprime: Gramavi.

Depósito Legal: M-42.413-1983

ISSN 1131-7736

REDACCION, PUBLICIDAD Y SUSCRIPCIONES

Marqués de la Ensenada, 14, piso 3.º, pta. 25
28004 Madrid

Teléfonos: 319 59 04 - 319 59 08

Fax: 319 82 58

SUMARIO

N.º 13

EDITORIAL 3

ESTUDIOS

- ▶ **Ideas sobre la construcción de Europa.** (José María Aznar) 5
- ▶ **El nacionalismo y la unión europea.** (Lorenzo Bernaldo de Quirós) 13
- ▶ **Cunqueiro y la verosimilitud literaria.** (José Luis Varela) 25

ANALISIS

- ▶ **Un análisis gramsciano de la situación política española.** (Rafael Gómez Pérez) 36
- ▶ **La necesaria Ley de Fundaciones.** (Miguel Angel Cortés) 45
- ▶ **El rapto de las sabinas. La evolución de las ideas políticas en la antigua URSS.** (Gregori German) 49

MIGRACIONES

- ▶ **La inmigración en España: Cinco siglos después, regresan los árabes.** (Rafael Puyol) 63
- ▶ **El reflujo de los imperios.** (Belisario) 71

DOCUMENTOS

- ▶ **América o el Tercer Hombre.** (Pablo Antonio Cuadra) 85

CRONICAS

- ▶ **Crónica Cultural.** (Pedro Fernández Barbadillo) 99
- ▶ **Crónica Parlamentaria.** (M.ª Gemma Prieto Gutiérrez) 105
- ▶ **Panorama de las ideas.** (José Luis Monegro) 109

PERFILES

- ▶ **Joaquín Pérez Villanueva.** (Francisco Sanabria) 114

LIBROS 117

- Los orígenes de Europa (Christopher Dawson).** Virginia Sanabria / Jerónimo Molina Cano.
- Escritos Económicos (Laureano Figuerola).** Lucas Beltrán.
- Cuestiones de bioética (José Miguel Serrano Ruiz-Calderón).** José de la Torre Martínez.
- Cervantes, clave española (Julián Marías).** Jerónimo Molina Cano.
- Mitos, sueños y misterios (Mircea Eliade).** Rafael Gómez Pérez.
- El nacionalismo vasco (Fernando García de Cortázar y José Manuel Azcona).** Pedro Fernández Barbadillo.
- Publicaciones desde Ecuador (Fundación Ecuatoriana de Estudios Sociales).** Carmelo Campoarique.

CÁNOVAS

Un hombre para nuestro tiempo

EXISTE una línea de pensamiento cristiano, que inició Jovellanos y continuaron Balmes, Donoso Cortés y Menéndez Pelayo, en la que se inserta Cánovas del Castillo. Lo recordó *El Debate* cuando se conmemoró el centenario de su nacimiento: «en sus líneas generales y en su espíritu más puro —decía el periódico—, pertenece a la herencia tradicional española»; y recordaba sus «arraigadas convicciones católicas».

Otra cosa es que, con una sensibilidad para la realidad que, desgraciadamente, no fue habitual en los católicos de su tiempo, Cánovas supiera acomodarse a las circunstancias en que sus convicciones podían desenvolverse más fructíferamente. Así lo demuestra el que Maura, Cambó o Ángel Herrera no puedan entenderse prescindiendo de él y, sobre todo, el hecho de que, un siglo después de su muerte, sus soluciones conserven sustancialmente toda su vigencia y se pueda hablar justificadamente de Cánovas como de «un hombre para nuestro tiempo».

Gran político, seguramente el mayor de la España moderna, su actuación estuvo siempre guiada por la doctrina que dejó esparcida en multitud de libros y discursos. De él se dijo que no hubo en Europa nadie que conociese mejor las razones de sus actos y quisiera más los actos de sus razones. Pero así como su obra política ha sido magistralmente estudiada, la doctrina sigue prácticamente inédita. A facilitar su conocimiento ha querido contribuir García escudero con esta Antología «excelente y objetiva», como la califica en el prólogo Manuel Fraga, tan estrechamente vinculado con la Fundación Cánovas del Castillo, que patrocina su publicación en la BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS.

Gran político, seguramente el mayor de la España moderna, su actuación estuvo siempre guiada por la doctrina que dejó esparcida en multitud de libros y discursos. De él se dijo que no hubo en Europa nadie que conociese mejor las razones de sus actos y quisiera más los actos de sus razones. Pero así como su obra política ha sido magistralmente estudiada, la doctrina sigue prácticamente inédita. A facilitar su conocimiento ha querido contribuir García escudero con esta Antología «excelente y objetiva», como la califica en el prólogo Manuel Fraga, tan estrechamente vinculado con la Fundación Cánovas del Castillo, que patrocina su publicación en la BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS.

CANOVAS

Un hombre para nuestro tiempo

INTRODUCCION Y ANTOLOGIA

POR

JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO



BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
FUNDACION CANOVAS DEL CASTILLO

CUPÓN DE PEDIDO

Marque las opciones deseadas:

- Cánovas. Un hombre para nuestro tiempo.** José María García Escudero 1.000 ptas.
- Visión de España.** Pedro Sainz Rodríguez 2.000 ptas.
- Discursos en el Ateneo.** Tomo I. Obras completas. Cánovas del Castillo 1.500 ptas.

Contra envío de la copia (o fotocopia) de ingreso en la cuenta de la Fundación Cánovas del Castillo del Banco Popular Español, C/ Génova, 20 - Agencia 32 de Madrid (c.c. n.º 60-02498-48) se remitirá el libro. Por favor, no olvide indicarnos su nombre y dirección habitual.

Nombre Apellidos

C/ n.º Localidad

D.P. Ciudad Teléfono

Europa, desde dos puntos de mira, el de su construcción ponderada, paulatina, prudente, y el de los nacionalismos, impulso y freno de una unión europea. Sendas perspectivas se reflejan en los dos primeros **Estudios** de este número de primavera, que se complementan con un examen de la verosimilitud literaria en la obra de **Alvaro Cunqueiro**.

Tres **Análisis** también: un recordatorio de **Antonio Gramsci**, tras el centenario de su nacimiento, centrado oportunamente en la situación política española; la exposición motivada de un proyecto necesario de Ley de Fundaciones; y un repaso concienzudo de la evolución de las ideas políticas en la antigua URSS, que explican las actuales tendencias y aclaran ciertas tensiones presentes y potenciales.

Migraciones es el tema central en este segundo volumen de la revista en el presente año, y en él, dos trabajos: el uno, un repaso analítico objetivo, de datos y hechos, sobre las situaciones de la inmigración legal e ilegal en nuestro país, su procedencia y regulación, así como las perspectivas de futuro. El otro artículo afronta el problema de la migración en Europa desde un enfoque amplio, que abarca los ángulos histórico, cultural, incluso ideológico, del fenómeno, no sin matizaciones polémicas que se abren a la discusión.

Un hispanoamericano esclarecido y un texto bello y lúcido llenan nuestras páginas dedicadas a **Documentos**. Conveniente, creemos, en este año singular de conmemoración.

Las **Crónicas** habituales: cultural, parlamentaria y el panorama de las ideas.

En fin, el **Perfil** de una personalidad de especial significación para la Fundación editora de esta revista.

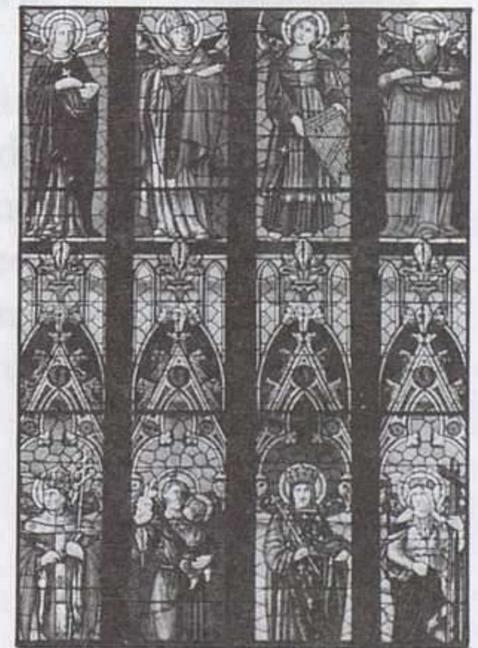


Ilustración de portada: Vidrieras de la Catedral de Gerona (detalle)

*Y los **Libros**. Agradecemos las sugerencias y las felicitaciones, no menos que las críticas, hechas a esta sección o a otras de esta publicación. Nos alientan y nos orientan.*



Francisco SANABRIA MARTÍN
Director

que la Casaca de Celso (1919)

IDEAS SOBRE LA CONSTRUCCION DE EUROPA*

José M.^a AZNAR

La visión española de la construcción de Europa está condicionada, en primer lugar, por la vocación europea de España, que ha hecho que la unidad de Europa haya sido siempre una meta para las fuerzas políticas democráticas españolas; con ello subrayo la vigencia del compromiso de España y, naturalmente, de mi partido, con el futuro de Europa. Pero, al mismo tiempo, somos conscientes de la realidad europea, a la que vemos en un constante proceso de cambio.

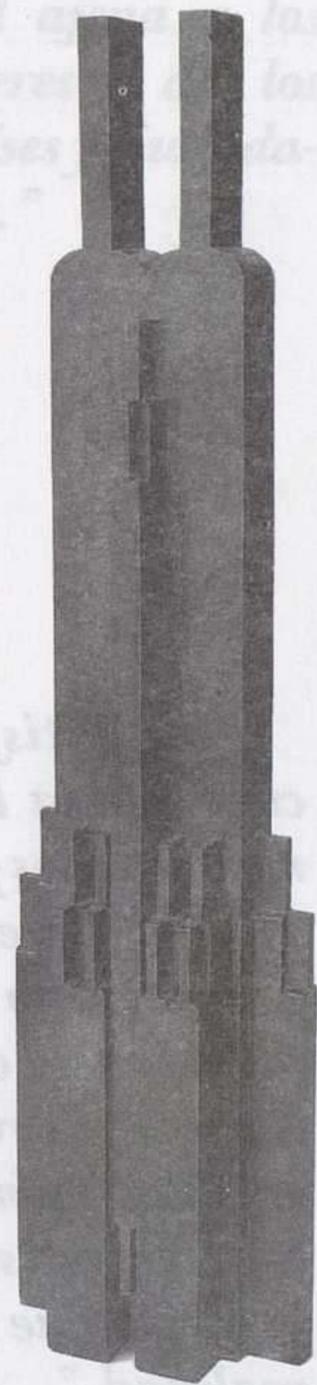
LA caída del imperio soviético nos condiciona a los europeos en cuanto ha supuesto el diseño de un nuevo mapa político y, de modo especial, porque con él han desaparecido dos bloques antagónicos en lo ideológico, lo económico y lo militar. Sin embargo, ni el mapa político está perfectamente definido y consolidado, ni la seguridad y defensa europeas están perfectamente garantizadas.

La satisfacción que la liberación de los países del Este representa para quienes hacemos de la libertad y la democracia las piedras angulares del progreso y de la paz, no nos puede hacer olvidar que Europa, en estos momentos, es más un proyecto que una realidad. Esto significa que las decisiones sobre el futuro han de tomarse con cautela y realismo. El programa de gobierno de mi partido ofrece, al respecto, los siguientes puntos de referencia:

I. La consolidación de la Comunidad Europea

La consolidación de la Comunidad Europea es, en efecto, un factor re-

* Una primera versión de este artículo fue la conferencia pronunciada por su autor en el *Royal Institute of International Affairs*, de Londres, a fines del pasado año.



Estudio en formas arquitectónicas (John Storrs)

conocido como esencial para la construcción de Europa; por ello es un principio que requiere la máxima atención al objeto de evitar que “la política comunitaria” sea considerada como una política de “supervivencia” ante los cambios que están transformando a Europa.

Por el contrario, creemos que hay que adoptar una actitud positiva, absolutamente superadora de todo lo que suponga una “huida hacia adelante”. En ningún caso, Europa puede ser el producto de una operación artificial ajena a los intereses de los países y ciudadanos. No se trata de hacer experimentos para conseguir “la mejor Europa posible”, sino de seguir con prudencia, pero con seguridad, el pulso de los ciudadanos, como intuyó **Jean Monnet**: “*nosotros no unimos a los Estados, unimos a los hombres*”. El tesón y la voluntad de los hombres y mujeres son los que abren los nuevos horizontes. Los europeos tenemos el ejemplo cerca: al muro de Berlín no lo ha derrumbado una decisión política... Nuestros hijos agradecerán que la construcción de Europa sea más el resultado de un proyecto común que una imposición de los intereses políticos y económicos.

II. Adopción del «criterio gradualista»

La consolidación de la CE y el proceso de identificación de los ciudadanos con el proyecto europeo, requieren la adopción del “criterio gradualista”. La construcción de Europa exige una progresión realista, coherente y equilibrada, en todas las dimensiones propias de la integración evitando, por consiguiente, una prematura cristalización definitiva de la fórmula política que ha de adoptar Europa.

El modelo político al que se llegue ha de ser una manifestación de la cultura comunitaria, es decir, el resultado de la voluntad de los ciudadanos, sin olvidar la aportación de los países del Este. Pero, sobre todo, la fórmula política dependerá de cómo se desarrolle el proceso de la unidad e integración europeas.

Lo importante es dar los pasos necesarios para garantizar las libertades y el bienestar de los ciudadanos y el progreso de las distintas regiones, de forma que los desequilibrios regionales no se conviertan en puntos de referencia de injusticia y desigualdad sociales. Antes de adoptar una fórmula política, han de superarse los problemas que plantea el dirigismo burocrático y la amenaza que una concepción rígida del centralismo supone para el libre desarrollo de la economía comunitaria. En ese sentido, el “proyecto federalista” es atractivo en la medida en que ofrece un fuerte condicionamiento a la burocracia centralizadora y, por otra parte, es una evidente garantía para que el “principio de la subsidiariedad” sea operativo.

“La satisfacción que la liberación de los países del Este representa no nos puede hacer olvidar que Europa, en estos momentos, es más un proyecto que una realidad.”

III. Garantizar la “solidaridad europea”

Desde nuestro enfoque, el objetivo del “federalismo” contiene, implícitamente, el establecer y garantizar la “solidaridad europea”, como señala la Declaración Schumann: *“Europa no se hará de golpe, se hará mediante realizaciones concretas, creando primero una solidaridad de hecho”*. Para el partido que presido, la “solidaridad” no es un concepto abstracto, sino un objetivo concreto: articular los mecanismos precisos que armonicen las regiones no sólo jurídica, sino económica, cultural y socialmente. Por consiguiente, las energías han de dirigirse a evitar tanto la construcción de Europa a dos velocidades, como las diferencias Norte-Sur.

IV. Apoyo a la Unión Económica y Monetaria

España apoya sin reservas el objetivo de la creación de la Unión Económica y Monetaria. Sin embargo, el proceso de integración debe realizarse paulatinamente y en fases sucesivas que permitan la adaptación de las economías de los distintos países miembros a la nueva realidad. En la actualidad, desde un enfoque económico, existen dos Europas comunitarias: una, que disfruta de escasa inflación y sin problemas exteriores; y otra, en la que se incluye España, muy inestable en precios y en sus conexiones con el exterior. Para España, el reto es saltar de la velocidad lenta y, por ello, atrasada, a la de desarrollo rápido y saneado.

La política del actual Gobierno socialista ha situado a nuestro país en la marcha lenta, lo cual representará un freno a la hora de la realización del programa de gobierno de mi partido. Pese a esta dificultad, el salto ha de darse, porque, sin intentarlo, el estancamiento económico español —del que es una muestra nuestra alta tasa de paro— pasará a consolidarse y, con él, se hará más difícil cerrar la diferencia de rentas con los países más prósperos. España ha de asumir, por tanto, las exigencias de una velocidad de crucero aceptable al objeto de facilitar la convergencia de nuestra economía con el resto de las comunitarias. Por esta razón, apoyamos la tesis de algunos países (como el Reino Unido y, en cierto sentido, Alemania) de que el calendario debe permitir un ajuste sin ahogos y sin presiones, que son peligrosas para la mayoría de las economías comunitarias.

V. Moneda única y política monetaria común

La Unión Económica Monetaria es un requisito para lograr la Unión Política. Los pasos a dar en este sentido son, según nuestro proyecto polí-

“En ningún caso, Europa puede ser el producto de una operación artificial ajena a los intereses de los países y ciudadanos.”

“Hablar de la construcción de Europa implica recordar el anacronismo histórico y político que significa Gibraltar.”

tico, la existencia, al final de un período transitorio, de una única moneda europea y una política monetaria común, instrumentada por un único e independiente Banco Central Europeo. Ahora bien, la Unión Económica y Monetaria sólo tiene sentido, desde la perspectiva de la construcción de la nueva Europa, si se establecen los correspondientes mecanismos de solidaridad entre sus ciudadanos, a través de un sistema fiscal progresivo en los ingresos y redistributivo en los gastos.

VI. Hacia la Unión Política

La Unión Política, para seguir avanzando, requiere un salto cualitativo en su desarrollo, cuyo eje es el fortalecimiento de las instituciones comunitarias, compatible con las identidades nacionales. La vocación europea de un país miembro de la Comunidad no significa que se renuncie a la propia identidad cultural y nacional. Por el contrario, la defensa de las peculiaridades e intereses nacionales es un buen antídoto contra el peligro de una Europa burocrática sin legitimación democrática. Esta defensa, por otra parte, sólo es posible si las instituciones comunitarias alcanzan un adecuado nivel de democratización.

La solución para acabar con el “déficit democrático” que padece la Comunidad Europea, no supone necesariamente la creación de nuevas instituciones, pues, como la práctica indica, los representantes de los países miembros han preferido siempre la vía más pragmática de meras reformas recogidas en un acta o en un tratado. A nuestro juicio es suficiente con emprender las reformas necesarias que lleven a cabo un triple objetivo:

- Reconocer, de hecho, **el protagonismo del Parlamento**, de acuerdo con la tesis del “Documento Belga” que, en definitiva, recuerda, “quien dice democracia, dice Parlamento”. Desde el punto de vista español, la reforma debe centrarse, en una primera fase, en remediar el citado “déficit democrático” y en facilitar el funcionamiento de las instituciones. Lo razonable, en esta línea, estaría en una “división bipolar del poder”, consistente en un poder ejecutivo fuerte, dotado de competencias limitadas, y un Parlamento que lo controle, en el que los países miembros estuvieran adecuadamente representados.
- Ampliar los supuestos en los que las decisiones comunitarias se adopten por **mayoría cualificada**, dentro del respeto al principio de subsidiariedad y excluyendo la armonización de factores que incidan en la competitividad. Para España es esencial el respeto al **principio de subsidiariedad**, ya que constituye no sólo la base para el buen funcionamiento de las instituciones, sino que representa una garantía para los Estados que

necesitan defender su personalidad en el conjunto de la Unión Europea.

- Establecer el derecho a la **ciudadanía europea** pero evitando la ingenuidad y la demagogia. Ser “ciudadano europeo” no consiste sólo en poseer el derecho al voto o a la libre circulación de personas o capitales. La “ciudadanía europea” supondrá una garantía al disfrute de plenas libertades y derechos jurídicos, culturales, económicos y sociales. Somos conscientes de que este objetivo sólo se conseguirá cuando el principio de solidaridad sea efectivo... Pero desde la perspectiva española, éste es uno de los más importantes retos de la Unión Política...

Los “ciudadanos europeos” tienen que ver como valores europeos: la **cooperación** en los asuntos judiciales y de seguridad ciudadana, la **colaboración** entre todos los Estados miembros para combatir y erradicar de todo el ámbito europeo el terrorismo y la droga; y la **solidaridad** entre los Estados y entre los ciudadanos.

Desde la perspectiva española, la **solidaridad europea** ofrece las siguientes facetas:

1. La elaboración de una **política social** coherente con el objetivo de mejorar las condiciones de vida y de trabajo de todos los ciudadanos. Por consiguiente, la “dimensión social” ha de ser una constante en el proceso de la Unión Europea.

2. En nombre de esa solidaridad, España rechaza el enfoque basado exclusivamente en la **armonización**, decidida por mayoría cualificada, de las **condiciones de vida y trabajo** de los ciudadanos de la Comunidad, cuando se realice sin articular mecanismos de compensación.

3. Por la misma razón, rechaza también el deseo de imponer la **armonización de los diferentes modelos de relaciones industriales**, ignorando que son el fruto del diálogo, a lo largo de la historia, entre los interlocutores sociales de cada país y, por consiguiente, representan la mayor riqueza de Europa: su diversidad.

4. Asimismo, desde la perspectiva española, la **cohesión económica y social** prevista en el Tratado de Roma sólo podrá alcanzarse si se realiza un esfuerzo decisivo para la superación de los desequilibrios regionales.

VII. Política exterior y de defensa comunes

La Unión Política ha de suponer el establecimiento de una política exterior y de seguridad y defensa comunes. Sin una voluntad unitaria en lo político y en lo defensivo, la CE no pasará de ser una importante Confederación de intereses económicos, incapaz de cumplir con los objetivos de su creación ni de satisfacer las esperanzas de los estados miembros. España apuesta por una Europa con prestigio y peso internacionales como

“El proceso de integración debe realizarse paulatinamente, y en fases sucesivas que permitan la adaptación de las economías de los distintos países miembros a la nueva realidad.”

“España ha de asumir las exigencias de una velocidad de crucero, aceptable al objeto de facilitar la convergencia de nuestra economía con el resto de las comunitarias.”

medio para avanzar hacia la paz. Por ello, apoya los proyectos que se refieren a la necesidad de lograr una política exterior común, pero insistiendo en que no basta con definir sus objetivos, sino que es necesario adoptar normas comunes para su ejecución. Así lo reclaman la situación del Centro y Este de Europa y, a su nivel, el Nuevo Orden Mundial que está emergiendo tras la caída del imperio soviético...

Desde el punto de vista español, por otra parte, hablar de la construcción de Europa implica recordar el anacronismo histórico y político que significa Gibraltar que, para España, es posible y razonable superar dentro de las actuales relaciones comunitarias.

VIII. La sólida experiencia de la OTAN

La política de seguridad y defensa requiere, en estos momentos, una especial atención por la necesidad de definir la “doctrina comunitaria” en esta importante faceta de la Unidad Europea. Desde el punto de vista de mi partido, esta doctrina ha de dejar perfectamente sentados dos principios: el primero, que la Alianza sigue siendo el mejor sistema de seguridad europeo y atlántico, como lo demuestra el que países del antiguo Pacto de Varsovia, como Hungría, Polonia y Checoslovaquia consideren el sistema de la Alianza como una garantía de estabilidad; y el segundo, que no se puede hablar de la seguridad europea actual, incluyendo el “deshielo” democratizador del Este, sin enumerar los méritos de la OTAN y sin reconocer que la historia de la Alianza Atlántica es la de un éxito sin precedentes en los esquemas internacionales de seguridad. La OTAN presenta, en efecto, un balance extraordinario: preparada como estuvo para hacer la guerra, ha demostrado su enorme valor para el mantenimiento de la paz.

Esta realidad condiciona la postura a adoptar respecto a la UEO, que aceptamos debiera convertirse en el “brazo armado” de la CE, pero teniendo en cuenta los siguientes requisitos: **prudencia**, a la hora de considerar fórmulas que puedan poner en peligro la estabilidad que la OTAN representa tanto para sus miembros como para los países recién ingresados en la democracia; **transparencia**, en las propuestas, que no aceptaremos si obedecen a una filosofía antinorteamericana y antiatlantista, o a la pretensión de influir en la CE; y **eficacia**, ya que resulta extremadamente arriesgado para todos que una artificial rivalidad ponga en peligro lo que la OTAN tiene de sólida experiencia en provecho de lo que todavía no ha pasado por ser un tratado y, prácticamente, una oficina: la UEO. Esta es, a nuestro juicio, la repercusión que puede tener la creación de un ejército europeo, concepto que, por otra parte, nosotros compartimos...

Debo subrayar que para una política europea y española de seguridad y defensa, mi partido adopta el modelo de los círculos concéntricos, desde

fuera hacia dentro, que se articularía en: CSCE (Conferencia sobre la Seguridad y Cooperación en Europa) apoyado en un "Consejo Europeo de Seguridad"; OTAN, CE/UEO. Este conjunto, a nuestro juicio, formaría el mecanismo global de la seguridad europea.

IX. Concertación con los países del Mediterráneo

Para España, la construcción de una nueva Europa requiere hacer frente a la profunda transformación que está sufriendo el Sur de Europa y, en particular, el área mediterránea. Sus problemas afectan a las políticas comunitarias globales, no sólo en lo que se refiere a las tradicionales cuestiones agrícolas o a las relaciones generales con la ribera Sur mediterránea, sino por la agravación de las tensiones que causa la emigración clandestina procedente del Norte de Africa y la droga, que encuentra en esta zona circunstancias extremadamente favorables para su desarrollo.

A todos los europeos nos interesa, por tanto, que esta región alcance la estabilidad, progreso en lo económico y en lo social y un común entendimiento en lo cultural. Por ello mi partido defiende la "concertación política" en el Mediterráneo, concebida como un proyecto que si en un principio ha de ir destinada a reforzar la solidaridad entre los países de la Comunidad Europea de la ribera Norte, debe fijarse como meta final el entendimiento con los de la ribera Sur.

Por la importancia que el Mediterráneo tiene para el resto de Europa, e incluso para las relaciones internacionales de todo el mundo, la concertación ha de abordar los compromisos básicos para la convivencia de los países de ambas riberas, la búsqueda de soluciones para evitar los desequilibrios económicos y encauzar los movimientos demográficos de forma justa; así como para poner remedio al inmenso problema del medio ambiente, con medidas de rigor y espíritu de solidaridad entre los países de las dos orillas del Mediterráneo.

X. Un viejo continente para una nueva Europa

Es urgente que Europa retome el curso de su historia. Los recientes acontecimientos que han cambiado el mapa europeo no sólo han de satisfacernos sino que deben darnos mayores impulsos para reforzar nuestros valores de libertad y democracia. Pues no basta con decir que la razón estaba de nuestra parte... La Historia no ha terminado, sino que inicia una nueva etapa con nuevas energías y nuevos horizontes. El final de la confrontación capitalismo-socialismo nos obliga a reflexionar sobre nuestras

"La 'ciudadanía europea' supondrá una garantía al disfrute de plenas libertades y derechos jurídicos, culturales, económicos y sociales."

“El final de la confrontación capitalismo-socialismo nos obliga a reflexionar sobre nuestras instituciones democráticas y sociales desde nuevas perspectivas.”

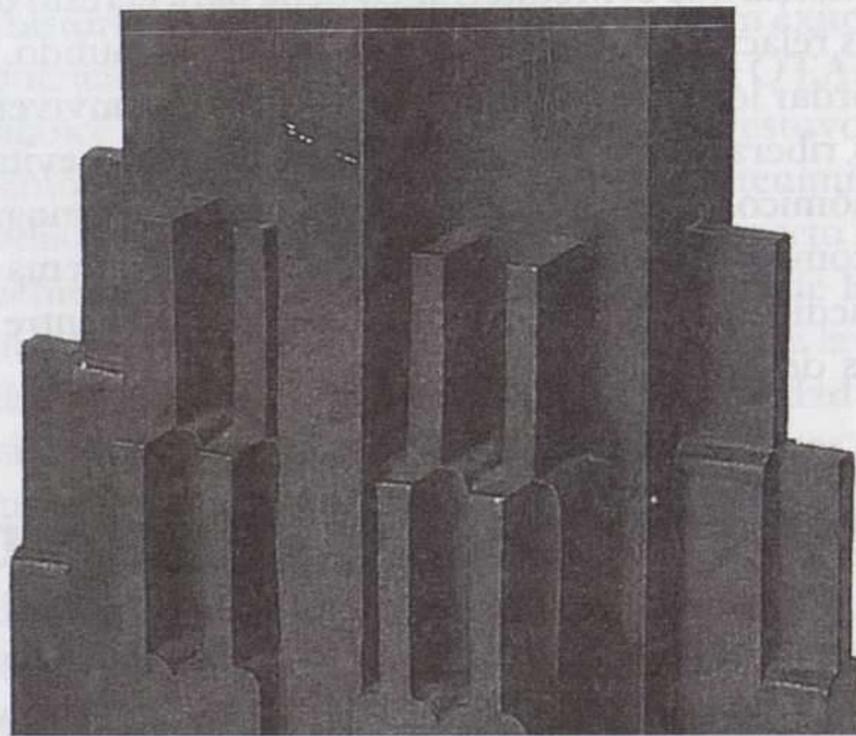
instituciones democráticas y sociales desde nuevas perspectivas.

Por otra parte, no podemos olvidar que nuestra cultura democrática y nuestro sistema de vida están amenazados por dos grandes enemigos: la droga y el terrorismo. Ante ellos, insisto, sólo cabe la respuesta de la “solidaridad europea” pero traducida en colaboración y eficacia.

La pertenencia a la CE es la aspiración de prácticamente todos los países del Este, y es razonable que los países comunitarios pongan condiciones económicas, políticas y democráticas para su adhesión. A cambio, creemos, la CE debe ofrecerles también un cierto número de garantías: en primer lugar, la de su propia consolidación y fortalecimiento institucional; después, la de una “ciudadanía europea” con verdaderos valores de solidaridad y eficacia política y social; y, finalmente, la garantía de un **proyecto político** que convierta a Europa en un centro de gravedad del Nuevo Orden Mundial. Como europeos hemos de reconocer que nuestra historia, nuestra cultura, nuestro sentido de la democracia y de las libertades, nos hacen acreedores de esa responsabilidad.



José M.^a AZNAR



EL NACIONALISMO Y LA UNION EUROPEA

Lorenzo BERNALDO DE QUIROS

El resurgir del nacionalismo es uno de los fantasmas que planean sobre la Europa de los años noventa. La imagen de un Continente unificado por las fuerzas del mercado, a través de una zona de libre cambio aparece enturbiada por el posible auge del fenómeno nacionalista que puede echar al traste con ese factor integrador que supone la libre circulación de personas, bienes y capitales.

UNOS estados occidentales en los que se fomenta, entre otras cosas, el odio a las nuevas “razas inferiores” —los inmigrantes turcos en Alemania, o los argelinos en Francia— con la implícita acusación de que amenazan el patrimonio moral y económico de la *patria*, pueden ver fortalecerse —sin duda alguna— los movimientos de corte nacional-fascista que se gestan en su seno como el Frente Nacional de **Le Pen**, en Francia, o el Partido Republicano en Alemania, que además está liderado por un ex oficial de las S.S., **Franz Schönhuber**, o —lo que es peor— la atmósfera general de la opinión de los estados europeos.

Por otro lado, los países de una Europa central y oriental, que han visto asfixiadas durante medio siglo sus indentidades nacionales dentro del magma totalitario del imperio soviético, constituyen un caldo de cultivo relativamente fácil para los nuevos profetas del nacionalismo; sobre todo si tienen —o van a tener— serios problemas en sus balanzas de pagos, y en esa situación se produce la típica apelación de los demagógicos de turno a los intereses nacionales frente a la “invasión económica” del exterior. Conviene recordar que la pujanza del nacionalismo se encuentra en proporción inversa a la efectiva realidad de la nación. Por eso, hoy como ayer, es necesario vacunar a la sociedad europea del virus nacionalista que, lejos de ser un elemento constructivo, es —como escribió **Samuel Johnson**— “el último refugio de los granujas” y una de las causas eficientes del drama europeo de este siglo.

“La estabilización de la lealtad suprema del hombre con respecto a su nación señala el principio de la era nacionalista.”

Un poco de historia

El nacionalismo, tal como lo entendemos hoy en día, no es anterior a los últimos cincuenta años del siglo XVIII. En las postrimerías de la Edad Media, la palabra nación prácticamente carecía de contenido político. Los romanos nunca se designaron a sí mismos con el término *natio*, sino con el de *populus*. En los siglos XVII y XVIII la idea de nación se oponía a la de pueblo. Sólo al llegar las revoluciones occidentales en el siglo XVIII se produce la integración del pueblo en la nación-estado. En este sentido, “*el nacionalismo es un vástago de la Revolución Francesa*” (1). El período de la historia moderna que empieza con la Gran Revolución se caracteriza por el hecho de que en él, y sólo en él, la nación exige al hombre su lealtad suprema, hasta el extremo de que todos los ciudadanos quedan bajo el dominio de esa “suprema conciencia” del grupo que es la nación.

El nacionalismo presupone la existencia, de hecho o como ideal, de una forma centralizada de gobierno, por lo que es imposible pensar en él antes de la aparición del estado moderno entre los siglos XVI y XVIII. El nacionalismo adoptó esa forma de estado, pero la cambió vivificándola con un nuevo sentimiento vital y con un fervor pseudorreligioso. La estabilización de la lealtad suprema del hombre con respecto a su nación señala el principio de la era nacionalista.

Históricamente, los nacionalistas han basado sus argumentos para delimitar la especificidad de su colectivo en unos supuestos lazos objetivos que les definen. Estos son tradicionalmente la descendencia común, el idioma, el territorio, la entidad política, las costumbres, las tradiciones y la religión. Ahora bien, la mayoría de las nacionalidades europeas modernas son el resultado de la mezcla de distintas personas y razas a lo largo de los siglos; lo que hace difícil, por no decir imposible, descubrir una ascendencia común. Hay muchas organizaciones políticas, como la Confederación Helvética, en las que se hablan cuatro lenguas diferentes y están unidas; y al contrario, otras, como Noruega y Dinamarca, que procediendo de un mismo tronco y teniendo una misma lengua forman estados diferentes.

Por lo que se refiere a las costumbres y a las tradiciones como factor determinante de la nacionalidad, éstas no sólo varían mucho de una región a otra dentro de cada estado, sino que además están sometidas, en nuestra época, a cambios permanentes. Esto quiere decir que por nación o, mejor dicho, por nacionalidad, no puede entenderse algo objetivo e inmutable, sino algo subjetivo y cambiante. La elevación de la nacionalidad a lo absoluto se ha debido a dos conceptos ficticios que, sin embargo, fueron aceptados como verdaderos. Uno de ellos sostiene que la sangre y la raza son la base de la nación y llevan consigo una herencia inmutable; el otro ve al *Volksgeist* —pueblo— como la fuente inagotable de la nacionali-

“La mayoría de las nacionalidades europeas modernas son el resultado de la mezcla de distintas personas y razas a lo largo de los siglos.”

dad y de todas sus manifestaciones. La combinación de ambos ha sido un factor clave de esa “Guerra de los Treinta Años” que ha asolado la Europa moderna.

La historia de la humanidad es el resultado del despliegue de la acción individual a lo largo de los tiempos. Esta, en su largo devenir, con avances y retrocesos, ha ido articulando instituciones que han servido para ampliar paulatinamente los círculos dentro de los cuales se desarrolla la cooperación entre los individuos. Estos límites no son fijos ni permanentes y tienen como única finalidad un carácter utilitario: servir al desarrollo de las iniciativas y de los proyectos de vida individuales. Aquí y ahora, el círculo de acción y de protección del individuo definido por la nación no sólo ya no es suficiente para conseguir dicho objetivo, sino que, por el contrario, se ha convertido en un obstáculo.

Como ha escrito **Sidney Herbert**: “*El nacionalismo político, en las condiciones actuales, es antagónico con el curso general de los asuntos humanos, que abandonan el aislamiento para llegar a la interdependencia. Su finalidad no es servir, ni mucho menos cooperar, sino excluir y monopolizar*” (2).

El fervor nacionalista ha sido uno de los motores de la destrucción de Europa a lo largo del siglo XX. En el siglo XIX, el movimiento de las nacionalidades había conducido a las unidades de Italia y de Alemania. La idea de unidad nacional en la Europa decimonónica era un producto típico del liberalismo, del libre cambio y del *laissez-faire*. Sin embargo, en el siglo XX, dicho movimiento ha tendido a la disgregación y no a la integración. Y es que si las unidades políticas debían tener por cimiento ya sea la comunidad de cultura o la identidad de las personas, imperios como por ejemplo el turco y el austro-húngaro estaban condenados a muerte, y con ellos el sistema europeo vigente. En este contexto, el milagro del siglo XIX —la resolución de los problemas de integración planteados por las nacionalidades sin guerras ni muertes— no se repitió en el XX y desencadenó una guerra general.

La conflagración de 1914 a 1918, la Primera Guerra Mundial, que liquidó para siempre el frágil y próspero equilibrio que dominó el Viejo Continente desde el Congreso de Viena, y con él la posición central de Europa en el mundo, surgió de las querellas suscitadas en los Balcanes por las reivindicaciones de las nacionalidades. El imperio austro-húngaro tomó iniciativas que llevaban en su germen el conflicto para neutralizar la propaganda serbia hacia los eslavos del sur, porque amenazaba la vida de aquel imperio. La solidaridad eslava le impidió a Rusia ver una Serbia militar o diplomáticamente aplastada. El orgullo nacional alemán, la convicción de que la patria tenía un destino, lanzó a la guerra, en medio del entusiasmo de las masas, a un imperio guillermino envenenado por el pangermanismo. La voluntad de sobrevivir como una gran potencia, el afán de venganza por la humillación sufrida en Sedán, en el conflicto franco-pru-



Mujer peinándose (Alexander Archipenko)

“Por nación o por nacionalidad no puede entenderse algo objetivo e inmutable, sino algo subjetivo y cambiante.”

siano de 1870, arrojaron a Francia en pos de la conflagración. En los años anteriores a la Gran Guerra, todos los movimientos nacionalistas habían sido impulsados por intelectuales que subrayaban las diferencias lingüísticas y culturales entre los pueblos, a expensas de los vínculos tradicionales y los intereses permanentes que habían movido a convivir a los países europeos durante casi cien años. La que **Stefan Zweig** llamó “*Edad de Oro de la seguridad*” había llegado a su fin.

Pero si es cierto que el nacionalismo tuvo un papel decisivo en el proceso que hizo estallar la Gran Guerra, convirtiendo la autodeterminación de los pueblos en el banderín legitimador de la acción de las potencias aliadas, también lo es que fue incapaz de convertirse en el eje en torno al cual podía articularse la Europa salida del conflicto. En efecto, el principio de las nacionalidades era inaplicable en la Europa central y oriental debido a la mezcla de los pueblos. Checoslovaquia no era menos multinacional que el Estado austro-húngaro de cuyas cenizas había surgido. En Polonia, las diversas minorías comprendían más de un tercio de la población total. Por razones geográficas y militares se cometieron graves errores. Los checos recibieron los Sudetes alemanes; los polacos reivindicaron los territorios situados al oeste de la línea Curzon en nombre de sus derechos históricos y, por supuesto, sin consideración alguna a las estadísticas nacionales. En esta situación ninguna frontera resultaba aceptable: Rumanía se enfrentaba a Hungría por Transilvania; Checoslovaquia a Polonia por Teschen; Rumanía a Bulgaria por Dobrodja. Además, la Europa de las nacionalidades tal como salió de Versalles estaba minada por una contradicción aún más fuerte. Los Estados Unidos, una potencia extraeuropea, que se había convertido en árbitro de las guerras continentales, emprendió una política de espléndido aislamiento, dejando el Continente sin un poder moderador y, por tanto, en manos del primer aventurero —**Hitler**— lo suficientemente audaz y sin escrúpulos como para romper el inestable equilibrio europeo e iniciar la II Guerra Mundial. A partir de ésta, las cosas cambiaron.

Antes de 1939, los estados-nación europeos parecían ser sujetos de la historia, después de esa fecha se convirtieron en objetos de la misma; antes eran grandes potencias, después se integraron en dos grandes coaliciones dirigidas por estados extraeuropeos. La rivalidad ideológica que partía en dos el Viejo Continente impedía esa unidad continental que hoy entusiasma a muchos europeos, pero a la vez frenaba también el brote del nacionalismo.

Una de las escasas consecuencias positivas extraídas de la II Guerra fue la debilitación de los sentimientos nacionalistas. Durante gran parte de la posguerra, ni de un lado ni del otro del Rin los partidos nacionalistas tuvieron mucho éxito. En esa coyuntura **Raymond Aron** escribía:

“Sin embargo, es importante captar los diferentes componentes de ese apaciguamiento real o supuesto. Las fronteras de los estados europeos están más o menos de acuerdo con el principio de las nacionalidades; ningún estado puede pretender ya la grandeza militar; la amenaza soviética, que pesa sobre todos, hace risibles los conflictos de límites, es decir, de los muros medianeros” (3).

Casi cuarenta años después de que el gran pensador francés realizara estas afirmaciones la situación ha cambiado radicalmente. La amenaza soviética —que hacía diluirse el nacionalismo europeo en un universalismo de valores (Occidente)— prácticamente ha desaparecido, y el sentimiento nacional puede degenerar en nacionalismo. A pesar de los sueños de muchos europeístas ingenuos, hoy los sentimientos nacionales parecen más fuertes que el sentimiento europeo, y lo son aún más tanto en los estados recién salidos del sistema imperial soviético, como en los propios pueblos sometidos a la URSS y en aquellos otros que acaban de recuperar su unidad perdida, como es el caso de Alemania.

El “pathos” nacionalista

En su monumental *Historia del Nacionalismo*, **Hans Kohn** dice que *“el nacionalismo tiene dos caras. Dentro de la nación conduce a un entendimiento entre los miembros de la misma nacionalidad; internacionalmente encuentra su expresión en la desconfianza o en el odio a quienes se hallan fuera de la órbita nacional. En las relaciones internacionales, los hombres se guían por la supuesta falta de intereses comunes permanentes entre los países y por sentimientos que van desde la más completa indiferencia hasta la más enconada antipatía” (4).*

De lo anterior se deduce una conclusión clara: el nacionalismo resulta incompatible con una sociedad abierta. En el orden político tiende al colectivismo, al suponer y exigir una subordinación absoluta de los intereses y de los deseos individuales al hipotético bien de la nación en abstracto. Esta dependencia supone la nacionalización del hombre y su tutela por una autoridad ajena a él, que se llama habitualmente partido o Estado. Este planteamiento se apoya en la concepción de la nación como una entidad orgánica, viva, animada o inteligente. De esta forma, el nacionalismo resucita el viejo mito del “Gran Ser Social” y con él vuelve los ojos a los misterios de los tiempos antiguos y a la solidaridad tribal. Así, el teócrata **De Bonald** concebía la nación como un ente que tenía una infancia, una adolescencia, una virilidad. **Dantón** afirmaba que la nación podía sacrificar sus miembros a sus intereses generales. **Hitler** veía la nación como la encarnación del *Volkgeist* —espíritu del pueblo— y así hasta la eternidad.

Como el nacionalismo es una modalidad de colectivismo, no tiene en cuenta que los grupos —nación, sociedad, etc.— no son más que coleccio-

“El fervor nacionalista ha sido uno de los motores de la destrucción de Europa a lo largo del siglo XX.”



nes de individuos, constelaciones de relaciones individuales, resultado de lo que piensan y hacen las personas que las componen. La colectividad no existe. Nadie se ha encontrado jamás con la “sociedad”, ni con “España”, ni con “Europa”. Sólo la visión de la nación como un club totalitario ha servido para justificar el nacionalismo en los tiempos modernos. Como todo estatismo subordina los intereses del individuo a los de un hipotético interés nacional o colectivo. La nacionalidad —que no es sino un fragmento de la personalidad— se erige como el todo, lo que equivale a negar la esencia de la civilización occidental; a saber, la creencia en la unidad del espíritu humano y en el valor fundamental del individuo.

Al fundamentarse en la rivalidad entre las naciones, el nacionalismo es el germen del imperialismo. La doctrina nacionalista e imperialista moderna apareció, escribe **Mises**, “como una reacción contra la solidaridad ecuménica del libre cambio” (5). En el momento de su nacimiento, la opinión general se condensaba en la idea cosmopolita de la sociedad universal y de la fraternidad de los pueblos. El nacionalismo sustituyó la idea de cooperación internacional, a través del mercado, por la de rivalidad entre los estados, a través de la guerra comercial. Una vez asumida la vieja y falsa tesis mercantilista —según la cual en el comercio exterior inevitablemente unos ganan y otros pierden—, las relaciones internacionales derivan hacia el pillaje y la política de autosuficiencia nacional ayudada con aranceles, cuotas, restricciones, etc., se impone. Este nacionalismo económico, este neomercantilismo, al extenderse a casi todos los países a partir de 1919, arruinó —como antes se comentó— el sistema de economía mundial que produjo el mayor período de prosperidad de la historia de la humanidad (el siglo XIX), y ahondó en Europa los efectos del “crack del 29” que habrían de provocar el ascenso de los fascismos al poder.

Ahora bien, la teoría nacional-imperialista es contradictoria en su misma formulación. En primer lugar, no tiene en cuenta que los mismos argumentos, que utiliza para demostrar la incompatibilidad de los intereses nacionales, sirven para demostrar la incompatibilidad de los diferentes intereses regionales, y también de los intereses individuales existentes en un Estado; lo que llevado por su propia lógica, y hasta sus últimas consecuencias, conduce a la desintegración nacional. En segundo lugar, si no es bueno dejar que la división del trabajo se extienda más allá de las fronteras estatales, no se entiende por qué es buena para el interior de un país; lo mejor sería regresar a la autosuficiencia de la economía cerrada doméstica. La divisa “¡Abajo las mercancías extranjeras!” tiene su desembocadura lógica en la supresión de toda división del trabajo, porque el principio en el que ésta se basa sólo puede desplegar todas sus virtualidades si se aplica tanto en el interior de un país, como hacia el exterior del mismo. Los partidarios del nacionalismo olvidan que el elemento fundamental de su doc-

trina es antisocial y conduce a la destrucción —como diría **Hayek**— del orden de cooperación espontáneo.

Pero el nacionalismo es imperialista porque supone un ensanchamiento de la conciencia tribal, a la que se considera capaz de unir a todos los pueblos de origen semejante, independientemente de su historia, de su lengua, de su identidad. Este nacionalismo tribal cuajó en dos movimientos: el pangermanismo y el paneslavismo. Cerrados para ambos la carrera colonial e imbuidos de las ideas señaladas, su expansión sólo podía realizarse mediante la anexión y la conquista. La primera guerra mundial contempló el choque en los Balcanes de ambos pan-movimientos; la segunda desarrolló el conflicto entre el pangermanismo nazi, vestido con los símbolos de la raza, y el paneslavismo bolchevique, camuflado bajo los ropajes de la liberación de los pueblos.

El nacionalismo holístico de nuestros tiempos encontró su *"pathos"* filosófico en las versiones marxistas y no marxistas del pensamiento hegeliano. Su idea fundamental es que los valores surgidos de la autonomía personal, e inspirados por ella, son inferiores al ideal objetivamente definido por el colectivo. Ahora bien, presuponer la superioridad de la acción y de las elecciones colectivas sobre la acción y las elecciones individuales implica, necesariamente, que existe alguna entidad colectiva bien definida. En efecto, no se podrían poner en marcha una dirección y un control —más o menos intenso— de la actividad económica y social, sino a través de una organización que se corresponda de manera efectiva con los límites territoriales en los que se desarrolla esa actividad. Es tal vez un accidente de la historia, pero la realidad es que esa plataforma de acción se ha concentrado en los Estados-nación precisamente en el momento en el que los sentimientos nacionalistas adquirirían rasgos colectivistas.

Frente a la idea liberal de la nación, como un concepto racional y universal sobre la libertad política y los derechos del hombre que mira hacia la *civitas* del futuro, el nacionalismo contempla como hipnotizado el pasado y se repliega sobre sí mismo en un desesperado esfuerzo por detener el tiempo. En el nacionalismo se encuentran todos los fantasmas de la sociedad cerrada, dentro de un esquema dialéctico en el que el motor de la historia no es la acción humana, sino los grandes entes colectivos que los nacionalistas denominan naciones, los nazis raza y los marxistas clases.

Las restricciones a la inmigración

A estas alturas resulta poco atractivo oponerse a la inmigración procedente de países extranjeros en nombre de la Europa blanca y su pureza racial. Demasiados horrores se han cometido en nombre de ambas quimeras, para que los nacionalistas puedan convertirlas, al menos por ahora,

“Sólo la visión de la nación como un club totalitario ha servido para justificar el nacionalismo en los tiempos modernos.”

“En estos tiempos se piden limitaciones a la inmigración, lo que es una expresión indefinible de nacionalismo económico y de mezquindad de espíritu.”

“Los partidarios del nacionalismo olvidan que el elemento fundamental de su doctrina es antisocial y conduce a la destrucción del orden de cooperación espontáneo.”

en instrumentos eficaces de propaganda. En estos tiempos se piden limitaciones a la inmigración, desde el punto de vista de la salvaguarda del interés general de una nación, lo que es una expresión indefendible de nacionalismo económico y de mezquindad de espíritu.

La justificación tradicional de las restricciones inmigratorias internacionales se apoya en la tesis, según la cual, la inmigración aumenta el peligro del paro obrero; opinión ésta que se basa en la idea de que un inmigrante sólo puede encontrar ocupación a costa de un trabajador que ya reside en el país. Esta afirmación, que por desgracia está enormemente difundida, se fundamenta en la errónea apreciación —insostenible para cualquier persona con un mínimo de conocimiento de la ciencia económica— de que la suma del trabajo productivo que ha de realizarse constituye una magnitud fija, determinada de antemano, en la que, como en el caso de un pastel, nadie puede atrapar un trozo mayor del que le corresponde sin acortar la ración de los demás.

Las personas trabajan no para pasar el rato, sino para satisfacer sus necesidades. De ahí que el límite absoluto de la masa total de trabajo que debe realizarse se determina por la suma de las necesidades humanas, que son prácticamente infinitas. La cuantía de las oportunidades laborales depende ciertamente del consumo, esto es, del poder efectivo de compra; pero dicha capacidad adquisitiva proviene a su vez de un trabajo acertadamente dirigido. Todos los individuos producen para todos y lo que importa es que lo hagan en la cantidad suficiente para hacer posible el consumo recíproco. El problema del paro se refiere no a la cantidad del factor trabajo en su conjunto, sino a la acertada composición de la producción y al adecuado funcionamiento del mercado laboral. Se trata —como enseña la teoría económica— de un problema de equilibrios, no de una cuestión de cuantía total absoluta; de un problema funcional-cualitativo, pero no global-cuantitativo.

El volumen de producción que ha de lograrse no se determina por la amplitud del consumo, sino, inversamente, la amplitud del consumo viene condicionada por el volumen de producción, como muy bien enseña la *Ley de Say*. La existencia o no de paro refleja, pues, un mejor o un peor funcionamiento de la economía, pero no tiene nada que ver con la escasez o el exceso de hombres. Si la población de un país con paro disminuyese drásticamente por una deportación en masa, sin modificar al propio tiempo la distribución del factor trabajo en los diferentes ramos de producción, seguiría habiendo paro. Así pues, la inmigración no representa peligro alguno para el mercado nacional de trabajo.

Aunque a muchos les parezca utópico, la configuración de un orden internacional libre, próspero y justo exige suprimir todas las trabas a la emigración y a la inmigración para restablecer, de esta manera, la plena libertad de circulación y residencia de los hombres en todo el globo terrá-

queo. Así volveríamos a la situación que existió durante casi todo el siglo XIX y comienzos del XX, antes de que se irguiesen las actuales barreras inmigratorias. Desde un punto de vista económico, es indiscutible que la mezcla de una completa libertad de circulación de personas y de capitales no sólo tendería a nivelar la productividad de los factores de producción, sino que posibilitaría alcanzar un nivel uniforme para las rentas y un mayor equilibrio demográfico.

Por último, no puede ignorarse que cuantas más parcelas de responsabilidad individual se cedan al gobierno, tanto más celosamente se intentará controlar el número de los que tienen que compartir el botín. En efecto, como escribió el gran economista alemán **Wilhelm Röpke** “Cuanto más se convierta el pasaporte, con la ampliación de los servicios sociales, en una póliza gratuita de seguros, tantos menos tolerantes seremos al expedir semejante documento y, a la postre, estará perdido el que no se encuentre firmemente vinculado a una comunidad nacional” (6). Es decir, se desciende a la categoría de vagabundo en un mundo que ha vuelto al principio feudal “*nulle terre sans seigneur*”.

En definitiva, las restricciones a la inmigración son el resultado del egoísmo nacional desatado por el crecimiento de un Estado del Bienestar que sólo puede sobrevivir fortificado tras sus muros, eliminando así cualquier criterio de solidaridad internacional y protegiendo a sus bien alimentados súbditos de la competencia de los parias de la tierra.

Epílogo molesto

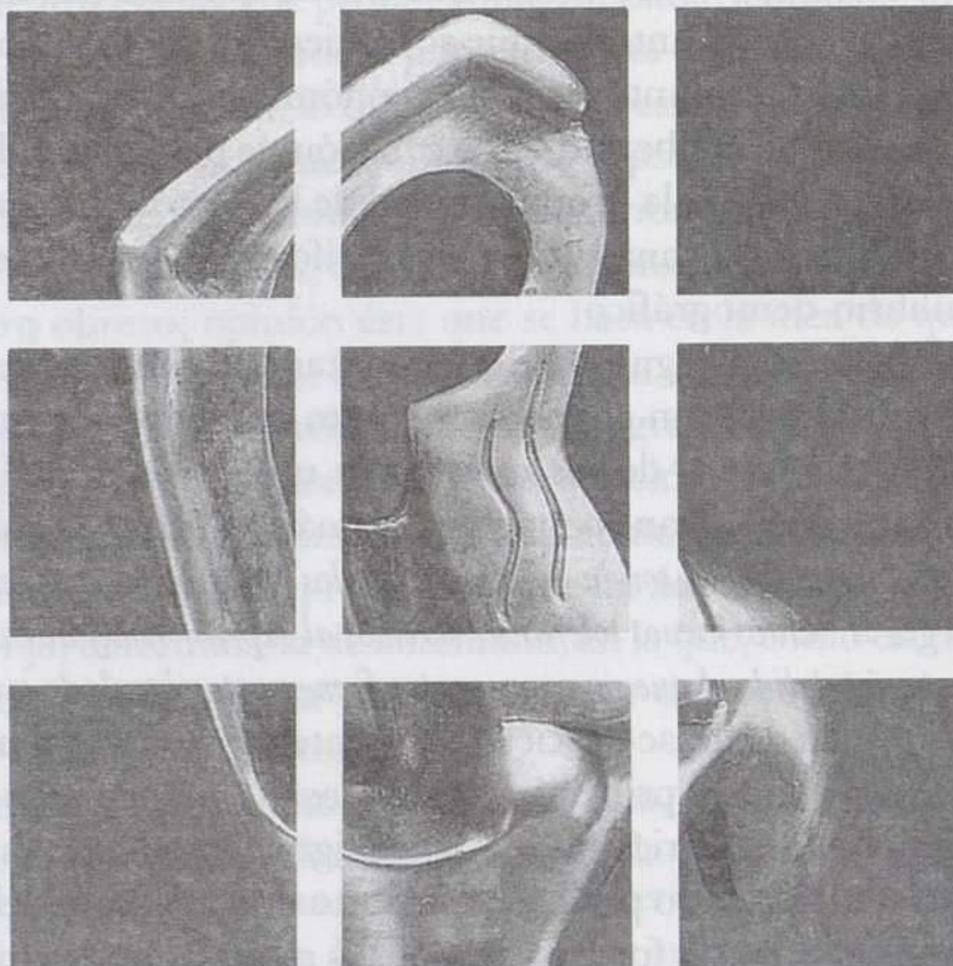
No es extraño que la genealogía filosófica del antiindividualismo una estrechamente la corriente reaccionaria del pensamiento político occidental con la izquierda. Los alegatos de **J. de Maistre** contra el individualismo, al antiindividualismo religioso de **Teilhard de Chardín** y el pagano de la Nueva Derecha francesa comparten, por encima de las diferencias de matiz, la nostalgia del orden comunitario arcaico y una concepción organicista de la sociedad que concibe ésta no solamente como un todo superior a los individuos, sino como una totalidad organizada cuyas partes están jerárquicamente integradas. El título de un manifiesto del grupo GRECE, vinculado a la Nueva Derecha francesa “*Pour une société organique*”, ilustra muy bien estas identidades.

Para muestra de las brillantes analogías entre los extremismos de derechas y de izquierdas en este siglo, basta reproducir algunas perlas de los padres fundadores. **Mussolini** definía al fascismo como “*Antiindividualista, la concepción fascista es para el Estado (...) Si el siglo XIX ha sido el siglo del individuo (liberalismo significa individualismo), se puede pensar que el siglo actual es el siglo colectivo*”. Todavía en el campo de la extrema derecha, **Hitler** —revelando los fundamentos doctrinales del nazismo— expresa brutalmente el

“En estos tiempos se piden limitaciones a la inmigración, lo que es una expresión indefinible de nacionalismo económico y de mezquindad de espíritu.”

"Las paradojas del nacionalismo olvidadas que el elemento fundamental de su doctrina es antisocial y conduce a la destrucción del orden de cooperación, expansión..."

"El nacionalismo inexorablemente conduce a la hipersocialización del individuo, a la politización completa de la individualidad y a su conversión en una marioneta de las grandes fuerzas colectivas de la historia."



ideal comunitario y organicista en el *Mein Kampf*: "La conservación de la existencia de una especie supone que se está dispuesto a sacrificar al individuo". Por lo que se refiere al totalitarismo de izquierdas, el ardor verbal desplegado contra el individuo no es menor y, si bien cambia de altavoces, las referencias holísticas en favor de las cuales el individuo debe quedar supeditado son omnipresentes: Humanidad, Partido-Estado, Proletariado. **Mao Dze Dong** lo expresa con claridad: "Un comunista... colocará los intereses de la revolución más alto que su propia vida y los subordinará a los intereses del partido".

El nacionalismo es una aberración intelectual que, como todas las formulaciones del "Gran Ser Social", reduce a los individuos-células a una función especializada del todo al cual pertenecen y, al sacrificarlos a una supuesta finalidad "superior" que les sobrepasa, excluye su propia autonomía, les expropia de su yo y elimina cualquier iniciativa individual. Ese mundo cerrado, globalizado y jerarquizado de la organización —nación o clase— constituye el caldo de cultivo ideal del totalitarismo, como lo ha visto con claridad **Popper**: "Aplicada a nuestra sociedad la teoría orgánica es casi siempre una forma camuflada de predicar la vuelta al tribalismo" (7). El nacionalismo inexorablemente conduce a la hipersocialización del individuo, a la politización completa de la individualidad y a su conversión en una marioneta de las grandes fuerzas colectivas de la historia. Predica el origen divino del pueblo, frente a la creencia judeo-cristiana en el origen divino del hombre.

Al igual que **Tocqueville, Lord Acton** fue un profeta que acertó, cuando a principios de siglo escribía: “*El mayor enemigo de los derechos de nacionalidad es la teoría moderna de nacionalidad. Al hacer al Estado y a la nación idénticos en teoría, reduce prácticamente a una condición de súbditos a todas las demás nacionalidades que pueden existir dentro de sus fronteras. No puede admitirlas como iguales a la nación dominante que constituye el Estado, porque el Estado dejaría entonces de ser nacional, lo que estaría en contradicción con el principio de su existencia. De acuerdo, por tanto, con el grado de humanidad y civilización de ese cuerpo dominante que reclama todos los derechos de la humanidad, las razas inferiores son exterminadas o reducidas a servidumbre, o declaradas fuera de la ley, o relegadas a una condición de dependencia*” (8).

■ **Lorenzo BERNALDO DE QUIROS**

Notas bibliográficas

- (1) **G. P. Gooch**, *Studies in Modern History*, Londres, 1925.
- (2) **Sydney Herbert**, *Nationality and Its Problems*, Londres, 1927.
- (3) **Raymond Aron**, *Las dimensiones de la conciencia histórica*, FCE México, 1962.
- (4) **Hans Kohn**, *Historia del Nacionalismo*, FCE México, 1949.
- (5) **Ludwig von Mises**, *Socialismo*, W.B.F. New York, 1990.
- (6) **Wilhem Röpke**, *Organización e Integración Económica Internacional*, Biblioteca de Estudios Económicos, Fundación Ignacio Villalonga. Valencia, 1959.
- (7) **Karl R. Popper**, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Paidós. Barcelona, 1967.
- (8) **Lord Acton**, *Historia de la Libertad*, Instituto de Estudios Políticos, 1941.

IBM Promotional Brochure (Peter Till)



CUNQUEIRO Y LA VEROSIMILITUD LITERARIA

José Luis VARELA

Por mucho que huyamos de afirmaciones categóricas y de definiciones últimas, convengamos en que existen ciertos rasgos de estilo en la prosa de Cunqueiro que remiten directamente a los resortes de su oficio de escritor y a la razón última de su existencia. A esos rasgos —y anticipo que no son los únicos, por supuesto— aludiré con ejemplos. Creo que mis conclusiones, si alguna hubiere, tienen una íntima relación con las intervenciones de este ciclo dedicado a la literatura del gran mindoniense (1).

Por lo pronto, cuando **Cunqueiro** nos planta ante un personaje —o reconsidera, sin más, su propio modo de presentarle— suele hacer lo que **Elimas** con su historia en *Merlín e familia*: “*as parrafeos un pouco, saco as señas da xente, poño que estaba presente un tal que era coxo, ou que casara en segundas cunha muller xorda que tiña capital, ou que tiña un preito por unhas augas, ou calquer outra leria...*”. Y añade, parafraseando una famosa “boutade” de **Valle-Inclán**: “*as historias, como as mulleres ios guisados, precisan adobo*”.

Obsérvese que ya han ido apareciendo palabras que nos conducen a una misma meta lúdica: *parrafeos, adobo, leria*; es decir, a una función amena e intrascendente, a pasatiempo para andar el camino y seña para reconocer —subrayo: reconocer, no conocer— el personaje. El propio Merlín “*era fillo de solteira, e veu herdado pra Miranda por unha tía segunda por parte de nai*”. ¿Eran realmente necesarias tantas señas de identidad? ¿De dónde provienen? ¿Van en realidad a algún sitio?

(1) El presente texto reproduce parcialmente el de la Conferencia de Clausura de los Cursos de Verano de la Universidad Internacional del Atlántico (Poio, Pontevedra), pronunciada el 9 de agosto pasado, donde el autor coordinó durante una semana un seminario sobre “Cunqueiro y la literatura fantástica”.

“Su obra de mayor ambición, de más fondo y reconocible valor autobiográfico es *El año del cometa*.”

“*Cunqueiro va de la literatura a la vida, no de la vida a la literatura.*”

Las “semínimas”

Este uso cunqueiriano viene de lejos y me permito fijar su antecedente en **Cervantes**. A estas notas individualizadoras concedía Cervantes una gran importancia y solía llamarlas “semínimas” o “mínimas”, o sea, notas musicales de un pianísimo casi imperceptible, que traducidas al lenguaje literario serían como notas anecdóticas o menudos rasgos singularizadores, pero capaces de fijar la atención del lector de un modo definitivo sobre un personaje, y aun más, de hacer de una acción cotidiana y vulgar un recurso novelístico —intrahistórico, diríamos, después de **Unamuno**— inasequible al teatro o a la poesía, y por ello capaz de caracterizar al arte narrativo. Leemos al comienzo del *Quijote*, Primera Parte: “Venía en el coche una señora vizcaína, que iba a Sevilla, donde estaba su marido, y que pasaba a las Indias con un honroso cargo”. ¿Es que precisábamos conocer el destino y residencia de tal señora vizcaína? Sí, ciertamente, lo necesitábamos para individualizarla indeleblemente dentro de la vastísima galería cervantina. La señora es, pues, vizcaína, y, aunque no sepamos jamás cómo era físicamente la tal dama, sabemos más que lo suficiente para reconocerla en caso de que reaparezca: que era vizcaína y casada y estaba en camino de Sevilla por una razón familiar muy específica, como era el destino ultramarino de su consorte. La hemos fijado para siempre. Por algo recomienda el Hidalgo a Sancho que le cuente de Dulcinea todo lo hablado, visto y oído: “no se te quede en el tintero una mínima”. Quien tiene amor quiere saber todo —hasta lo más mínimo, hasta las singularizadoras y sabrosísimas semínimas— de la persona amada.

Existen en Cervantes muy varia suerte de semínimas, en las que no es posible entrar aquí: la meramente conductista, la digresión explicativa, la que constituye un remanso en la acción narrativa, etc. Pero, lo que sí puede ser adecuado, es reconocer que, al lado de la riqueza perspectivística y de la ambigüedad, constituye esta semínima o dilatación anecdótica de los personajes —imposible al teatro o a la poesía— un pie del trípode sustentador de la originalidad narrativa de Cervantes.

La semínima se encuentra antes en el *Lazarillo*; se encuentra en embrión en la narrativa primitiva de origen oriental. Es Cervantes, sin embargo, quien la desenvuelve, enriquece y potencia. Pero hay un preceptista del siglo XVIII, **Ignacio de Luzán**, quien, al patrocinar en su *Poética* el teatro histórico, escribe unas palabras que vienen muy a cuento de las semínimas cervantinas y de la prosa de Cunqueiro: ... “siempre que el auditorio tenga alguna precedente noticia de los nombres de las principales personas de la tragedia, del hecho y del paraje donde sucedió, le parecerá más verosímil la fábula y, por consiguiente, será más creíble y hará mayor efecto. Entonces la imaginación de los oyentes, como reconociendo sus memorias y encontrando ya notados aquellos nombres y apuntado aquel hecho, franqueará fácilmente entrada a todas las demás circunstan-

“Su propósito era meramente lúdico, aunque supiera reconocer la trascendencia cognoscitiva de los sueños y de los juegos.”

cias, aunque inventadas por el poeta, y creará que todo es verdad porque sabe que es verdad una parte" (cap. IV, "De la integridad y otras condiciones de la fábula").

La observación es clarividente. Pero, ¿está acaso la semínima de Cunqueiro al servicio de la verosimilitud? ¿Le interesa la verosimilitud?

Contestemos por vía de ejemplo —que no pretende sino despertar mil ejemplos parecidos de la memoria de sus lectores—: "Donna Fiammetta, con súbito arrepentimiento, se fue para una abadía muy rigurosa con monjas de cuatro apellidos, que duermen en columpio, y la que se cae se rompe algo, y le mandan a su casa, diciendo que la suspendieron en reválida" (*El año del cometa*). La semínima se ha disparado merced al anacronismo y al humor. Como el caballo Lionfante, que da las gracias al duque en un latín elegante, cita a **Virgilio** y relincha en griego, "porque de alguna manera los hexámetros homéricos tenían que estar presentes en toda épica ocasión" (*Fanto Fantini della Gherardesca*).

El "ansia perpetua de jugar" —que leemos en el *Cometa*— o el deseo de "facere festa" —que leemos en el *Merlín*— ha arruinado la forma y la función de la semínima tradicional. Al diablo, pues, con la verosimilitud. Su "fantasía lúdica" —según formula **Martínez Torrón** en el título del primer libro de los aparecidos sobre nuestro autor— ha dado un nuevo sesgo a uno de los rasgos estilísticos más singulares de la narrativa moderna. La dilatación anecdótica de la persona, que fijaba e individualizaba la presencia realista de un personaje, resulta insuficiente para su ambición expresiva (Cunqueiro nos confesaba una vez en Valladolid que no podía hablar de un vaso de agua sobre la mesa del conferenciante sin interponer entre el vaso y su mano una paloma). Su propósito, como el de Cervantes y otros novelistas, era caracterizar; pero no se satisfacía con la mimesis, por impaciencia imaginativa y porque ésta podía conducir a la berza neorrealista: prefería desviaciones humorísticas o líricas que le situaban como autor en el primer plano de su propia creación. Y cuando se consideraba residente en un mundo extraordinario, marginal e inasible, un tirón escatológico volvía la narración a lo doméstico-cotidiano: "Eu, cabo do atril, coa palmatoria na man —confiesa el acólito de Merlín—, na que ardía a vela de cera dos trobos de Belvís, seguía atente o dedo de don Merlín, que iba polas follas dos libros segredos, rego a rego, soletreando os milagres do mundo". Y luego, súbitamente, nos reintegra al mundo familiar: "O gato Ceris, un gato albino e cego, viña a deitarse aos mes pes".

El procedimiento es muy frecuente y afecta a niveles morales, humorísticos, coprológicos, etc.; mejor dicho, el desnivel provocado es de tipo humorístico, erótico, coprológico, etc. Podría mantenerse que Cunqueiro no reside a gusto y por mucho tiempo en el mismo nivel de estilo. Su dinamismo —llámese ironía, impaciencia o inseguridad a su agente— le zarandea. Pero, de su contradicción o de su impaciencia destructora, que no le importa, alimenta su construcción. ¿Que su travesura le hace evocar

"Su obra de mayor ambición, de más hondo y reconocible valor autobiográfico es 'El año del cometa'."

"El realismo social, también conocido por literatura de la berza, se explicaba mediante la denuncia de la desigualdad."

“En el arranque de su creación existe un culturalismo más o menos estilizante.”

a un avión en época clásica, o a las mantecadas de Astorga, a las barajas de Heraclio Fournier y a la Bella Otero en un tiempo incongruente? No importa. El anacronismo es uno más de los elementos del cuadro... Paulos —que no es otro que Cunqueiro, por supuesto— se viste medio de soldado romano y medio de **Lanzarote del Lago** en *El año del Cometa*. ¿No es así como vemos a los personajes del Nacimiento o Muerte de Cristo en muchos pintores renacentistas? Se nos añade, además, que lo hace Paulos, “según grabados de libros”. Es decir, que la obsesión o imperio de lo escrito o pintado actúa siempre sobre la configuración de Cunqueiro, de tal modo que podría afirmarse que nada conmueve su imaginación que antes no haya herido su memoria. Merlín, Orestes, Ulises, Fanto o Hamlet han tenido otra existencia previa y distinta a la dispensada por el mindoniense. ¿Sería capaz Cunqueiro de narrarnos las hazañas de **Merlín** si no hubiera existido antes o éste hubiera nacido en las entrañas de la Miranda lucense?

Presunto alejandrino

Alcanzamos así un aspecto del hacer de Cunqueiro que nos interesa fundamentalmente, ya que afecta a la personalidad toda del hombre y del escritor; me refiero a su posible esteticismo. Permítaseme a este respecto que recurra a un agudo texto del gran romanista **Ernst Robert Curtius**, contenido en su celebrado ensayo sobre **Marcel Proust**. Dice así: *“El pecado del esteta consiste en no disfrutar de la vida más que cuando ha sido traspuesta en arte. Pero con ello falsifica el sentido del arte, pues carece de comprensión para la interrelación activa que le une a la vida. El esteta puede ser un artista, un escritor, incluso un gran escritor. Pero será siempre un escritor alejandrino. Nunca llegará a proporcionarnos un directo contacto con la realidad, un conocimiento revelador”*.

Confieso que la primera reacción, al relacionar este texto con la actitud literaria del mindoniense, consistió en el rechazo categórico de la posible aplicación a nuestro escritor. No, me dije: Alvaro no formaba parte de la elegante y con frecuencia estéril “élite” de los alejandrinos. Sus clisés arcaizantes, tan frecuentes (“gallego de nación”, “Lisboa cae al sur de Compostela”, etc.), no pueden confundirnos. Jamás acometió a sabiendas una reconstrucción histórica o arqueológica —como ha confirmado, por otra parte, el medievalista **Nicasio Salvador**— sin plantar en los cimientos su mismísimo corazón. El niño que acompaña a Merlín es Cunqueiro; las mocedades que vive Ulises son las mocedades que hubiese gustado de vivir Cunqueiro; Itaca y Bretaña —a pesar de **Homero**, **Chateaubriand** o **Le Goffic**— no son otra tierra que Galicia. No, en su caso no parece adecuado hablar de la importancia creadora de todo alejandrino. Sería más adecuado hablar de otros testigos más inmediatos: su fevorosa erudición

de autodidacta extravagante, su residencia prolongada en comunidades rurales o semirurales, en las que inevitablemente hubo de sufrir las salpicaduras de la incomprensión y aun de ruindades mayores, su carrera universitaria interrumpida fatalmente por la guerra y la bohemia, imaginativa y real al tiempo, que vivió en la posguerra española. Cualquiera de estos elementos por separado, o todos juntos, podrían explicarnos el porqué de tantos señores (es bien patente en su novela el estatismo social y la devoción por “los grandes” de un tiempo pasado o presente) y el porqué de tanta erudición genealógica, que, sin duda, le compensaban imaginativamente de otros títulos truncados por la guerra y la propia travesura juvenil.

Con todo, y a fuer de sincero, algo de ese alejandrino esteticista permanece en su obra, mal que nos pese. Volvamos a la cita de Luzán. Para favorecer la verosimilitud de la fábula, Luzán apelaba a la imaginación de los espectadores, capaz de crear un mundo total de verdad a partir de un nombre o circunstancias sabidas de todos: *“siempre que el auditorio tenga alguna precedente noticia de los nombres de las principales personas de la tragedia, del hecho y del paraje donde sucedió, le parecerá más verosímil la fábula...”*. Pues bien, ni el *Ulises*, ni el *Hamlet*, ni el *Simbad* o el *Orestes* magnificados por la tradición literaria tienen en sustancia mucho que ver con los cunqueirianos. Tampoco el ámbito geográfico, que fatalmente se convierte en una Galicia “sui generis”. Pero sus nombres estaban ya acreditados, como la marca de un producto cuya tradición comercial asegura su futura acogida. En cierto modo, el pabellón cubre la mercancía. Un culturalismo más o menos esteticista está en el arranque de su creación. Es el nombre famoso el que hiera su imaginación, el pretexto para introducir sus propios sueños y preocupaciones, incluso para aclarar algún aspecto de su existencia personal. Cunqueiro va de la literatura a la vida, no de la vida a la literatura. El nombre famoso hace al personaje, cuya intimidad no respeta o desinfla deliberadamente para acomodarlo a una actividad discontinua y a otro ambiente. Cuando se habla, sin duda con razón, de su marginación, obligada y consciente —primero en Mondoñedo, luego en Vigo—, respecto al realismo social entonces imperante, se olvida su brillante etapa previa en Madrid, en la que sus contertulios y colegas profesaban un culturalismo oficialmente protegido o bien visto, subsuelo del *Fanto Fantini* posterior, entre otras prosas (me refiero a los esteticistas escritores e intelectuales llamados **Pedro Murlane Michelena**, **Eugenio Montes** o **Rafael Sánchez Mazas**, todos muy pagados de su italianismo renaciente y de una contemplación de la vida desde la cultura).

Las “*historias de Irlanda*” que disgustaban a su hijo César por razones parecidas a las que conducen a Curtius a devaluar la función de los escritores alejandrinos —digo parecidas, porque la desestimación de las “histo-

“El realismo social, también conocido por literatura de la berza, se explicaba mediante la denuncia de la desigualdad.”

rias de Irlanda” viene originada por una perspectiva sociopolítica, no estética— revelan, efectivamente, la inexistencia de un “contacto directo con la realidad”; revelan un contacto, me permitiría añadir, indirecto de la realidad que, no obstante, es revelador de ella por el instrumento de la fantasía poética. En todo caso, conviene adelantar que este presunto alejandrismo no se ejercía sin un punto de remordimiento y, por supuesto, sin el menor propósito de verosimilitud; su propósito era meramente lúdico, aunque supiera reconocer la trascendencia cognoscitiva de los sueños y de los juegos. Pero sobre esto volveremos.

Cunqueiro partía, pues, de un nombre orlado de prestigio cultural y tradición; su travesura imaginativa urdía a partir de aquí incidentes inverosímiles, aunque las semínimas le hicieran iniciarse con datos presuntamente verosímiles, y la transfiguración maravillosa solía disponer de un subsuelo etnológico que en muchos casos servía como mero antecedente metodológico. En este sentido, su discurso sobre el libro de los tesoros es revelador y debiera constituir el punto de arranque de una investigación sobre los resortes de su imaginación. En todo caso, es sumamente curioso el hecho de la sólida confianza en su propia estética, “a rebours” de todos los recetarios de la moda; lo cual, por cierto, es común entre los escritores no realistas de todos los tiempos.

No recuerdo haber tropezado jamás con la observación de que son precisamente los escritores realistas los que siempre han precisado de excusas, justificaciones o atenuantes a la hora de explicar su estética, como si el hecho de devolver una circunstancia mostrenca, que “está ahí para todos”, implicase un déficit, una merma, un minus descalificador o despreciador. Por el contrario, entre los escritores idealistas —dicho, por supuesto, de modo sumario e impreciso—, se advierten ratificaciones, explicaciones históricas, defensas, como si existiese un común entendimiento sobre el primordial y esencial valor lúdico de su arte y del Arte. Ya el cuento medieval de origen oriental viene acompañado de una justificación insoslayable: el moralismo. Cuento lo que cuento porque ocurre a nuestro alrededor; cuento lo que pasa a mi alrededor para que no pase lo que pasa. El descripcionismo del artículo de costumbres romántico —prólogo de la gran novela realista de la Restauración, como explicó definitivamente **Montesinos**— ejerce, mediante la sátira, una función social correctora; **Larra** llega a dudar de su sentido, al advertir que, cuando las tropas liberales se retiran del Ebro, escaso interés encontrarán sus lectores en leer sobre costumbres que conocen tan bien como el que las describe. El realismo naturalista —y un ejemplo arquetípico es **Galdós**— sublima esa realidad mediante el simbolismo religioso o político, como advirtiendo al lector del carácter suprasensual de lo contado, ya que la realidad

“Escoge la vía lúdica, descomprometida y juglaresca. Sabe del valor y poder de sus sueños, y además sospecha que en realidad no existe invención, sino memoria.”

y su transcripción son “algo más” de aquello que se cuenta y que todos ven.

En nuestro siglo, y en décadas muy próximas, el llamado realismo social, también conocido por literatura de la berza, se disculpaba o explicaba mediante la denuncia de la desigualdad o la proclama, implícita o explícita, de una nueva ética. Por el contrario, ni el **Bécquer** prosista, ni **Rosalía** novelista, ni el **Hoffman** romántico, entre tantos otros, necesitaban pedir ningún tipo de gracia para su estética idealista: simplemente mostraban su obra como una liberación necesaria de fuerzas ocultas y reveladoras (el sentimiento, la imaginación, el sueño) contra el imperio racional que les precedía, o bien —y esto nos aproxima al caso de nuestro Cunqueiro— como un nuevo modo de conocimiento menos inmediato de otra realidad con más derecho que la testimoniada por los sentidos, la razón o la ciencia.

La vía lúdica

El profesor **González Millán** ha afirmado durante una de las sesiones dedicadas a Cunqueiro en Poio, que *El año del cometa* constituye algo así como el testamento de su autor. Suscribo plenamente esta afirmación. Es la obra de mayor ambición, de un más hondo y reconocible valor autobiográfico —y no, se entiende, porque el laberinto virtuosamente intrincado de sucesos coincida con su peripecia humana, sino por la meditación que Paulos incorpora sobre la función y sentido del artista en el mundo, su vida o la vida—, pero también obra desigual y de acceso difícil al lector medio. Pues bien, en esta novela se encuentra este párrafo revelador sobre el remordimiento que le produce su esteticismo, aunque también de su inmediata reacción, superadora del mismo por medio del juego, esto es, de la travesura consustancial al arte, siempre inútil y a la vez necesario: “*Paulos, para el viaje, se había vestido medio de soldado romano, medio de Lanzarote del Lago, según grabados de libros. Y viendo acercarse por un sendero a la derecha, abierto en el brezal, a dos que serían pastores, a juzgar por los cayados y los zurrones, tuvo como vergüenza, y por primera vez en su vida, de las farsas de sus sueños, y estuvo a punto de cubrirse con la capa negra que llevaba doblada, medio abrigándole las desnudas rodillas de legionario. Pero pudo más en él el espíritu de sorprender, el ansia perpetua de jugar.*”

¡Las farsas de sus sueños! Y, frente a frente, como opción preferente, el ansia permanente de jugar. Cunqueiro ha escuchado ya a los detractores de sus “historias de Irlanda”; como que los tiene en su propia casa y en su tierra. Pero su suerte está echada: será por la vía lúdica, descomprometida y juglaresca. Sabe del valor y poder de sus sueños y además sospecha —mejor, lo ha aprendido en otros y comprobado en sí mismo— que en rea-



acción que antes
un árbol igual en
memoria

“Cunqueiro es
fiel a sí mismo;
compone como
un primitivo que
a la vez ha pa-
sado por la expe-
riencia de la
vanguardia, y
que logra expre-
sar el panteísmo
inherente a todo
gran amador.”

“La obsesión o imperio de lo escrito o pintado actúa siempre sobre la configuración de Cunqueiro; nada conmueve su imaginación que antes no haya herido su memoria.”

lidad no existe invención, sino memoria; que no creamos, sino que recordamos. Una vieja e intermitente corriente del pensamiento europeo irracionalista (¿hay evolución en los pueblos o repetición? ¿repetimos modelos innatos o encontramos?) consigue pronto su audiencia y aplauso.

Pero no se trata de una hipótesis, ni menos de una reducción; se trata de una observación documentada que no es difícil verificar en sus propios textos narrativos. Ya en el *Merlín* nos sorprenden estas palabras de Don Elimas: “*Dígoche eu que por moito que saques de ti unha historia, i-ainda canto mais as saques de ti, sempre pós catro ou cinco fíos de verdade, que quizaves sin decatarte lévalos na memoia tua*”. Más explícitamente formula la misma opinión pocos años después en *Las crónicas del sochantre*: “*Ya sé que en Bretaña se cree que es imposible decir un ser humano y una historia que no hayan tenido existencia real y que no hay creación, sino memoria*”. En el *Cometa* se pregunta qué era lo que quitaba o ponía Paulos —es decir, el propio Cunqueiro— a la vida cotidiana, de tal modo que la confusión de vida e imaginación podía conducir a que los filisteos censurasen sus sueños como presuntas mentiras, sin advertir que para el soñador un mundo inventado “*era más coherente con su imagen del mundo que lo real que destruía*”. Su destrucción, sin embargo, no procedía de la negación satánica: “*No —se dice de sí mismo—, no era un demonio negador: es que el duelo se establece entre dos creaciones*”. Por otra parte, el sueño “*se transforma en algo tan sólido como esta casa. ¿Es que no son los sueños una forma profunda de conocimiento de lo real?*”—se interroga Paulos—. La última frase del *Sochantre* reza así: “*No sería la primera vez que el sueño del poeta hace la isla*”.

Ya he aludido a los antecedentes románticos y modernos que autorizan tal reivindicación de instrumentos no racionales para conocer o construir la realidad: debajo de Cunqueiro alienta el idealismo romántico, el existencialismo contemporáneo, la lectura directa o indirecta de **Keyserling**, las exégesis de los mitos por **Mircea Eliade**, etc. Pero hay un testigo más próximo y seguro en el que, por supuesto, confluye esa larga trayectoria: nuestro común maestro **Vicente Risco**. Porque de Risco no sólo procede el modelo mental, según el cual se adapta como propia la mentalidad popular —lo que le conduce a un rabioso antiprogresismo y al milenarismo, y, en el caso de Cunqueiro, a la adopción de los modos populares de transfiguración de la realidad mostrenca—, sino también las ideas anteriores sobre el sueño, los mitos y la importancia de la memoria en la creación literaria.

¿Existe invención? ¿No será todo memoria?, se pregunta **Risco** en *Orden y caos* (1968). Y el prologuista de este libro, **L. Cencillo**, coincidiendo con la meditación heideggeriana sobre la poesía, recuerda que “*la llamada ficción poética no es un capricho ni una arbitrariedad, es otra forma de conocimiento en profundidad, distinta del raciocinio filosófico, tan genuina como éste e incluso más aguda*”. “*La verdadera ciencia —afirma Risco— consiste en la memoria, y el mito,*

que es memoria de las stirpes, es un modelo paradigmático de los hechos. El hombre conserva su identidad gracias a la memoria; el espíritu humano es principalmente memoria. El mito no es historia; pero la historia se realiza según el mito". En *El Libro de las horas* hay un bello ensayo en el que Risco se rebela poéticamente contra quienes mantienen que la naturaleza no tiene memoria: "Todo, por el contrario, es memoria, o sea, potencia que rige y hace posible la fisiología, la reproducción, el turno de las estaciones, la función de la planta, etc.". Risco admiraba la fresca fluidez y candidez primitivas de Cunqueiro; Cunqueiro le reconoce con frecuencia como su propio maestro.

"Obras en miniatura", una objeción deficiente

En más de una ocasión —y sobre todo en vida del destinatario— se señaló el carácter preferentemente miniaturista, de raras viñetas exquisitas y yuxtapuestas que contienen muchas de sus obras: *Merlín*, *Sochantre*, *Menciñeiros*, *San Gonzalo*, *El caballero, la muerte y el diablo*, etc. Se trataba, claro está, de hacer un retrato a base de sombras, y silenciando piadosamente las luces. La objeción, nada benévola, era a su vez deficiente, porque no se atrevía con las posibles razones de la ausencia de una "composición grande", de amplio aliento novelístico, orgánica, no fragmentaria. La razón parece clara, y ahora que no se han escatimado las luces, puede formularse a modo de hipótesis: el gran lector del *Amadís* carecía del idealismo y la ética caballerescos de Amadís. La ética estamental del "roman courtois" o de la novela de caballeros aparece desvanecida en mera estética. De esta carencia de grandes ideales —Alvaro era sensual, imaginativo, bastante escéptico— procede esa ristra de chistes, refranes, amenidades de mesa y cama, malicias aldeanas; coprología y hedonismo, en suma. Reprochó que se le llamara humorista, sin duda con razón; pero su versatilidad imaginativa solía hacer descansar al lector en valles de amenidad humorística. No era un visionario, sino un soñador: un idealista en estética que no sentía la necesidad incómoda de los grandes principios —al menos, inmediatos— que informaron la gran literatura que amaba. Su perspectiva coincide, por el contrario, con la de la vieja picaresca, va de abajo a arriba, aunque no siempre.

Permítaseme que acompañe estos rasgos de estilo con un texto donde se nos revele el poeta, primitivo y moderno a la vez, que era el prosista Cunqueiro; un ejemplo de *El año del cometa* capaz de ilustrar el linaje erudito de su lirismo. Paulos va a casa de María para pedir su mano. Parece situarnos ante un cuadro burgués (se habla de escalafón, del oficio remunerado de Paulos, hay un piano en la sala, se habla de viudedad y jubilación, el padre de María aguarda al novio de chaqué, la madre suspende el

"Cunqueiro es fiel a sí mismo; compone como un primitivo que a la vez ha pasado por la experiencia de la vanguardia, y que logra expresar el panteísmo inherente a todo gran amador."

“No era un visionario, sino un soñador: un idealista en estética que no sentía la necesidad incómoda de los grandes principios que informaron la gran literatura que amaba.”

bordado y todos, como en fotografía de familia, aparecen apoyados en unas sillas tapizadas de raso) y el cuadro estático es súbitamente zaran-deado por esta declaración de amor, verdaderamente única: “Soy Paulos, muy señores míos, y amo a María desde la más tierna infancia. Cuando viajé a Milán, ya llevaba conmigo su imagen en un pequeño espejo encantado. En Irlanda, en las pequeñas lagunas que se forman en las fuentes, al pie de las colinas, después de beber dejaba quietarse el agua, y se me aparecía María sonriendo, como formando parte del agua misma que yo necesitaba para apagar mi sed. Ya me conocían las perdices y no huían cuando me acercaba a beber. Una mañana de mayo, después de mí, bebió una pollada, y al beber se llevaron en sus picos la imagen de María. Tuvo que reñirles a los perdigones la madre, y obligarles a volver del brezal a la fuente, y cada uno restituyó el pedacito de María que se había llevado. Las otras perdices madres acudieron a contemplarla, y se posaron en mis hombros”.

Ha saltado en mil pedazos el mundo burgués del ambiente, merced al verbo poético, al rapto lírico, a la inspiración sólo accesible a los realmente escasos y grandes escritores españoles de todos los tiempos. Cunqueiro es fiel a sí mismo, quiero decir que compone como un primitivo que a la vez ha pasado por la experiencia de la vanguardia, y que logra, en síntesis perfecta, expresar el panteísmo inherente a todo gran amor. La humanización llamada prosopopeya, por la que los animales siguen comportamientos de los hombres (le conocen las perdices, que son obligadas por su madre a la restitución de la imagen de María; se posan amistosamente en sus hombros) nos remite a **Berceo**, al Romancero, a los relatos hagiográficos o a poemas medievales. ¿No suben los peces a la superficie del mar, y se posan las aves sobre las jarcias de la nave para escuchar, en el romance del conde Arnaldos, la canción del marinero, que solamente dice “a los que conmigo van”? Pero a esta prosopopeya se une la experiencia plástica o literaria del surrealismo contemporáneo, del que no está exenta ciertamente su poesía de la mocedad: las perdices, enamoradas de la belleza de María, se llevan en los picos su imagen y restituyen luego, amonestadas por sus madres, el pedacito correspondiente, que, como teselas de cristal, se unirán de nuevo en las aguas de la fuente. ¿No obedece esta visión al mismo linaje del niño desnudo de **Dalí** que levanta con cuidado la superficie del mar? Y aun cabría prolongar el comentario con ese espejo encantado —tan reiterado en la obra de Cunqueiro, y con distintas funciones y ocasiones— que nos conduciría a un sugestivo ensayo etnológico que no es posible ni iniciar aquí.

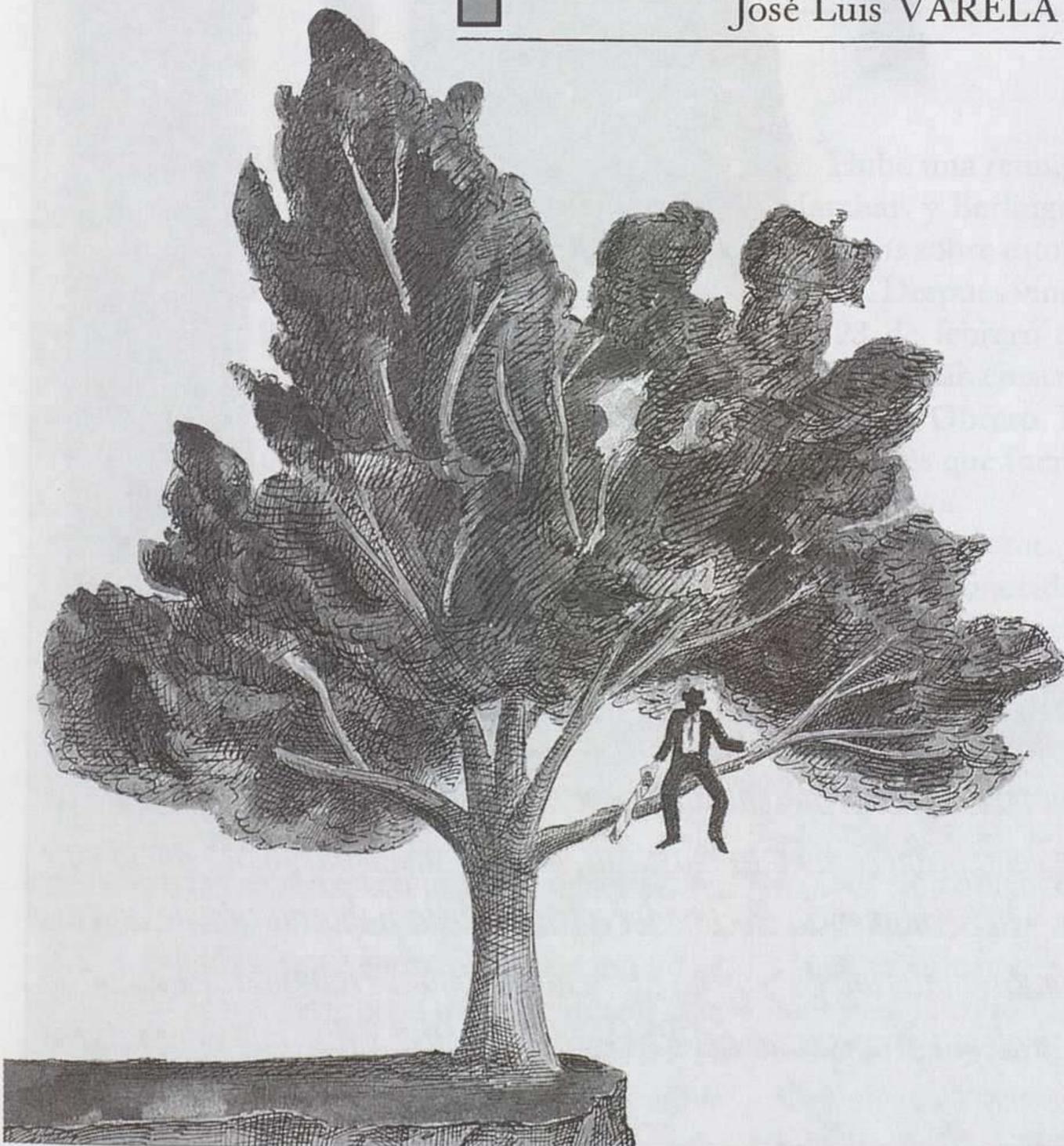
¡Grande, erudito artista **Cunqueiro**, hombre inerme o desvalido en tantas ocasiones de su vida literaria y humana! Decíamos antes que quizá careciese de grandes ideales, al menos inmediatos, a que servir. Pero es de justicia recordar uno que más de una vez invocó y que nadie podrá discutirle: el haber dispuesto su obra al servicio de la identidad gallega por me-

dio de esa sangre del espíritu que es la lengua; la lengua gallega, en primer lugar, pero también la castellana, porque también él podría afirmar, como el poeta **Alvariño**, que eran *"ben súas as dúas"*. Su castellano tiene el ritmo, a veces las voces y expresiones, siempre la música, del gallego, de tal modo que hay pocas prosas contemporáneas más fácilmente identificables —y en un siglo de soberbios prosistas, como el nuestro— que la de Alvaro Cunqueiro. Escriba en la que escriba, el origen gallego de su lengua es tan reconocible como el de su apellido.

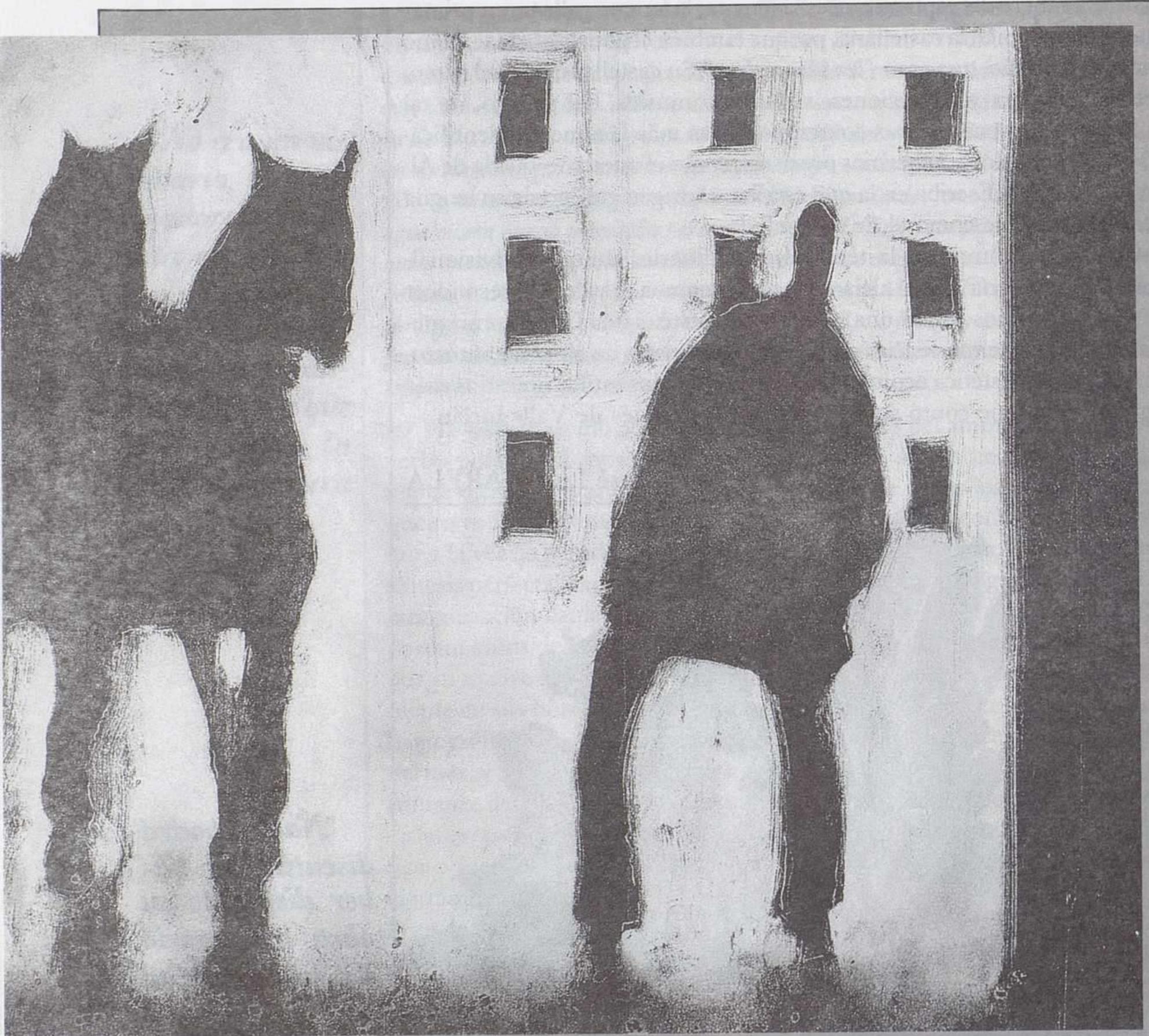
Cuando caigamos en la tentación de situarle, aunque provisionalmente, en la galería de los alejandrinos, tengamos el valor de reconocer que Cunqueiro nos regala una nueva visión estética de Galicia, enriquecida además con experiencias artísticas y personajes no siempre autóctonos; una visión estética acompañada por uno de los estilos literarios más singulares con que contó su tierra española después de Valle-Inclán.



José Luis VARELA



“Nadie podrá discutirle el haber dispuesto su obra al servicio de la identidad gallega, por medio de esa sangre del espíritu que es la lengua.”



36 *El gramscismo, como método, está presente en la sociedad española. El pensamiento de Gramsci, que parte de la concepción económica marxista, diseña, sin embargo, un inteligente sistema para la conquista y la permanencia en el poder a través de la implantación de una estructura cultural hegemónica, materialista y ajena al "sentido común" religioso. El autor de este análisis alude a la estrategia gramsciana del PSOE desde 1982 y durante estos últimos diez años.*

UN ANALISIS GRAMSCIANO DE LA SITUACION POLITICA ESPAÑOLA

Tras el centenario del nacimiento de Antonio Gramsci (1891-1937)

Rafael GOMEZ PEREZ

EN España, el gran momento “cultural” —o, como se entenderá mejor después, “gramsciano”— de **Antonio Gramsci** fue el comprendido entre 1976 y 1981. El partido comunista español era algo, aunque no mucho, y había adquirido una cierta respetabilidad mediante los Pactos de la Moncloa. En Francia, el secretario del partido comunista, **Marchais**, aún soñaba con la posibilidad de que su formación política creciera, aunque tuviera que contentarse poco después con apoyar un gobierno de alianza entre socialistas y comunistas. En Italia estaba aún el carismático, aristocrático e inteligente **Enrico Berlinguer**, sardo como Gramsci y en el fondo a disgusto en los esquemas rígidos del PCI. Gran gramsciano, había dado razón, en la práctica, a Gramsci en contra de Togliatti. **Togliatti**, dentro de la complejidad del personaje, era el comunismo antiguo, el de fidelidad a la URSS a pesar de todo. Gramsci inventó un marxismo latino, aplicado a la originalidad de una tierra en la que lo cultural siempre ha significado mucho más que, por ejemplo, lo militar.

Hubo una reunión en Madrid de **Carrillo**, **Marchais** y **Berlinguer**. Se escribieron bastantes libros sobre estos temas (1). Fue furibundo fervor. Después vino el fallido golpe de Estado del 23 de febrero de 1981. Y dos años más tarde ya estaba instalado en el poder el Partido Socialista Obrero Español, lo que significó aquí, antes que fuera, el imparable declive del comunismo.

Podría parecer, a la vista de estos hechos, que son tan conocidos, que la estrategia gramsciana para la conquista del poder —y para la permanencia en el poder— represente sólo una reliquia histórica. Sobre todo en tiempos, no ya de *perestroika*, sino de completa transformación de la antigua URSS, que ha perdido hasta el nombre para correr hacia la desintegración.

Si se mira bien, en cambio, se puede observar cómo el pensamiento estratégico de Gramsci era —y es— una especie de cuadro formal para la conquista del poder y el establecimiento de una hegemonía cultural (en el sentido antropológico de la palabra). Entonces, está muy claro que el partido comunista ha

conseguido esto, en España, sólo en muy escasa medida. Pero por lo mismo se puede ver que ésa ha sido y es la estrategia del partido socialista. Con lo cual se demostrará que lo específico de esa estrategia no era tanto el marxismo, sino el poder de un partido como —y la expresión es famosa en Gramsci— “*un nuevo Príncipe*”, refiriéndose a la conocida obra de **Maquiavelo**.

Estas consideraciones introductorias explican por qué, se sepa o no, el gramscismo, como método, sigue siendo algo actuante en la sociedad española.

Historicismo absoluto

Pero, ¿cuál es el fundamento teórico del gramscismo? La pregunta teórica más seria se puede formular así: el marxismo de Gramsci, ¿sigue siendo marxismo? Naturalmente todo depende de lo que se entienda por marxismo, pero esto no es difícil: es el materialismo histórico tal como lo formuló **Marx** por primera vez de modo claro en el prólogo a *Para una crítica de la economía política*, de 1859. Es la tesis, no por divulgadísima menos esencial, del dominio teórico y práctico de los modos y relaciones de producción —la estructura económica de una sociedad— que determina (no sólo condiciona) la supraestructura. Esa es la clave marxista por antonomasia, y la que después ha sido utilizada hasta la saciedad en la interpretación histórica, antropológica, sociológica, económica, artística, literaria. Hasta la náusea.

Encontrar en la obra de Gramsci —por muy inédita que fuera— un rechazo de esa clave sería utópico. Se da por supuesta. Pero hay que tener en cuenta dos aspectos más: primero, Gramsci ha leído a **Croce**, también, y, lo sepa o no, ha recibido el influjo del más importante (con **Gentile**) idealista italiano. Consecuencia de esto es que Gramsci resulta aún más historicista que Marx. Segundo, Gramsci ha visto cómo se ha verificado la revolución soviética y en una famosa observación de 1918 —enseguida— Gramsci apunta que esa revolución no ha cumplido en modo alguno la teoría marxista. Ha sido una revolución marxista modificada por la historia, por la historia en su acontecer concreto. ¿Se quiere una mejor prueba de que hay que atender siempre a la historia concreta, tal como se va dando? “*Se conoce lo que ha sido o es, no lo que será, que es un no existente y, por tanto, incognoscible por definición*” (2). Lo cual no es inconveniente, todo lo contrario, para afirmar también que el marxismo es “*historicismo absoluto, la absoluta mundanización y ‘terrestridad’ del pensamiento, un humanismo absoluto de la historia*” (3). Es este historicismo absoluto lo que le permite relativizar la historia de una manera peculiar. Para Gramsci, la historia adquiere todos los caracteres de la Divinidad —de una Divinidad mundanizada y *terrestrizada* (neologismo imprescindible aquí)—, pero de una divinidad manipulada por el hombre en cada momento, según se presente. El historicismo absoluto no es pues un absolutismo perpetuo, sino una especie de absolutismo intermitente y provisional.



“Gramsci inventó un marxismo latino, aplicado a la originalidad de una tierra en la que lo cultural siempre ha significado mucho más que, por ejemplo, lo militar.”

“El pensamiento estratégico de Gramsci era —y es— una especie de cuadro formal para la conquista del poder y el establecimiento de una hegemonía cultural.”



Un orden estratégico

No es posible aquí resumir toda la trayectoria que, desde la filosofía —historicismo absoluto, humanismo absoluto— lleva a las posiciones sociológicas típicamente gramscianas. Pero el final del itinerario se puede expresar así:

a) *“Que Gramsci no acepta, sin más, el postulado número uno del materialismo histórico de Marx y, por tanto, la historia como sólo la lucha de clases.”*

b) *“Que, según Gramsci, en cada época emerge una clase dominante; esa clase está sostenida por el consenso de las clases subalternas; entre las dos dominan al resto de la sociedad; esa clase dominada es, en el actual período histórico, la clase proletaria.”*

c) *“Que, en la visión de Gramsci, la dominación —sin dejar de ser económica— es, sobre todo y antes que nada, ideológica” (4).*

Cuando Gramsci escribía en Italia existía una importante y nutrida clase trabajadora en deficientes condiciones económicas, una clase que no dudaba en autodenominarse con orgullo *“proletari”*, proletarios. Diez años después del final de la guerra, *“proletari”* era una especie de cómico insulto. Veinte años después ha quedado sólo en los libros de historia.

Si Gramsci viviera hoy, la clase con la que habría que hacer la revolución no sería ya la proletaria, sino una más genérica de empleados. En cualquier caso, lo que se deduce de todo eso es que Gramsci, al dar el mecanismo posible de la revolución —el hacerse con la sociedad civil a través de los instrumentos de la cultura, en su sentido más amplio— estaba

dando con un sistema que cualquier partido podía utilizar para hacerse con el poder y para mantenerse en él.

Interesa, por eso, anticipar esta conclusión, muy llamativa: en una época que se caracteriza, más que nada, por el descalabro político, económico y social del comunismo y del marxismo, el pensamiento de Gramsci sigue siendo, para quien sepa buscar en él, una cantera de soluciones.

Y, además del interés científico que este análisis puede revestir, se convierte enseguida en un instrumento para entender, entre otros casos, el más próximo a nosotros: la estrategia del PSOE en la conquista del poder, en 1982, y en su mantenimiento hasta el día de hoy. No es necesario que quienes hayan puesto en marcha esta estrategia conozcan a Gramsci —pero le conocen—; ni que hayan pretendido “realizarlo”. Las cosas son como son. También el archicitado personaje de una comedia de **Mo-lière** hablaba en prosa sin saberlo.

Primer instrumento: partido unido

Si se trata de alcanzar una hegemonía —es decir, el dominio de uno sobre el resto— es de rigor que se intente con un instrumento bien trabado, unido. De rigor lógico. También de rigor organizativo. Y, por si fuera poco, ésa es la experiencia general de la historia. Gramsci, refiriéndose al partido comunista, subraya la necesidad de la jerarquía, de la organización

“Si Gramsci viviera hoy, la clase con la que habría que hacer la revolución no sería ya la proletaria, sino una más genérica de empleados.”



escalonada, de la unidad de dirección. Exigencia fundamental del partido es *“basarse sobre un carácter monolítico y no sobre cuestiones secundarias”* (5). La importancia de los jefes queda clara, pero se insiste asimismo en la de los “cabos” (*caporali*) y “soldados” (*soldati*). No se rechazan los elementos e impulsos que vienen de la base, pero son templados y organizados por lo principal, la jefatura del centralismo democrático: *“el sólido cuadro del aparato directivo asegura la continuidad y la regular acumulación de las experiencias”* (6).

La convicción, muy difundida entre los comunistas, de que la diversidad no centralizada es una causa de ineficacia ha sido heredada por otros partidos políticos. En España, la novedad del PSOE, en los años que anteceden a 1982 y después, es precisamente la superación de una cierta tendencia crónica a la división y al mutuo enfrentamiento (7). Tanto por razones de interés electoral (la unión permite vencer en las elecciones), como por razones de interés personal (la unión permite una ocupación mayor de áreas de poder y, en eso mismo, una mayor ocupación personal para miles de militantes), el PSOE ha seguido, en los últimos diez años, casi a la letra, las indicaciones gramscianas sobre el partido.

Una cosa ha cambiado: los modos de hablar. En tiempos de Gramsci, el lenguaje militar, autoritario, duro, no sólo no estaba mal visto sino que era generalmente utilizado, al menos como metáforas. Modernamente —o posmodernamente— la moda va exactamente en sentido contrario. Pero una de las mayores

habilidades de la élite dirigente del PSOE es haber encontrado el modo de practicar el monolitismo y la unidad de dirección con una terminología pluralista. Sólo con la terminología. Como puede comprobarse fácilmente, los *críticos* que han intentado algo más que una crítica intelectual han tenido que abandonar el partido.

El monolitismo del PSOE puede parecer ajeno a la estrategia gramsciana, ya que se trata de algo mucho más general, casi una ley natural de funcionamiento de las organizaciones. O bien se puede encontrar una inspiración en el monolitismo intentado y, en gran parte conseguido, durante algunas épocas del franquismo. En ese sentido se ha dicho que los actuales dirigentes socialistas españoles, como millones de españoles, no pudieron ver otro modelo político distinto del franquismo, al que, consciente o inconscientemente, imitan (deseo de gobiernos estables, larga duración de los ministros, no atender para nada a la opinión pública a la hora de realizar una crisis de Gobierno, etc.). Es una posibilidad que no puede excluirse y que quizá se da junto a otros factores. Pero a la vez se sabe, por algunos comentarios públicos, que **González** ha leído algo de Maquiavelo; y Gramsci ha sido el mejor comentarista reciente de Maquiavelo y el que ha sabido adaptar los viejos principios del poder unipersonal a la estrategia de un partido; eso sí, de un partido realmente liderado.

Es, por ejemplo, muy maquiavélica —y está comentada por Gramsci de una forma neta— la actitud que lleva a no reconocer la posible ver-

dad de algunas posiciones de la oposición o la equivocación de posiciones propias. El “moderno Príncipe”, el partido, como el antiguo, no rectifica nunca, porque se considera que la rectificación es síntoma de debilidad. Lo cual no quiere decir que no se cambie —el moderno Príncipe ha de ser flexible—, pero el cambio ha de ser practicado mientras se dice que nada ha cambiado y se confirman los análisis que se habían hecho previamente. Por ejemplo, ocurra lo que ocurra es importante y crucial afirmar que “*se están cumpliendo los objetivos de nuestro programa*” (8).

Conquista de la cultura

El segundo elemento imprescindible para una conquista de la sociedad civil es una acción capilar en los puntos, situaciones y sectores que configuran la cultura o, mejor, aquellas dimensiones de la cultura que son las ideas, creencias y modos de comportamiento. Esa acción ha de implicar a miles de personas que sólo por falta de un término mejor pueden seguir siendo llamados *intelectuales*.

Primero, qué se entiende por cultura. Entre las varias acepciones de la palabra interesa aquélla con sentido *antropológico cultural*: la cultura como conjunto de ideas, creencias, modos de comportamiento, técnicas, instituciones, costumbres, etc., que configuran al individuo como miembro de un grupo social. Aunque, al tratar estos temas, Gramsci no descuidaba ningún aspecto cultural —ni el más aparentemente

secundario—, es cierto que dentro de ese conjunto tiene especial interés por lo que, genéricamente, llamaba “*sentido común*” (9). Gramsci era muy concreto. Al pensar en la revolución que había que hacer en Italia se daba cuenta de que, a fin de cuentas, el “sentido común” de la mayoría de los italianos seguía siendo cristiano. Una revolución cultural tendría, antes que nada, que eliminar ese sentido común para, poco a poco, sustituirlo por un sentido común inmanente a la historia, sólo humano, sólo materialista, aunque atento a la diversidad histórica (10).

Esa actividad de implantación del nuevo “sentido común” es, por tanto, doble: un ataque directo o solapado, pero constante, a lo cristiano (a las ideas, a los comportamientos, a las instituciones) y una difusión de un *materialismo práctico*, esto último siempre con la etiqueta de la libertad. Así, muchas presuntas *liberalizaciones* de comportamientos esconden en realidad una *materialización*, lo que, a su vez, es un ataque indirecto al sentido común religioso.

La conquista de la cultura tiene en Gramsci aspectos muy variados; nada queda fuera, ni la escuela, ni los clubs, ni las bibliotecas, ni los museos, etc. (11).

Si se vuelve de nuevo a la actuación social y política del PSOE sobre la falsilla del gramscismo se puede observar que en el camino se ha perdido incluso esa especie de respeto que el italiano sentía por la actuación de la Iglesia. Entre un materialismo burdo y el cristianismo, Gramsci prefería este último, porque, al ser



“Tanto por razones de interés electoral, como por razones de interés propio, el PSOE ha seguido, en los últimos diez años, casi a la letra, las indicaciones gramscianas sobre el Partido.”

muy rico en realidades culturales —doctrina, organización, voluntariado, arte, música, etc.—, podía ser reutilizado, ya en clave inmanente, cuando hubiera triunfado el nuevo sentido común. La tradición del PSOE es, en cambio, en esto, heredera del decimonónico y visceral anticlericalismo.

Como atento observador de la historia, como amante de la diferencia, de lo particular (un amor que, al final, quedaba aplastado por el *centralismo democrático*), Gramsci había seguido con cuidado el desarrollo de la acción de la Iglesia en los estratos populares, su tarea de catequesis, su negativa a tener dos doctrinas —una para los doctos, otra para los ignorantes— su trabajo de asistencia social, su constante proposición de modelos concretos (los santos), el cuidado amoroso en la liturgia, etc. Para él, esa fenomenología es un enriquecimiento del hombre. Simplemente, hay que cambiarle el contenido.

Intelectuales dóciles

Es ahí donde entran los intelectuales. Hay que entender por *intelectual* a cualquiera que tenga como actividad esas dimensiones de la cultura que son las ideas, las creencias y los modos de comportamiento. No hay que entender por eso simplemente a los maestros de pensamiento, a las grandes figuras. Intelectuales, en el sentido gramsciano, son los escritores, los profesores, los periodistas, los clérigos, los ar-

tistas, los jueces, los abogados, los arquitectos, los compositores, etcétera.

Es conocida la taxonomía gramsciana de *intelectuales orgánicos*, aquellos que están adheridos, por lo que sea, a la hegemonía existente, y contribuyen a desarrollar, defender y mantener la cultura de esa hegemonía. Para Gramsci, los intelectuales no desarrollan un papel definitivo en las revoluciones, es decir, en los cambios de hegemonías. Son los dirigentes del partido los que mandan; pero harán bien en ganarse a algunos intelectuales orgánicos de la antigua hegemonía. Haciendo traición a su propia cultura —a su antiguo “sentido común”—, esos intelectuales pasan de una organicidad a otra (12).

Con la caída y el desprestigio del comunismo —un proceso cumplido en 1989 pero que se estaba realizando desde el fracaso de la pseudorrevolución de los sesenta—, los intelectuales para la nueva hegemonía —la del PSOE— se han buscado también entre los antiguos radicales, o izquierda burguesa. Acallada la revolución social, aceptada a todos los efectos la economía de mercado —y, más que eso, el espíritu del neocapitalismo—, el nuevo “sentido común” se organiza sólo en torno a unas libertades estrictamente individualistas, un materialismo más burdo que el defendido por Gramsci.

El esquema desarrollado ha sido, sin embargo, plenamente gramsciano: una conquista de la sociedad civil mediante la difusión de una cultura sostenida por intelectuales, en el sen-



“González ha leído algo de Maquiavelo, del cual Gramsci ha sido el mejor comentarista reciente y quien ha sabido adaptar los viejos principios del poder unipersonal a la estrategia de un partido.”

“Acallada la revolución social, aceptada a todos los efectos la economía de mercado, el nuevo ‘sentido común’ se organiza sólo en torno a unas libertades estrictamente individualistas.”



tido más amplio, pero controlada férreamente por la jerarquía del partido.

Es importante observar cómo, incluso, muchos intelectuales que se oponen al proyecto político del PSOE —o simplemente al modo de la gestión— están en realidad al lado del partido, al defender, por ejemplo en los medios de comunicación, las mismas ideas, creencias, actitudes y modos de comportamiento *materialistas* que difunde la nueva hegemonía. De esto se

extrae la conclusión importante de que no hay apenas oposición a la hegemonía cultural del partido socialista. Y no la habrá mientras, de una forma o de otra, se piense que el materialismo cultural, tan arraigado en muchos aspectos de la cultura, es un punto de no retorno, una constante ya fija, un modo insuperable de la historia. Y tampoco la habrá mientras, si no se piensa así, la superación del materialismo no se haga culturalmente, capilarmente, casi gramscianamente.



Rafael GÓMEZ PÉREZ

Bibliografía

(1) Los anteriores y algunos de los de entonces pueden verse en la bibliografía de **R. Gómez Pérez**, *Gramsci. El comunismo latino*, Eunsa, Pamplona, 1977. Un texto más reducido en *Los usos del marxismo*, Universidad de Piura, Piura (Perú), 1986, pp. 15-66. En poco tiempo se publicaron en España libros ya conocidos en otros países como el *Gramsci* de **Texier**; el *Pour Gramsci*, de la **Macciocchi**, autora que tanto habría de evolucionar después. La plana mayor de la intelectualidad comunista española, empezando por el malogrado **Manuel Sacristán** y siguiendo por **J. Solé Tura**, se había dedicado desde hacía años a explicar y a divulgar a Gramsci. La literatura era unánimemente a favor. Para una voz discordante, **A. del Noce**, *L'Eurocomunismo e l'Italia*, Europa Informazione, Roma, 1976.

(2) “*Si conosce ciò è stato o è, non ciò sarà, che è un non esistente e quindi inconoscibile per definizione*”, *Il materialismo e la filosofia de B. Croce*, en *Quaderni del carcere*, II, Einaudi, Torino, 1948, p. 135.

(3) “*Storicismo assoluto, la mondanizzazione e terrestrità assoluta del pensiero, un'umanesima assoluto della storia*”, *Il materialismo e la filosofia de B. Croce*, en *Cuaderni del Carcere*, Einaudi, II, p. 159.

(4) **R. Gómez Pérez**, *Gramsci, el comunismo latino*, p. 103. Una explicación detallada en esa obra, pp. 57-110.

(5) “*Basarsi su un carattere monolitico e non su questioni secondarie*” (*Note sul Machiavelli, sulla politica y su la Stato moderno* en *Quaderni del Carcere*, V, Einaudi, Torino, 1950, p. 28).

(6) Cfr. *Note sul Machiavelli*, p. 76. El análisis que hace **Gramsci** de la disciplina de partido es excelente. Se trata, bien mirado, de un modelo formal, válido para cualquier organización humana que tenga que articular a la vez intereses e ideas.

(7) Es un dato histórico bien conocido. Véase, por ejemplo, la más reciente historia del partido, **R. Gillespie**, *Historia del Partido Socialista Obrero Español*, Alianza, Madrid, 1991, *passim*.

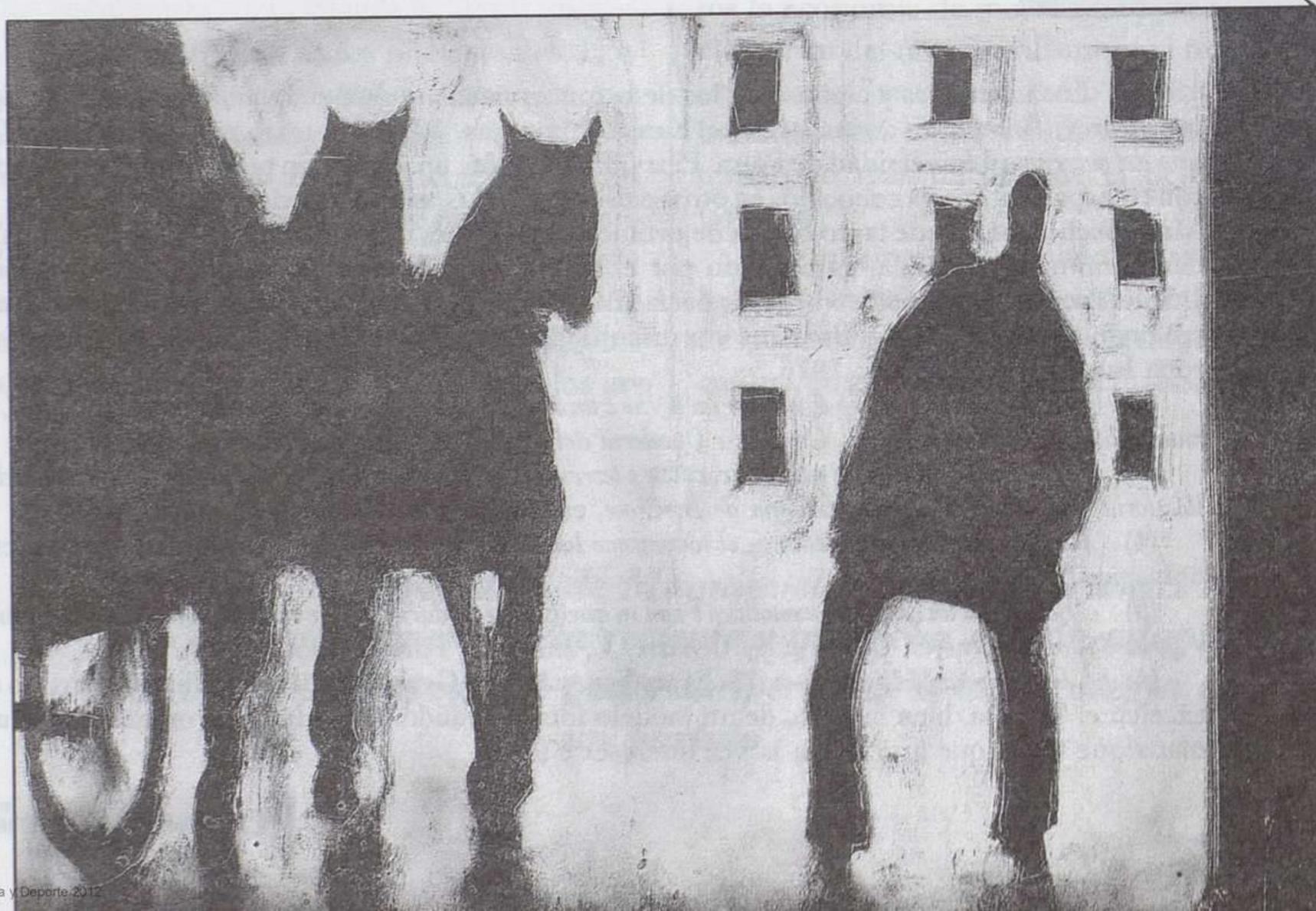
(8) Caso paradigmático es la cuestión de la OTAN. Véase en el citado libro de **Gillespie**, pp. 431-441. Durante todo el proceso de esa cuestión, para el PSOE se trató de decir que estaba simultáneamente en la posición adecuada y racional, mientras decía que no y mientras decía que sí. Según el conocido comentario de **Humpty Dumpty**, en *Alicia en el país de las maravillas*, "las palabras significan exactamente lo que yo quiero que signifiquen".

(9) *Il senso comune è... la filosofia dei non filosofi, cioè la concezione del mondo assorbita acriticamente dai vari ambienti sociali e culturali in cui si sviluppa l'individualità morale dell'uomo medio*, **A. Gramsci**, *Il materialismo...*, *Quaderni*, II, p. 119).

(10) No hace falta demostrar el rechazo de la religión que eso implica. Es un punto pacífico en todos los que han escrito sobre Gramsci. Ver, por ejemplo, Texier: "Se trata esencialmente entonces del rechazo de la concepción religiosa de la vida: el materialista es aquel que quiere encontrar en esta tierra y no en el paraíso la finalidad de la vida, es aquel que rechaza la trascendencia religiosa", **J. Texier**, *Gramsci*, Grijalbo, Barcelona, 1976, p. 10).

(11) La mayoría de los textos interesantes en ese sentido fueron publicados en castellano, en 1972, bajo el título de *Cultura y literatura*, en una edición preparada en Barcelona por **J. Solé Tura**, entonces comunista, y casi dos decenios después Ministro de Cultura. Gramsci escribía: "Servicios públicos intelectuales; además de la escuela, en sus diversos grados, ¿qué otros servicios **no deben dejarse a la iniciativa privada**, sino que, en una sociedad moderna, han de asegurarse por el Estado y los organismos locales (municipios y provincias)? Son el teatro, las bibliotecas, los museos de diferentes géneros, las pinacotecas, los parques zoológicos, los jardines botánicos, etc." (p. 339).

(12) Cómo se ha cumplido esto en los tres últimos decenios de la vida política española, puede comprobarse tanto siguiendo la trayectoria de algunos conocidos escritores, periodistas y hombres de cine y teatro, como la de numerosos clérigos que, después de secularizarse, han llegado hasta las cúpulas de diferentes partidos, singularmente del PSOE.



LA NECESARIA LEY DE FUNDACIONES

Miguel Angel CORTÉS

La filantropía ha sido una inclinación permanente de los hombres que, junto con sus actividades lucrativas, han sentido una necesidad de ayudar a los demás, por razones diversas, que van de la generosidad al orgullo, pasando por la religiosidad o el afán de perpetuar su memoria. Desde hace varios siglos, en esta parte del mundo, esos impulsos de altruismo se han apoyado en las fundaciones, instituciones de inspiración religiosa en su origen, que han ido ampliando su campo de actuación, hasta perseguir hoy cualquier actividad de interés general.

NO sólo el mecenazgo de las artes y la cultura tiene en las fundaciones un instrumento de gran utilidad, también la conservación del medio ambiente, la enseñanza, el deporte, la investigación, la sanidad o la asistencia social —y podría continuar la lista— son terrenos en que las fundaciones o, en general, eso que se llama sociedad civil, por diferenciarlo de lo público, puede actuar con eficacia y permitiendo a los hombres desarrollar sus impulsos más nobles.

En política es tradicional el debate en torno al papel del Estado y sus límites; debate que se puede convertir en central cuando no se cuestionan los aspectos esenciales del sistema democrático-liberal y existe un acuerdo básico sobre la estructura del Estado. En este sentido, uno de los criterios más nítidos de distinción entre las posiciones liberales y las socialistas deriva de la postura respecto de iniciativas que surgen de la sociedad. Según sea esta actitud

restrictiva, limitadora, controladora, o de impulso, de estímulo, incentivadora, nos encontramos de un o de otro lado de esta divisoria fundamental.

No se trata de defender un Estado ocioso. Desde una posición liberal el Estado, al margen de las tareas clásicas que están fuera de discusión, tiene la misión de garantizar a los ciudadanos un bienestar mínimo, que varía según las coordenadas de espacio y tiempo, por debajo del cual las circunstancias en que se desenvuelve la vida de los hombres no se consideran aceptables. Pero ese deber del Estado moderno, o más bien de los poderes públicos, debe realizarse desde una radical observancia del principio de subsidiariedad —entendiendo por tal que todo aquello que pueda llevar a cabo la sociedad, debe poder hacerlo—, siendo responsabilidad pública garantizar que esos objetivos quedan cubiertos. Al Estado le corresponderá actuar si la sociedad no lo hace,

“La conservación del medio ambiente, la enseñanza, el deporte, la investigación, la sanidad o la asistencia social —además de las artes y la cultura— son terrenos en los que también las fundaciones pueden actuar con eficiencia.”



pero creando decididamente las condiciones que faciliten la actuación de la iniciativa social.

El “tercer sector”

El Estado tiene que impedir que se degrade el medio ambiente, o que se deteriore y no se acreciente el patrimonio histórico artístico de la Nación. De la misma forma que tiene que cuidar el que todos los ciudadanos accedan a los niveles básicos de educación, y evitar que los individuos vivan por debajo de ese mínimo aceptable de salud o vivienda. Pero, para lograr esos fines, no tiene que actuar siempre directamente, ni siquiera en la mayoría de los casos; la sociedad puede hacerlo en muchos de estos campos.

Los norteamericanos hablan del “tercer sector” para referirse a aquellas actividades sociales, sin ánimo de lucro, que procuran un interés general que va más allá del de sus miembros, promotores o financiadores. Este sector, que a diferencia del Estado es privado, tiene una gran importancia en los países anglo-sajones y, desde hace unos años, se ha desarrollado enormemente en los demás países occidentales.

Un primer efecto positivo de un “tercer sector” pujante sería el alivio de los presupuestos públicos, y la utilización más eficaz de esos recursos, aunque sólo fuera por el ahorro que se produce en el circuito de distribución del dinero. Parece claro que las pérdidas en el trán-

sito son menores si el camino a recorrer es el que media entre el donante y el beneficiario, en vez de el más complicado trecho de contribuyente-electoral-elegido-voto-presupuesto-administración-beneficiario, que siguen los dineros que, por ejemplo, administra doña **Martilde Fernández**.

Pero la principal ventaja de esta actuación directa de la sociedad no es solamente cuantitativa, sino cualitativa. La existencia de un “tercer sector” desarrollado crea, allí donde existe —y crearía en España—, una referencia de competencia que obliga a los servicios públicos a elevar sus niveles de prestación y eficacia. Además de la emulación, un sector filantrópico importante asegura un pluralismo y una diversidad frente a la acción gubernamental. Esto no es sólo la garantía de un contra-poder indispensable en una sociedad dinámica, sino también el terreno de una independencia y una libertad de espíritu, requisitos de cualquier audacia innovadora.

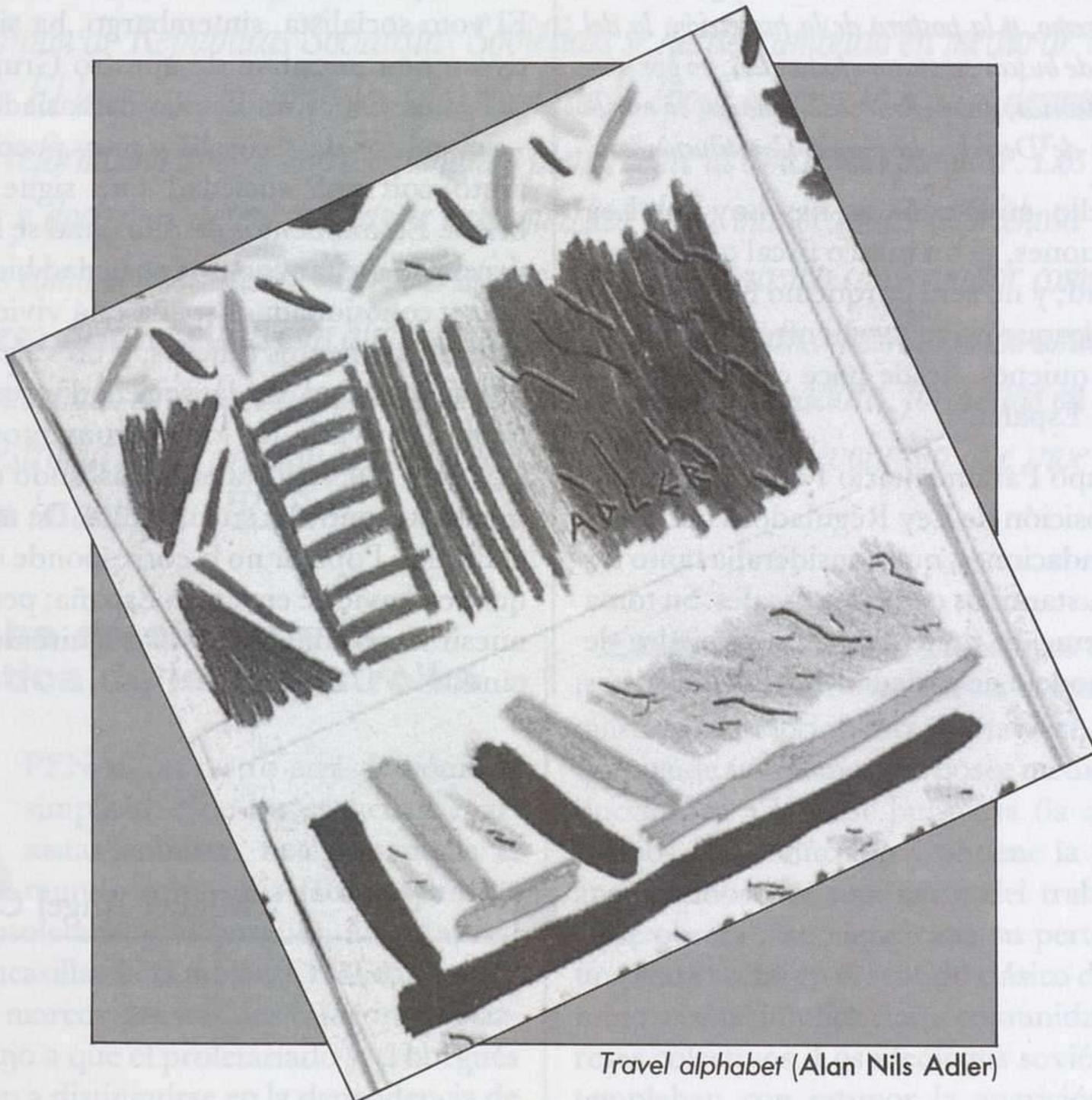
Tanto por la tendencia humana a actuar en favor de los demás, como por la posibilidad de aliviar al Estado de tareas que tiene que garantizar, y por la competencia y el pluralismo que pueden introducir en una sociedad, las fundaciones —factor de libertad individual y elemento de utilidad social— han de ser favorecidas por los poderes públicos. Así lo vieron los constituyentes españoles que, de manera audaz e innovadora, incluyeron el derecho de fundación entre aquellos que gozan de una es-

pecial protección y obligan a todos los poderes públicos.

El derecho de fundación

Hay que estar de acuerdo con el profesor **García de Enterría** cuando dice que “el artículo 34 ha venido a romper con acierto y lucidez todo ese

corso absolutamente inadmisibile que ha venido ahogando hasta la fecha, desde hace más de cien años, todo el derecho de fundaciones”; así como cuando comenta que “el artículo 34 consagra un derecho fundamental, en el sentido de un verdadero derecho subjetivo, y, concretamente, de un derecho de libertad; y cuando concluye que “hoy las limitaciones de este derecho no se presumen, tendrán que justificarse por una Ley formal expresa, y la actitud de los poderes pú-



Travel alphabet (Alan Nils Adler)



“La existencia de un ‘tercer sector’ desarrollado crea, allí donde existe, una competencia que obliga a los servicios públicos a elevar sus niveles de prestación y eficacia.”

“El nuestro es un Estado demasiado grande –devorador de recursos y muy eficaz– junto con una sociedad que sigue invertebrada.”



blicos tiene que cambiar radicalmente, pasando de restringir, condicionar, limitar ese derecho y fiscalizarlo hasta el extremo, a la postura de la protección, la del estímulo, la de buscar su mayor efectividad, no por ninguna razón teórica, sino porque lo impone así, en estrictos términos de Derecho, la propia Constitución”.

Pese a ello, en España no hay hoy una Ley de Fundaciones, ni un marco fiscal que aliente su actividad; y no será porque no haya habido tiempo o porque no se hayan ofrecido oportunidades a quienes, desde hace casi diez años, gobiernan España.

El Grupo Parlamentario Popular presentó una Proposición de Ley Reguladora del Derecho de Fundaciones, que consideraba tanto los aspectos sustantivos como los fiscales. Su toma en consideración pretendía ser una piedra de toque al modelo de sociedad que los socialistas

pretenden. En otras muchas cosas habían rectificado, y a veces el cambio había sido a mejor. El voto socialista, sin embargo, ha sido negativo a esta iniciativa de nuestro Grupo.

El nuestro es un Estado demasiado grande –devorador de recursos y muy poco eficaz–, junto con una sociedad que sigue invertebrada. En momentos de dificultad se hace más necesario contar con una sociedad bien articulada y cohesionada. España está viviendo uno de esos momentos difíciles, y no vale quejarse de la debilidad de la sociedad y, al mismo tiempo, privarla de los instrumentos necesarios para que se fortalezca buscando obsesivamente su control y su anestesia. De momento, al Partido Popular no le corresponde decidir lo que se convierte en ley en España; pero, desde nuestras posibilidades, lo seguiremos intentando.



Miguel Angel CORTES

EL RAPTO DE LAS SABINAS

La evolución de las ideas políticas en la antigua URSS

Gregori GERMAN

La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se ha derrumbado en medio de un vacío ideológico. El lenguaje, los símbolos y las ideas de la época comunista se han desmoronado, sin que el reformismo liberal lograra dominar plenamente la conciencia popular. Los pedazos de teorías y doctrinas defenestradas se entremezclan de la manera más caprichosa creando monstruos como el "socialismo liberal cristiano" o el "radicalismo conservador comunista". Sin embargo, detrás de toda esta algarabía de términos empiezan a perfilarse los contornos de las dos principales orientaciones políticas: la radical y la conservadora, formadas en los años de la perestroika. Este artículo es una aproximación al proceso evolutivo que vive la clase política en la antigua URSS.

La lucha de clases y la dialéctica de la perestroika

A PENAS un lustro atrás la cómoda simplicidad de los esquemas marxistas-leninistas nos presentaba el mundo como una fácil disyuntiva entre lo proletario y lo burgués. La incapacidad de encasillar la cambiante realidad en los estrechos marcos de estas dos categorías sociales, condujo a que el proletariado y el burgués empezaran a distinguirse en la dependencia de las relaciones de amistad-enemistad que establecían con el régimen soviético. En los últimos años de la existencia del bloque comunista, su teoría social estaba completamente dominada por la diplomacia política del más puro corte oportunista.

En los años sesenta los ideólogos soviéticos tuvieron que reconocer que en el mundo capitalista la adscripción formal a la clase obrera (la que vende su trabajo y no posee medios de producción) o a la clase burguesa (la que posee medios de producción y obtiene la plusvalía, apropiándose de una parte del trabajo de la clase obrera), no significaba su pertenencia a una clase social en el sentido clásico de este término, el cual implica cierta comunidad de intereses colectivos. Los ideólogos soviéticos contemplaban con estupor la aparición de una clase media, formada, en parte considerable, por obreros cualificados y "proletarios del trabajo intelectual", cuyos ideales no coincidían con aquellos de la revolución socialista. Tampoco sabían qué relaciones tenían que establecer con aquellos jóvenes de familias acomoda-

“Los ideólogos soviéticos contemplan con estupor la aparición de una clase media, formada, en parte considerable, por obreros cualificados y proletarios del gran trabajo intelectual.”



das, “formados en el seno de la cultura burguesa”, pero plenamente identificados con la izquierda más radical. La teoría de la lucha de clases fallaba en explicar fenómenos psicosociales tan característicos de la postguerra como la moda o el conflicto entre generaciones. Finalmente, los ideólogos soviéticos tuvieron que pasar por alto la explosión izquierdista de los sesenta ante la incapacidad de catalogarla según los esquemas ortodoxos. Sólo se tomó en cuenta que en muchas de sus manifestaciones este movimiento contradecía a la “línea general” del PCUS.

Mientras en Occidente estos fenómenos provocaron la aparición de teorías, como la de **Raymond Aron**, donde las antiguas clases de empleados y empleadores ya no se juxtaponían, sino que se ordenaban jerárquicamente, según los ingresos, el prestigio y otras razones al margen de las ya conocidas marxistas “relaciones de propiedad”, el leninismo encontró otra salida a esta confusión, imponiendo como principal criterio las simpatías políticas del individuo, y marginando definitivamente a la ciencia que, junto con cibernética y genética, se proclamaba en la URSS como una “ciencia falsa y criada del imperialismo”: la sociología.

Sin grandes esfuerzos, el intelectual prosoviético pasaba a considerarse “proletario de cuello blanco”, mientras que el empleado antisocialista se convertía en “obrero de conciencia pequeño burguesa”. Se suponía que la existencia de tales obreros sólo era posible en el mundo occidental ya que, como era evidente,

estaban sobornados por la burguesía. Mientras tanto, en la URSS la clase obrera se concebía como una “clase monolítica de trabajadores, unida, por medio de lazos no antagónicos, con la clase del campesinado koljosiano y la capa social de la *intelligentsia* popular”.

En la escala mundial, la lucha de clases se representaba como una lucha entre “dos sistemas”, el socialista y el capitalista, que se desarrollaba “sobre el fondo de la crisis general del capitalismo”. La lucha entre estos dos contrarios se presentaba como el principal móvil del “progreso de la humanidad”, tal como lo afirmó el propio **Mijaíl Gorbachov** en el XXVII Congreso del PCUS celebrado en 1986. Sin embargo, negar que dentro de la Unión Soviética persistiesen también ciertas contradicciones significaba privar al socialismo de la perspectiva dialéctica.

Rehusada la tesis estalinista sobre la “agudización de la lucha de clases en la etapa de transición del capitalismo al comunismo”, que encubría, de hecho, un grandioso holocausto de los pueblos de la URSS, se hizo necesario buscar otros contrarios cuya lucha pudiese asegurar, en teoría, el desarrollo dialéctico hacia el comunismo. Ellos recibieron la denominación de “contrarios no antagónicos”, a diferencia de los que se suponía que existían en la sociedad capitalista. Eran, por ejemplo, el trabajo físico y el trabajo intelectual, la ciudad y la aldea... Las contradicciones entre ellos, es decir, la lucha entre estos contrarios no antagónicos, debía conducir a su paulatino acercamiento; lo cual significaba la transición al comunismo.

Claro que estos “móviles internos” de la sociedad socialista ya estaban presentes en los manuales del comunismo científico, pero su súbito “redescubrimiento” por los ideólogos de Gorbachov —en la primera etapa de la peres-

Nuevos equilibrios

La existencia de cierto equilibrio de poder logrado en los años sesenta, por una parte, y la aparición de un grupo de ideólogos que predi-



Communism. The specter and the struggle. (Eugene Mihaesco)

troika— marcaba el deseo de la nueva generación de comunistas de distanciarse de la “época del estancamiento brezhneviano” y justificar teóricamente la necesidad de los cambios.

caban el lema de la superación dialéctica del pasado, por otra, permiten hablar, ya en los albores de la perestroika, de dos tendencias políticas (si bien muy poco pronunciadas y sólo en



“La teoría de la lucha de clases fallaba en explicar fenómenos psicosociales tan característicos de la postguerra como la moda o el conflicto entre generaciones.”

“El intelectual prosoviético pasaba a considerarse ‘proletario de cuello blanco’, mientras que el empleado antisocialista se convertía en ‘obrero de consciencia pequeño burguesa’.”



los escalones más altos del PCUS): el progresismo y el conservadurismo.

Parece obvio que, detrás de la dinámica progresista de este primer período, se escondía el deseo de una parte de la élite comunista de acceder a privilegios más amplios que aquellos de traficar diamantes o utilizar las porcelanas del Ermitage para las bodas de sus hijos. Era una nueva generación de dirigentes comunistas, más abiertos y más cosmopolitas, que deseaban tener cuentas en bancos occidentales, mandar a sus hijos a Harvard y a la Sorbona, y gozar de plena libertad de movimiento. (Todos estos objetivos fueron conseguidos en el transcurso de la perestroika. En la actualidad, una comisión especial del Parlamento ruso investiga la evasión, hacia los bancos suizos, de miles de millones de rublos a través de empresas falsas creadas por el PCUS. Lo más probable es que, como suele pasar en estos casos, el dinero ya no se recupere.

En junio de 1990, la revista *Ogonyok* publicaba el artículo llamado *“Atención: los segundos salen de la sombra”*. Su autor, uno de los más famosos cronistas de la perestroika, **Andrei Núikin**, alborotó a la opinión pública afirmando que la perestroika no era sino un mero cambio de generaciones dentro del PCUS, cuyos segundos secretarios, en la edad de 40 a 50 años, se sublevaban contra los primeros, que se habían establecido en el poder después de la caída de **Jruschov** en 1964. (Jruschov, por su parte, había llegado a ocupar puestos de responsabilidad en el Partido otros veinticinco años atrás, después de las purgas de 1937.) He aquí cómo caracterizaba su papel en la peres-

troika uno de estos “segundos”, cuya carta, sin firma, dirigida a Núikin, se citó íntegramente en el artículo: *“En realidad, sanear la economía es, quizás, lo que menos necesitamos nosotros, los verdaderos protagonistas de la perestroika, como tampoco nos interesa que se muera. Lo mejor es mantenerla en estado de gravedad permanente, porque mientras esté así, nosotros somos indispensables como médicos de cabecera”*.

El conservadurismo de los primeros secretarios frente al progresismo de los segundos no era, desde luego, un conservadurismo de tradición europea, basada en la fe en Dios y el respeto a la propiedad privada, pero sí poseía algunos de sus rasgos como, por ejemplo, el rechazo a cualquier cambio radical. (Frente a esto, Gorbachov insistía en el carácter revolucionario de su perestroika, y hasta trató de recuperar la simbología maximalista de los primeros años de la Revolución de 1917. Véase su discurso *“Perestroika como renovación revolucionaria de la sociedad”* pronunciado en 1987).

Mientras Gorbachov seguía, en sus discursos, edificando el comunismo, los términos de progresismo y conservadurismo coincidían, al menos en teoría, con los de izquierda y derecha. Sin embargo, la vida real exigía la desocialización de los bienes y la limitación del poder del Estado. No se trataba, ni mucho menos, de acercar el campo a la ciudad convirtiéndolo en una enorme empresa industrial, sino —todo lo contrario— de distribuir la tierra entre pequeños propietarios. Tampoco el trabajo físico podía transformarse en intelectual, debido al grave atraso tecnológico que sufría el país: lejos de poder modernizar su inerte industria pe-

sada, la URSS se vio obligada a volver a formas artesanales de trabajo, negocios familiares y cuasi manufacturas; ya que, según el descubrimiento que acababan de hacer, sólo estos negocios resultan capaces de reaccionar a tiempo a los cambios del mercado y cubrir, en plazos mínimos, la demanda de artículos de primera necesidad. De esta manera las reformas de la perestroika se encaminaron justo a lo contrario de lo que enunciaban los teóricos desde la tribuna del Palacio de los Congresos del Kremlin.

Gorbachov intentó, como pudo, frenar el desarrollo de las reformas en el sentido adverso al socialismo según la fórmula revelada en el artículo de Núikin. Tratando de controlar la glásnost y la democratización, emitía leyes confusas y contradictorias que a la larga provocarían graves conmociones económicas y políticas (1).

En el curso de la lucha por la “renovación”, los primeros secretarios se iban jubilando con honores y los segundos ocupaban sus puestos. Sin embargo, la democratización ya iba aumentando revoluciones y muy pronto los segundos empezaron a sufrir una fuerte presión

por parte de la nueva élite política, nacida de la democratización, no comprometida con el PCUS y abiertamente liberal en sus convicciones políticas. En su mayoría eran los profesionales de la —así llamada— “generación de los sesenta” o, como la llaman también, “generación del deshielo”.

Así, la vieja guardia comunista de “los primeros” fue relegada a la posición de la tercera fuerza, ya inconfundiblemente reaccionaria, y el equipo de Gorbachov, representado por su principal economista, **Aganbeguián**, abogó por la moderación y el evolucionismo y acusó a los liberales de intentar provocar el conflicto social con unas reformas económicas demasiado profundas. Se convertía con ello en conservador de signo socialista, defendiendo el poder absoluto del Estado, los dogmas del marxismo y la moral igualitaria de los años anteriores.

Desde este momento cundió la confusión de los términos: a los conservadores soviéticos les empezaron a llamar derecha y a los liberales izquierda, si bien, teniendo en cuenta que en Occidente la izquierda agrupa a partidos de signo comunista, socialista y socialdemócrata, y la

(1) Así, por ejemplo, en el campo económico, puso la creación de los primeros negocios semiprivados en competencia de las autoridades locales, representadas por los comités del PCUS regionales y comarcales.

La Ley sobre las Cooperativas fallaba en determinar con precisión el concepto de especulación, la cual, en muchos casos, se interpretaba como cualquier operación de compra venta, y los empresarios que se negaban a compartir sus ganancias con los representantes del poder se exponían al riesgo de verse en la cárcel por —los así llamados— “delitos económicos”. En el mismo orden de cosas, valiéndose de sus poderes presidenciales, otorgó al KGB el derecho de inspeccionar cooperativas y empresas privadas sin ninguna explicación a sus dueños, lo que condujo, a lo largo de 1991, a numerosos abusos y casos de corrupción.

En el plano político, introdujo una Ley sobre las Elecciones que establecía cuotas de representación parlamentaria para militantes del Partido Comunista, el Komsomol, los Sindicatos Centrales y los Comités de Mujeres. A raíz de esta ley, después de las primeras elecciones “libres” al Soviet Supremo de la URSS en 1988, varios centenares de diputados llegaron a ocupar escaños sólo en función de sus cargos en dichas organizaciones, formando lo que luego se llamó la “mayoría reaccionaria agresiva” del Soviet Supremo. Incluso el propio Gorbachov evitó exponerse a los comicios territoriales, y salió elegido por el Comité Central dentro de la cuota del PCUS. (Esta cuota de cien personas elegidas dentro del PCUS se conocía por el nombre de “centuria negra”, en alusión a la organización nacionalista antisemita que existía en Rusia antes de la Revolución.

“En la actualidad, una comisión especial del Parlamento ruso investiga la evasión, hacia los bancos suizos, de miles de millones de rublos a través de empresas falsas creadas por el PCUS.”



derecha defiende los valores del capitalismo, tendrían que llamarse al revés.

Por una parte, se trataba de aplicar de forma automática los conceptos que se usan en Occidente, según los cuales ser conservador casi siempre equivale a ser de derechas y ser progresista es casi lo mismo que ser de izquierdas. Sin embargo, puede suponerse que esta alteración también obedecía a ciertos intereses políticos muy subjetivos: los medios de información europeos que se atribuyen la denominación de “progresistas” estaban preocupados de que la desprestigiada élite comunista, de la época brezhneviana, pudiese ser identificada con la izquierda occidental, y el movimiento democrático de la perestroika, con los valores de la derecha. Dispuesta a mantener, a toda costa, su monopolio del progreso, la izquierda euro-

pea apoyó la perestroika presentándola como un movimiento de izquierdas hasta que se hizo evidente que iba a desembocar en un capitalismo tan “salvaje” como nadie había podido imaginar.

El pluralismo

Era el momento crucial de la lucha política dentro del propio PCUS, algunos de cuyos militantes —sobre todo profesionales, con posición de directivos de nivel bajo y medio— se proclamaban liberales y amenazaban con escindirse de las filas comunistas.

Para conservar la integridad del Partido, que entonces conservaba todavía toda su potente infraestructura e incuestionable autoridad en las regiones y comarcas del país, Gor-

(2) En realidad, algunos partidos de la oposición empezaron a formarse extraoficialmente mucho antes de recibir el permiso, pero sus actividades se desarrollaban en condiciones de semiclandestinidad, como la Unión Democrática de **Valeria Novodvórskaya**, nutrido grupo de disidentes con pasado psiquiátrico que solían manifestarse en Moscú delante de la estatua del poeta **Alexandr Púshkin**. Ellos fueron los primeros en ondear la bandera tricolor y en organizar manifestaciones paralelas el 7 de noviembre, que ellos proclamaron “Día del Luto Nacional”. La Unión democrática no claudicó después del fracaso del golpe de agosto de 1991, y denunció la existencia de presos políticos ante el Gobierno de **Yeltsin**, en octubre de 1991, lo cual indujo a liberar a algunos de ellos. (Recordemos que ni siquiera **Andrei Sájarov** en su tiempo había sido

exculpado, sino simplemente perdonado por Gorbachov.)

En 1989 empezaron a formarse el Partido de Demócratas Constitucionales (a la imagen del PDC que surgió a raíz del Manifiesto del Zar **Nicolás II** en 1905 y fue disuelto en 1918 por los bolcheviques); el Partido Democristiano de Rusia, que trata de “reconciliar” la doctrina cristiana con el neoliberalismo económico; el Partido Democrático de Rusia de **Trávkin** y otros dirigentes comunistas arrepentidos, que agrupa en la actualidad a unos 25.000 miembros y se dedica a combatir la ideología leninista a través de su popular diario *Demokraticheskaya Rossia*; el Partido Socialdemócrata de Rusia, indudablemente mucho más converso del capitalismo que sus homólogos occidentales, así como numerosos partidos de reciente aparición: el Foro Liberal,

bachov revocó, en 1990, el famoso Artículo 6.º de la Constitución soviética que otorgaba al PCUS el papel dirigente en la sociedad (conservando, sin embargo, aquellos artículos de la Carta Magna que establecían la edificación del comunismo como la principal razón del Estado Soviético).

Abiertas las puertas al pluralismo político, los comunistas rebeldes del Grupo Interregional del Soviet Supremo (hasta entonces la oposición sólo podía existir en forma de fracciones parlamentarias) pasaron a formar nuevas organizaciones, casi exentas todavía de medios y autoridad, y el PCUS, al desembarazarse de sus disidentes mediante esta "limpieza" democrática, conservaba todo su poderío (2).

La aplastante mayoría de los partidos de la oposición nacían bajo el signo de la economía de mercado, término que se convirtió en un verdadero fetiche de la perestroika. Sin embargo, mientras los liberales abogaban por una rápida privatización, soñando con el tiempo en que la libre competencia acabase con los ineptos burócratas de la nomenklatura, estos últimos se preparaban para privatizar, a escondidas, sus antiguos privilegios (3).

Aparecen las sabinas

Era el momento de fuerte indignación popular contra el Estado comunista, que se traducía en un total desprecio hacia el poder y hacia el —así llamado— "patrimonio socialista". En esta situación la ex URSS (hoy, CEI) permanece hasta ahora: mientras la producción baja todos los meses, la gente se dedica a robar y a revender bienes ya existentes. En ausencia de leyes concretas sobre la privatización, ésta se diferencia muy poco de una simple apropiación. El rasgo más característico de este proceso es que las grandes masas de gente quedan excluidas del reparto. Este se realiza, principalmente, por los antiguos dirigentes y burócratas, por medio del rescate de los bienes que les asignaba el Estado o bien por medio de participación directa y privilegiada en el sector privado, cuyo desarrollo controlaban en función de sus cargos. A esta misma categoría de nuevos ricos pertenecen también los directores de empresas públicas, que forman y encabezan cooperativas adjuntas a estas entidades para sustituir paulatinamente la producción estatal por la privada, u organizan empresas mixtas que en

Unión de Jóvenes Liberales de Moscú y el Partido Popular de Rusia encabezado por **Telman Gólian**, controvertido juez de instrucción que destrozó la "mafia uzbeka" y desveló algunos misterios de la familia **Brézhnev** (en el mismo partido militan también **Kalugin**, rebelde general del KGB, y **Tatiana Koriáguina**, una de las políticas más populares de la URSS).

También aparecieron algunos partidos de izquierda, en el sentido normal, no invertido, de este término. Son, por ejemplo, la bakuniana Confederación de Anarco-Sindicalistas, y el Partido Socialista de **Kagarlitski**, ambos con apenas varios centenares de miembros; así como el Partido Liberal democrático de **Zhirinovski**, quien ocupó el tercer lugar en las elecciones presidenciales en Rusia celebradas en verano de 1991. Desmintiendo su propio

nombre, este partido aboga por una especie de nacional-socialismo ruso. Una vez, **Zhirinovski** hasta llegó a amenazar, si llegaba a presidente, con enterrar todos los desechos nucleares en la frontera con las repúblicas bálticas.

(3) Los periódicos de los últimos dos años cuentan cómo se iban privatizando las extensas dachas en los alrededores de Moscú. El caso más sonado es el de **Biriukova**, antigua miembro del Buró Político del PCUS, que rescató su dacha estatal por una suma diez veces inferior al precio real de aquel entonces y que, en pocos años, se centuplicará.

En abril de 1991 el Comité Urbano del PCUS de Leningrado (hoy, San Petersburgo) adquirió apresuradamente el 50 por ciento de acciones de la empresa *Racemerge Limited*, fundada hacía un año por la británica *Atcherly International Limited* y la empresa

“Las reformas de la perestroika se encaminaron justo a lo contrario de lo que enunciaban los teóricos desde la tribuna del Palacio de los Congresos del Kremlin.”



su mayoría se dedican a exportar materias primas.

Los productos terminados que tienen demanda en el extranjero también se exportan en detrimento de los llamados “pedidos del Estado”, los cuales se incumplían constantemente desde que se promulgó la Ley de las Cooperativas. El incumplimiento de los pedidos del Estado —el único instrumento de distribución interna— y la inexistencia, por ahora, de ningún otro mecanismo de mercado, a excepción de algunas bolsas, provocaron la actual crisis de desabastecimiento.

Por otra parte, en la economía privada iban adquiriendo una posición cada vez más alta los antiguos representantes de la economía sumergida, muchos de ellos, ex presidiarios condenados en su tiempo por delitos tales como especulación, prevaricación, producción clandestina

de alcohol, fraude y extorsión. Según los datos de **Yuri Schekochijin**, publicados hace cuatro años en el semanario *Literatúrnyaya Gazeta*, desde 1960 hasta 1987, unos treinta y cinco millones de personas pasaron por cárceles soviéticas, y, de ellos, más de la mitad fueron condenados por delitos actualmente suprimidos, como, por ejemplo, algunos tipos de especulación. Pero quizás más interesante sea el caso de los extorsionadores o “reketeters”, como les llaman en la antigua URSS (4).

Pues bien, en el momento que el temor ante los “reketeters” alcanzaba su apogeo, el semanario *Kommersant* (cuyo director, **Vladimir Yákovlev**, es hijo del actual director de la RTV soviética y uno de los pioneros de la “glasnost”) insinuó que, en vez de luchar contra las bandas, habría que esperar tranquilamente a que se enriquezcan hasta que se sientan intere-

mixta ruso-inglesa *Rosbry International Limited*. El Comité leningradense del PCUS aportó como cuota del capital social, ni más ni menos, que tres hoteles de esta turística ciudad, donde antes solían hospedarse los dirigentes comunistas de otras regiones. Como informa el periódico *Kommersant*, el fiscal general de San Petersburgo ha presentado a *Racemerge* una demanda por trece millones y medio de rublos, que es el valor oficial de las construcciones y terrenos. Sin embargo, su valor real puede ser ya cien veces mayor.

Curiosamente, la privatización de terrenos por parte de la dirección comunista no ha terminado después del frustrado golpe del 19 de agosto de 1991. El semanario *Stolitsa* denunció, en noviembre de este mismo año, la construcción de lujosas dachas para la nomenklatura en el pintoresco poblado de Zhávoronki.

(4) Nacidos como tribus urbanas en los barrios periféricos de las grandes ciudades industriales, Moscú, Kíev, Kazán, Uía, Gorki (hoy, Nizboi Nóvgorod) estos grupos de jóvenes, muchos de ellos deportistas o aficionados a las artes marciales, empezaron a proliferar en los años ochenta atacando a los *hippies* y *heavies* bajo el pretexto de restablecer el orden. Luego siguieron, de manera cada vez más interesada, imponiendo tributos a las cooperativas, especuladores y prostitutas, y, finalmente, se unieron con todos ellos en poderosas mafias cuyos tentáculos llegaban a lo más alto del poder soviético.

Entre otras, se hizo muy famosa en Moscú la mafia chechena, formada por jóvenes de una pequeña y guerrera nación del Norte del Cáucaso. Unidos por fuertes lazos familiares, y acostumbrados a despreciar la vida y la muerte, desencadenaron en

sados en convertirse en estructuras legales. El semanario aducía, ya, ejemplos concretos de tales metamorfosis, indicando que la incorporación de un gran número de extorsionadores y criminales comunes en empresas privadas constituía un hecho positivo, facilitando la salida de la clandestinidad a millones de ciudadanos activos, antes opuestos a la sociedad. Este era el primer presagio de lo que ahora algunos llaman “neoconservadurismo soviético”. *Kommersant* tiene el honor de romper el hielo de hostilidad entre las dos Rusias. Este periódico y un importante grupo de reformistas, a cuyos criterios representa, se han separado de las filas radicales.

“La variante centrista del socialismo de Gorbachov no se diferencia de la imagen de la sociedad ‘liberal-burguesa’ del Occidente y no contiene, de hecho, ningún elemento específicamente socialista”, escribió en mayo de 1991 la revista *Siglo XX*, en cuyo consejo de redacción figuran algunos importantes líderes de la perestroika: el escritor bielorruso **Ales Adamóvich**, el presidente de la sociedad antiestalinista “Memorial”, **Yuri Afanásiev**, y dos economistas con fama de radicales, **Galina Starovóitova** y **Ludmila Saráskina**. “Los símbolos del socialismo, tan importantes para los dirigentes comunistas (Octubre, Lenin, Unión), ya no

se utilizan como referencias prácticas, sino más bien se relacionan por ellos con normas morales, con la continuidad de tradiciones y el respeto a los antepasados, todos estos valores necesarios para combatir las nuevas lacras sociales: la delincuencia, el nacionalismo, la drogadicción, etc.” —afirma *Siglo XX* en un estudio donde se analiza la evolución de la élite gobernante de la ex URSS— (5).

Los conservadores del orden

“Estas retromanías de la gente que busca orientación conservadora a veces son muy contradictorias”, anotó el sociólogo **Denís Dragunski** en la revista *Siglo XX*: “La grandeza de Rusia a veces se atribuye a las hazañas del Ejército Rojo y a la Iglesia se la pretende conceder el ‘papel dirigente’ por analogía con el PCUS... Un conservador en la URSS puede resultar lo mismo un estalinista, un funcionario totalmente apolítico o simplemente un pasota. Y si aludimos a tradiciones más profundas, tendremos allí también a los monárquicos y a los religiosos”.

Para Dragunski existen dos grandes corrientes del conservadurismo: la de la tradición y la del orden, acorde a las dos principales características del pensamiento conservador. Dentro de la primera corriente distingue a los con-

1990 una verdadera batalla con otro clan, conocido como la “mafia de los taxistas”, que terminó con la quema de numerosos garajes, algún que otro asesinato y huelgas masivas de los conductores de taxis. Seguidamente se enfrentaron con otras potentes bandas moscovitas, las de **Lúbertsí** y **Dolgoprúdniy**, y finalmente quedaron derrotados. (Esta derrota, de manera indirecta provocó, en otoño de 1991, el estallido social en Checheno—Ingushetia, donde hubo manifestaciones abiertamente rusóforas y hasta amenazas de realizar actos terroristas en Moscú). El poder y la impunidad de los chechenos en esta capital llegaron a tal extremo que hasta el presidente del Soviet Supremo de Rusia, el checheno **Jasbulátov**, conocido reformista y colabora-

dor de **Yeltsin**, llegó a ser acusado de colaborar con ellos.

(5) Según los datos de la encuesta realizada en 1990, entre los diputados de Soviet Supremo de la URSS procedentes de la nomenklatura comunista, el 68 por ciento de ellos consideran que la Revolución fue un acontecimiento que contribuyó al progreso de la humanidad. Sin embargo, sólo el 38 por ciento cree que la desigualdad social no es conatural de la sociedad humana y puede ser superada. Aún menor es el número de burócratas comunistas (25-30 por ciento) que se declaran contrarios a la propiedad privada y se oponen a las inversiones extranjeras.

“Los productos terminados que tienen demanda en el extranjero se exportan en detrimento de los ‘pedidos del Estado’ —único instrumento de distribución interna—.”

servadores patriarcales, los ruso-soviéticos y los propiamente soviéticos.

1. El conservadurismo **patriarcal ruso**, según Dragunski, es el que predicaban los nacionalistas rusos, quienes desconsideran activamente todo lo que ocurrió después de 1917. En economía defienden la idea del capitalismo comunitario ruso donde se compaginan el espíritu emprendedor, el temor a Dios y la hermandad. En la propaganda de sus ideas apelan a la xenofobia situándose muy cerca de las ideas del nacional-bolchevismo. (En las reuniones de la antisemita “Damiat”, los retratos del zar Nicolás II aparecen con frecuencia junto a los de Stalin.)

2. Los partidarios del **neoconservadurismo ruso-soviético**, en cambio, tratan de convencerse —ellos mismos— de que la Revolución de Octubre no ha interrumpido la historia de Rusia, y de que este Estado, con o sin sus colonias, sigue siendo el mismo que antes de 1917. Aprueban la Revolución como un procedimiento que fue necesario para acabar con la “corrupta corte de los **Romanov**”, alaban la “flexibilidad” de **Lenin** con su “Nueva Política Económica” (NEP) y consideran el estalinismo una desviación de los ideales de los demócratas rusos, catalogando como tales a los primeros bolcheviques. Defienden las “conquistas del socialismo” y tratan de encontrar razones etnográficas para la conservación de este sistema. Al mismo tiempo, reconocen la necesidad de una limitada liberalización de la economía. Su ideal es el socialismo de estilo sueco. “Es el conservadurismo menos agresivo y podría —en

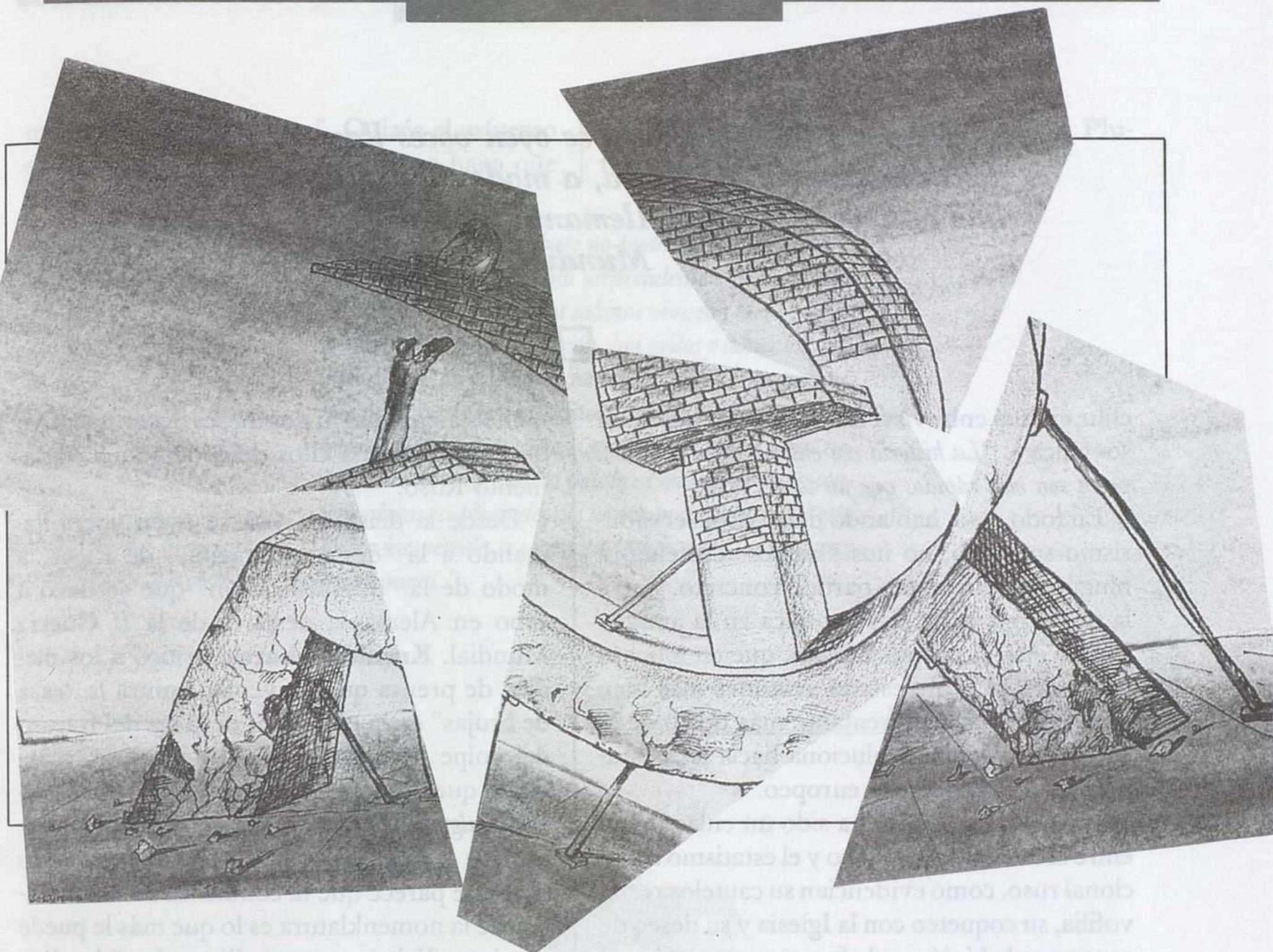
condiciones favorables— contribuir a la formación de la conciencia conservadora en la naciente clase media soviética”, señala Dragunski.

3. El **conservadurismo propiamente soviético** está orientado a los valores de los últimos decenios y no dispone de más argumentación que el típico “antes vivíamos mejor”. Dragunski los llama también “conservadores rutinarios”, “quienes pueden aducirte mil ejemplos de ‘personas honestas’ que han sobrevivido a todas las represalias y depuraciones porque se limitaban a trabajar humildemente y no se metían en nada ni con nadie, y lo más importante observaban el orden”.

De ahí Dragunski pasa a lo que él llama conservadurismo del orden. Llega a la conclusión de que pueden existir conservadurismos en los que la tradición y el orden se combinen en diferente proporción y, por tanto, a falta de una tradición democrática sólida, puede existir en la antigua URSS un conservadurismo que se base principalmente en la idea del orden, es decir, en un fuerte poder estatal.

Esta separación, un poco mecanicista, de dos principios consustanciales del conservadurismo, conduce a una contradicción teórica: ¿qué orden es el que se supone que han de defender estos conservadores: el de un Estado socialista, el de una “democracia burguesa” o, quizás, el de la monarquía? Por mucho que tratasen de aislar a los conservadores del orden de las tendencias políticas concretas, siempre tropiezan con la tradición.

Es más, las necesidades del orden exigen imperativamente la fusión de todas las capas de tradición acumuladas, es decir, fundamental-



mente, la rusa prerrevolucionaria y la soviética. En este sentido el conservadurismo del orden no se diferencia casi nada del neoconservadurismo ruso-soviético, según la clasificación ofrecida por el propio Dragunski (6).

En las filas de la oposición postcomunista las

actitudes más occidentalmente conservadoras las guarda el Partido Demócrata de Rusia, encabezado por el antiguo líder disidente ruso, **Viktor Aksúchitz**. *“Nuestra estrategia es ir reemplazando la ideología comunista y su régimen de nuestra vida sin destruir las raíces de ésta —dijo Aksú-*

(6) Comentando un imaginario programa electoral de estos nuevos conservadores, **Dragunski** hace la suposición de que *“al tratar de realizar una reforma económica eficaz los partidarios del orden se convertirán en rehenes de la idea de la justicia social, porque la base teórica del partido del orden —a pesar de todas las escisiones— la constituyen los conservadores de corte marxista”*. Los datos, expuestos más arriba, demuestran lo contrario: pertenecer a la élite comunista en la ex URSS no significa ser incondicional adepto del igualitarismo socialista y enemigo de la propiedad

privada. En abril de 1991 Dragunski escribió a modo de recomendación; *“La reforma conservadora se hace posible si los administradores se convierten en propietarios. Los propietarios de facto tienen que convertirse en propietarios de jure”*. Cuando Dragunski escribía estas líneas el proceso ya se estaba desarrollando por todo el país, provocando protestas tanto de la nomenklatura más inmovilista como de los reformistas más radicales. Como hemos indicado más arriba, la privatización hasta ahora sigue, principalmente, a cargo de la antigua partocracia.

“Desde la diáspora rusa se oyen voces llamando a la ‘descomunización’ de Rusia, a modo de la ‘desnazificación’ que se llevó a cabo en Alemania después de la II Guerra Mundial.”



chitz en una entrevista difundida por la prensa soviética—. *“La historia nos enseña que a veces mil pasos son más rápidos que un salto”* (7).

En todo caso, hablando del neoconservadurismo soviético, no nos estamos refiriendo a ningún movimiento o partido concreto, sino a la psicología de la clase política en la antigua URSS. Así, el propio **Yeltsin**, que en muchas ocasiones ha manifestado actitudes más bien radicales, es el representante más típico de la élite soviética que evoluciona hacia las posturas del centro derecha europeo.

Hasta ahora Yeltsin ha sido un enlace ideal entre el estatismo soviético y el estatismo tradicional ruso, como evidencian su cautelosa eslavofilia, su coqueteo con la Iglesia y su deseo de conservar la Unión en la forma que sea. Considerado como el máximo destabilizador del poder central, Yeltsin es —al mismo tiempo— partidario de un Estado fuerte. Para conseguirlo hasta aprobó la subida del 100 por ciento de los salarios de los militares, cuando

no habían pasado ni dos meses desde que tuvo que enfrentarse a ellos defendiendo el Parlamento Ruso.

Desde la diáspora rusa se oyen voces llamando a la “descomunización” de Rusia, a modo de la “desnazificación” que se llevó a cabo en Alemania después de la II Guerra Mundial. **Kronid Lubarski** criticó a los medios de prensa que prevenían contra la “caza de brujas” en la ex URSS, después del fracaso del golpe de Estado del 19 de agosto, señalando que *“bajo la metáfora de ‘brujas’ se suele entender algo imaginario, un enemigo inexistente, mientras que la mafia comunista es algo muy real”*. No obstante parece que la condición de ex miembro de la nomenklatura es lo que más le puede ayudar a Yeltsin a reconciliar a las “dos Rusias”, en esta nueva etapa de su historia. Apoyando a Yeltsin los intelectuales rusos salen en medio de la batalla política como las sabinas de la vieja leyenda, que en estos días se cita mucho en el país que un día llegó a lla-

(7) Preguntado en qué medida el conservadurismo democristiano se diferenciaba del conservadurismo comunista, **Aksúchitz** precisó que el *“conservadurismo comunista trata de aprovechar en sus intereses la inclinación natural del ser humano a la estabilidad y el orden, y convencer a la gente de que éstos sólo pueden lograrse volviendo a la dictadura de la burocracia socialista. Sin embargo, sus intentos fracasan porque, en realidad, la doctrina comunista es radical y extremista y, por tanto, contraria a la estabilidad y a la tradición”*.

Según Aksúchitz, *“el movimiento democristiano en la URSS tiene el carácter liberal conservador y abarca hoy a*

unas quince mil personas que se agrupan en sociedades culturales, filantrópicas y comerciales. También cuenta con organizaciones de niños y jóvenes formadas en torno al Partido Democristiano de Rusia”. No obstante, **Kronid Lubarski**, un conocido luchador por los derechos humanos en la ex URSS, que en diciembre de 1991 asistió en Madrid al seminario *“Diáspora del Este frente a la perestroika”*, desmiente estos datos. Lubarski, que edita en Alemania la revista rusa *Straná i Mir* (El país y el mundo), resta importancia a los nuevos partidos, incluido el democristiano, catalogándolos como “marginales”.

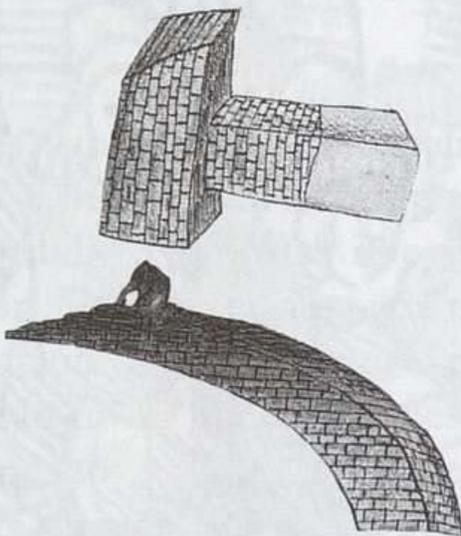
marse “la Tercera Roma”. Quizás el esfuerzo de la “secuestrada” *intelligentsia* rusa haga que

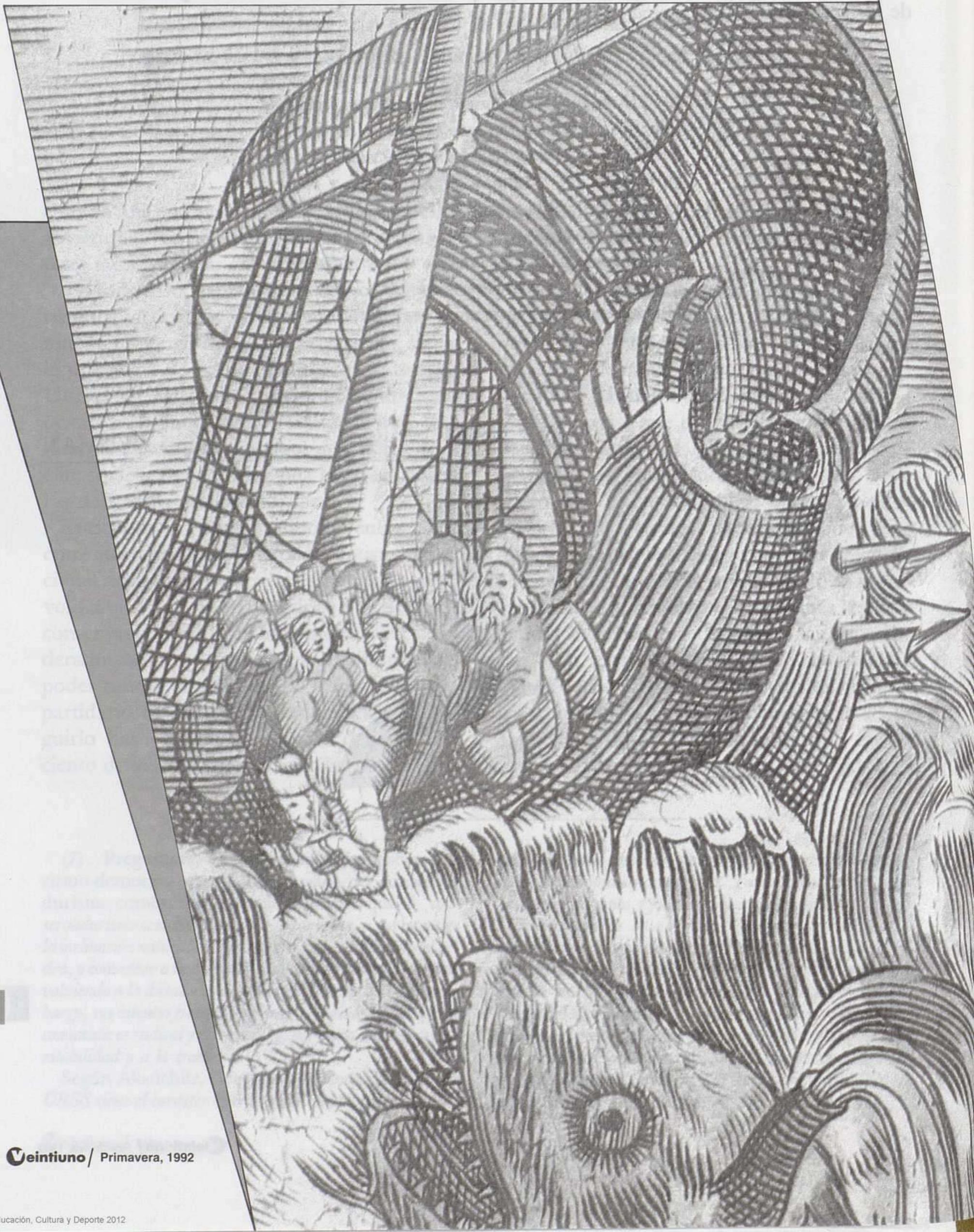
esta historia acabe como la que cuenta **Plutarco**:

“El sangriento combate no pudo seguir adelante, a la vista de un espectáculo sorprendente e imposible de describir. Las hijas de los sabinos vinieron corriendo en medio de una gran confusión, con gritos y lamentos desgarradores dirigiéndose hacia sus esposos y padres, unas con sus niños en brazos, otras con el pelo suelto, pero todas gritando, unas veces a los sabinos, otras veces a los romanos, con las palabras más cariñosas y conmovedoras, suplicando que terminen de pelear. De esta forma inesperada se consiguió la paz entre los sabinos y los romanos.”



Gregori GERMAN





LA INMIGRACION EN ESPAÑA, CINCO SIGLOS DESPUES, REGRESAN LOS ARABES

Rafael PUYOL

Tres hechos esenciales definen la trayectoria demográfica española de los últimos años: la caída brusca de la fecundidad, que se sitúa en niveles que nos hacen disputar a Italia el nada envidiable liderazgo de la desnatalidad mundial; la aceleración del nivel de envejecimiento de la población, que acorta cada año la diferencia que (pequeña ya) aún nos separa de la mayoría de nuestros vecinos comunitarios; y el cambio de signo de las migraciones, que nos aleja de la condición prioritaria de ser un país de exiliados y emigrantes, para convertirnos en territorio de acogida de gente de muy diversas procedencias y características.

De los tres procesos señalados, sin duda por sus efectos visibles e inmediatos, el que más ha sensibilizado a los ciudadanos y a la propia Administración ha sido el de la inmigración. La reconversión migratoria se ha producido en tan corto período de tiempo que ha supuesto una verdadera crisis de adaptación, en la que aún nos encontramos, y de la que no se ha librado ni el viejo Instituto Español de Emigración, que ha tenido que cambiar su denominación por la más genérica y comprensiva de Dirección General de Migraciones.

Al igual que otras naciones del flanco sur europeo, la inmigración hacia España empezó a tener proporciones significativas desde comienzo de los años ochenta, acelerándose a partir del segundo lustro de la década.

Pese a ello, tenemos todavía una colonia de extranjeros relativamente modesta, aunque

desconocida en sus proporciones exactas, debido a la imposibilidad de saber cuántos inmigrantes irregulares permanecen todavía en esta situación una vez cerrado, el 10 de diciembre último, el proceso de regularización que se inició seis meses antes. Las cifras más verosímiles oscilan entre el medio millón y las seiscientos mil personas (aunque hay estimaciones que elevan el número hasta las setecientas mil), que sobre la población total del país representan un porcentaje en torno al 1,5 por ciento. La humildad relativa del volumen no impide que un tercio de los españoles (1) juzgue que hay demasiados extranjeros trabajando en el país y que casi dos tercios opinen que es preciso limitar la entrada de nuevos trabajadores inmigrantes, aunque la inmensa mayoría de los entrevistados (90 por ciento) sentencie que todas las personas deberían tener libertad para vivir y trabajar en cualquier nación, aunque no

“La inmigración hacia España empezó a tener proporciones significativas desde comienzo de los años ochenta, acelerándose a partir del segundo lustro de la década.”



fuera la suya. Esta actitud, aparentemente contradictoria, es el resultado, como apunta **A. Izquierdo** (*La Inmigración ilegal en España*, 1991) de un cierto sentimiento de culpa (alimentado por nuestro pasado como país de inmigración) y de un ánimo controlador que obedece a las exigencias de nuestra incorporación a la CEE; en suma, hemos sido un país de inmigración con mentalidad (en fase aún de rodaje) de país de inmigración. De una inmigración variada en orígenes y condiciones sobre la que no caben generalizaciones y definiciones estereotipadas (resulta completamente abusivo meter en un mismo saco al ejecutivo japonés que trabaja en una multinacional, al jubilado sueco que envejece al sol mediterráneo, al minero caboverdiano que brega en las minas leonesas, al obrero marroquí que se dedica a la construcción o a la sirvienta dominicana o filipina que faena en las casas de las zonas residenciales de Madrid y Barcelona. Todos son inmigrantes, pero cada uno presenta perfiles sociolaborales muy distintos).

La moderada cuantía de la colonia nos sitúa todavía en reducidos niveles de xenofobia y racismo. Las respuestas de los entrevistados (CIS, 1964) a si votarían a un partido racista similar a lo que en Francia es el Frente Nacional de **Jean-Mari Le Pen**, lo corroboran. Sólo un 2 por ciento de los encuestados admitió que votaría a un partido racista, aunque la existencia de extranjeros no provocase problemas; un 9 por ciento más afirmó que lo haría si el problema de la inmigración se agravase; un 18 por

ciento no supo qué contestar, y un 71 por ciento restante aseguró que en ningún caso votaría a un partido con ideología racista. No obstante, y el hecho resulta significativo, un 30 por ciento de los entrevistados cree que en España, con el tiempo, podría aparecer un partido político de este tipo.

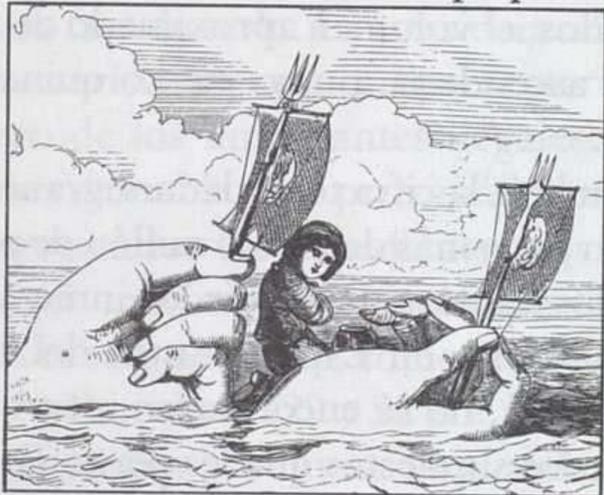
La actitud de los españoles resulta ser especialmente positiva para los refugiados políticos, independientemente de su nacionalidad, lo cual constituye una prueba de tolerancia y comprensión. Aunque es preciso no olvidar que la vía de la solicitud del refugio o asilo se ha convertido en un procedimiento abusivo y fraudulentamente utilizado, mediante el cual tratan de penetrar en el país personas que son emigrantes exclusivamente económicos. El fenómeno no es privativo de España; muy al contrario, es común a la mayoría de los estados europeo-occidentales, en alguno de los cuales alcanza ya proporciones masivas (Francia, Suecia, Suiza, Holanda, etc.), y esa misma tendencia parece que se produce aquí, donde las cifras han evolucionado desde cuatro mil solicitudes, en 1989, a más de diez mil en 1990.

Hechas estas breves consideraciones previas, pasaré a presentar el estado actual de la inmigración. Hablaré, primero, de la que estaba en situación legal antes de iniciarse el proceso de regularización recientemente concluido; facilitaré, después, algunos de los resultados aún provisionales de este último proceso, y ofreceré, para acabar, un balance de la nueva situación derivada del mismo.

La inmigración legal

En el año 1990 había en España alrededor de cuatrocientos mil inmigrantes legales (doscientos veintiocho mil más que diez años antes), a los que aún podrían añadirse, para medir mejor la intensidad de las corrientes, sesenta mil personas que se nacionalizaron durante el decenio.

Tres cuartas partes de los extranjeros legales se instalan tan sólo en siete provincias españolas: Madrid, Barcelona, las dos de Canarias, Málaga y Alicante. Las provincias fronterizas con Portugal y Francia tienen colonias de alguna relevancia; en el interior del país apenas hay presencia de extranjeros, salvo en Madrid, y, en proporción mucho más pequeña, Zaragoza.



El origen de estos inmigrantes refleja un predominio abrumador de los procedentes de Europa (casi dos tercios), que, además, duplicaron los efectivos en los años ochenta. El Reino Unido, la ex R.F.A., Portugal y Francia proporcionan los contingentes más numerosos. América Latina suministra un 19 por ciento de

los inmigrantes (anteriormente) legales: son en total unas ochenta mil personas originarias sobre todo de Argentina, Venezuela, Chile, Cuba, Colombia y Perú. Los inmigrantes de países asiáticos y de Oceanía (unas treinta mil personas) vienen sobre todo de Filipinas, India, China y Japón, y los africanos (algo más de veinticinco mil), en un 60 por ciento de Marruecos, y en un 20 por ciento más de Senegal, Gambia y Cabo Verde. En conjunto, en la evolución anterior al año 1990, los inmigrantes de Europa y Africa ganaron peso relativo, mientras que los de Asia y América lo perdieron, aunque, en cifras absolutas, en todos los casos se produjeron aumentos.

Una buena parte de los inmigrantes legales son inactivos (69 por ciento), debido en buena parte a la presencia de jubilados europeos y también al movimiento de reagrupación familiar. Poco más de una tercera parte de los extranjeros regulares tenía un permiso para trabajar, si bien los trabajadores comunitarios por cuenta propia no lo necesitan desde 1986. El sector terciario acapara el número más alto de activos (75 por ciento), entre los cuales las mujeres están bien representadas; la industria ocupa a un 13 por ciento y el resto queda repartido entre la agricultura y la construcción. Estas dos actividades se nutren básicamente de mano de obra africana y de no pocos portugueses; en la industria laboran sobre todo europeos y americanos del Norte; en cambio, las ocupaciones de servicios son prioritariamente para asiáticos y latinoamericanos.



“Un tercio de los españoles juzga que hay demasiados extranjeros trabajando en el país, y casi dos tercios opinan que es preciso limitar la entrada de nuevos trabajadores inmigrantes.”

“La actitud de los españoles resulta ser especialmente positiva para los refugiados políticos, independientemente de su nacionalidad, lo cual constituye una prueba de tolerancia y comprensión.”



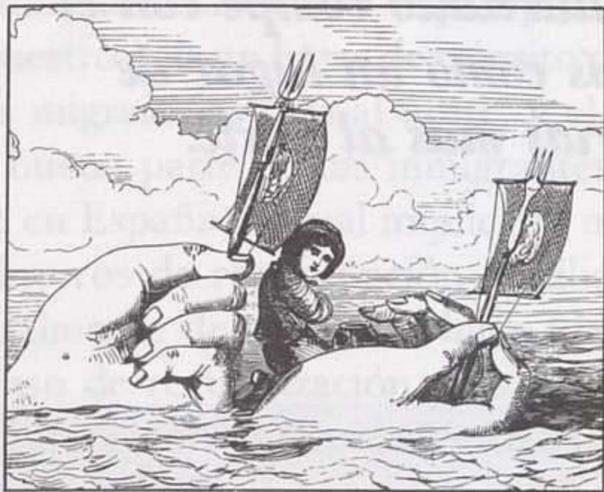
La inmigración ilegal. Resultados de la regularización de 1991

Antes de junio de 1991 se manejaban cifras dispares para evaluar el número de inmigrantes irregulares. La más alta correspondía a la segunda estimación del colectivo IOE (trescientas mil personas en 1989), que, de forma inexplicada, redujo la que había efectuado para el período 1984/86 (trescientos sesenta y seis mil quinientos inmigrantes). Las más bajas eran las dos hipótesis medias manejadas por **A. Izquierdo** (*La inmigración ilegal en España*, 1991), según las cuales la inmigración ilegal estaría comprendida entre ochenta y ocho mil, y ciento treinta y dos mil personas. El propio IEE solicitó al equipo PASS un Informe cuyo objetivo era levantar un Mapa de inmigrantes en situación irregular. En él se ofrecían dos cifras intermedias: una, relativa a los extranjeros no regulares detectados (ciento setenta y dos mil, seiscientos ochenta y dos), y otra, correspondiente a la estimación de inmigrantes irregulares (doscientos cincuenta y nueve mil, cincuenta y uno).

El balance provisional de la regularización (2) ha tenido estos resultados. A la fecha de cierre del proceso se habían recibido unos ciento treinta y tres mil expedientes, de los que se habían resuelto ochenta y cuatro mil, cuatrocientos cuarenta y seis. De ellos, favorablemente, setenta y cuatro mil veintidós, y negati-

vamente, siete mil ciento cuarenta. El resto (tres mil doscientos ochenta y cuatro) fueron bajas por pertenecer las solicitudes a ciudadanos de la CEE, por estar duplicadas o por desistir los interesados. Si el porcentaje de expedientes resueltos de manera favorable (87,65 por ciento) se aplicase al total de los expedientes recibidos, el volumen aproximado de regularizados ascendería a unas ciento quince mil personas.

Esto situaría la cifra total de inmigrantes regulares en poco más de medio millón de personas. A ellos habría que añadir los inmigrantes que, hallándose en España antes del 15 de mayo de 1991, no se encontrasen incursos en alguno de los supuestos que les permitía optar a la regularización (estar residiendo o trabajando en España antes del 24 de julio de 1985; haber sido titular de un permiso de trabajo anterior; haber trabajado al menos nueve meses en los últimos dos años, contar con una oferta de trabajo estable —seis meses por lo menos— o un proyecto autónomo económicamente viable) y aquellos otros que han ido llegando durante el tiempo que ha estado abierto el proceso. Saber cuántas son las personas no resulta posible. Lo cierto es que a muchas de ellas les ha sido muy difícil intentar legalizarse; sobre todo porque bastantes empresarios les han negado la documentación acreditativa de su vinculación laboral. El eslogan de la campaña institucional —“*Sal a la luz. Ponte en regla*”— ha resultado de obligado incumplimiento para bas-



tantes afectados, pese a sus deseos y hasta sus posibilidades objetivas para conseguirlo.

Lo que sí ha permitido el proceso de regularización es conocer bien algunas de las características de una parte importante de la inmigración inicialmente ilegal, y ahora regularizada o en fase de serlo. La consideración de estas características, como representativas del conjunto de los inmigrantes ilegales, resulta bastante razonable. Las provincias donde han sido presentados los expedientes nos indican los focos de mayor concentración de inmigrantes. A la cabeza se sitúan, como era de esperar, Madrid y Barcelona (29 y 22 por ciento del total), seguidas por provincias localizadas en el litoral mediterráneo (por orden de importancia, Murcia, Gerona, Málaga, Valencia, Alicante, Almería, Baleares y Tarragona). En conjunto, estas diez provincias han reunido más del 85 por ciento del total de solicitantes.

El análisis de las *procedencias* no ha deparado grandes sorpresas. Calculado el origen sobre las tarjetas de trabajo y residencia, entregadas al 10 de diciembre (sesenta mil, setecientas

ochenta y dos), los marroquíes constituyen el grupo más numeroso de regularizados (45 por ciento del total). Las demás nacionalidades tienen niveles de presencia mucho más modestos. El segundo colectivo es el de los dominicanos (fundamentalmente mujeres), con un 6,5 por ciento, seguidos de otros grupos latinoamericanos como los argentinos (6,4 por ciento) y peruanos (5,3 por ciento). Figuran a continuación los inmigrantes chinos (4,3 por ciento) y filipinos (3,1 por ciento), también en este caso básicamente mujeres; y detrás los procedentes de Polonia, el único país europeo con cierta representación (3,07 por ciento).

Aunque la participación de hombres y mujeres varía según las nacionalidades, algo más de dos tercios de los regularizados son varones. Pese a este claro predominio de la población maculina, la presencia de mujeres es superior a la que arrojan los últimos procesos de regulación en Italia (28 por ciento) y sobre todo en Francia (17 por ciento).

Lógicamente, la inmensa mayoría de los solicitantes de la regularización han sido personas en edad activa con reducida presencia de jóvenes y viejos; los 25 y los 54 años limitan el grupo en el que se concentran el 94 por ciento de los peticionarios. En relación con la actividad, dos circunstancias fundamentales hay que destacar: la preeminencia del sector servicios, que concentra el 61 por ciento del total de activos; y en cuanto a la dependencia, el predominio abrumador de los trabajadores por cuenta ajena, que representa el 92 por ciento de los permisos entregados.



“Tres cuartas partes de los extranjeros legales se instalan tan sólo en siete provincias españolas: Madrid, Barcelona, las dos de Canarias, Málaga y Alicante.”

“El retrato robot del inmigrante regularizado rompe con el viejo tópico, que veía a nuestro país como un lugar de tránsito para aventuras migratorias más al norte.”



Paralelamente al proceso de regularización, y siguiendo experiencias llevadas a cabo en otros países, se ha efectuado una encuesta entre los inmigrantes regularizados que voluntariamente han querido cubrirla. Los resultados provisionales, obtenidos a partir de un muestreo sobre quinientas encuestas (está previsto efectuar alrededor de veinticinco mil en diez provincias), nos permiten definir con mayor precisión el perfil del inmigrante regularizado. Este sería, a grandes rasgos, su retrato robot:

varón, joven, que ha vivido solo la experiencia migratoria, que ha elegido España como su primer y definitivo país de inmigración, que ha entrado en él como turista en los dos últimos años, que se “defiende” en nuestro idioma, que trabaja básicamente en el sector servicios por cuenta ajena, con una remuneración media en torno a las cien mil pesetas, y que, de forma mayoritaria, tiene la intención de establecerse de manera definitiva en nuestro territorio. Dos cuestiones importantes se derivan de estos re-

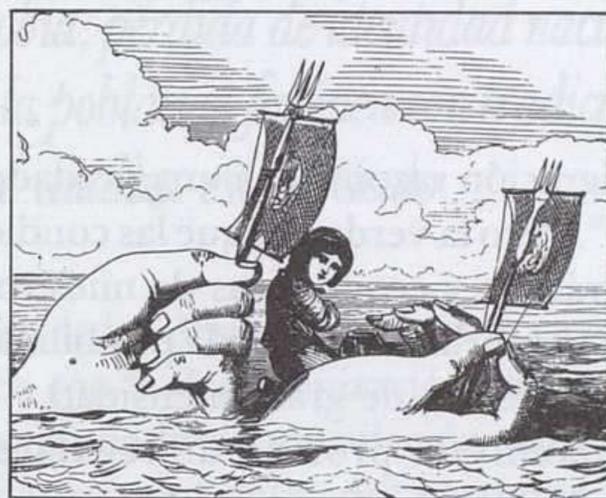
sultados: la invalidez del viejo tópico que hacía de nuestro país un lugar de tránsito para aventuras migratorias más al norte, y el deseo de una buena parte de los inmigrantes de asentarse en España, lo cual implicaría movimientos futuros de reagrupación familiar, fundamentalmente de esposas e hijos (de hecho el proceso de regularización para los familiares de los trabajadores siguió abierto hasta el 10 de marzo de 1992).

Y ahora, ¿qué?

El proceso de regularización ha originado modificaciones sustantivas en el volumen y las procedencias de inmigración legal. Con él se han incorporado a la legalidad más de cien mil personas y se ha modificado el peso relativo de las distintas nacionalidades presentes en el país. Los inmigrantes europeos han pasado de representar dos tercios del total a suponer tan sólo la mitad. Los africanos, al contrario, (básicamente marroquíes), han crecido desde un 6,32 por ciento a más de un 18 por ciento. Desde un punto de vista laboral, éste es quizá el cambio más importante del proceso: dado el carácter eminentemente activo de la inmigración árabe, se ha producido una progresiva marroquización del trabajo legal extranjero; puesto que en el ilegal los inmigrantes de Marruecos ya eran y siguen siendo sus principales protagonistas.

Cinco siglos después, los árabes han vuelto a España —sólo que con pretensiones y de forma

completamente diferentes—, con el mismo alcance y objetivos que otros trabajadores de América Latina, del África Negra o del Sur y Este asiáticos, que no encuentran en sus países de origen las condiciones mínimas necesarias para mantener una existencia digna.



Para ninguno de estos colectivos, la regularización (casi un deber elemental de justicia) va a resolver todos sus problemas. La legalización debe ser un primer paso, al que necesariamente deben seguir otros que creen las condiciones exigibles para que cualquier inmigrante extranjero legal pueda desarrollar su actividad con semejantes derechos y deberes que los trabajadores nacionales. Al fin y al cabo, sólo ellos desempeñan ocupaciones que, por su menor nivel de remuneración o mayor dureza y peligrosidad, los españoles ya no quieren ejercer.

Con todo, el reto más importante de cara al futuro inmediato es la respuesta que ha de darse a la pretensión de miles de personas de acudir a trabajar a nuestro país. Quizá resulta un tanto demagógico afirmar que también en España podemos pasar en poco tiempo de una



“Los emigrantes desempeñan ocupaciones que, por su menor nivel de remuneración o mayor dureza y peligrosidad, los españoles ya no quieren ejercer.”

“Resulta imprescindible el establecimiento de una verdadera política de inmigración, aún sin definir, fundamentada en la admisión de flujos migratorios razonables, y negociados en el marco de la CE.”

inmigración razonable a una verdadera “invasión”. Pero la verdad es que las condiciones demográficas y económicas de nuestros vecinos de la otra orilla anuncian la posibilidad de nuevas corrientes de gran intensidad.

Cuando un proceso de regularización se pone en marcha siempre se dice que será el último, y se utiliza para endurecer la política de control de nuevos flujos, como condición indispensable (no siempre cumplida) para la integración de los inmigrantes establecidos de forma regular. Probablemente, en el caso de España, este segundo proceso de regularización tendrá nuevas ediciones en el futuro. Pero, mientras tanto, resulta imprescindible el establecimiento de una verdadera política de inmigración, aún sin definir, que debe estar

fundamentada en la admisión de flujos migratorios razonables, consentidos y negociados en el marco más amplio de la CEE, de la que no debemos limitarnos a ser el guardián de una de sus fronteras externas. Una solución para el problema migratorio, basada exclusivamente en la adopción de una estrategia defensiva, resulta tan inconveniente, por insuficiente e insolidaria, como una política de puertas abiertas a una inmigración ilimitada.

Y, paralelamente, España, como los demás países comunitarios, debe contribuir al desarrollo económico y social de los países emisores de emigrantes, mediante la creación de puestos de trabajo y riqueza *in situ*, y poder reducir así los contingentes migratorios.

Rafael PUYOL

Notas

- (1) El dato, como otros que se ofrecen con la referencia CIS, 1964, proceden de una encuesta realizada por este Organismo, entre el 25 de abril y el 5 de mayo de 1991, a través de diecisiete mil ochocientas entrevistas a los españoles de ambos sexos mayores de 18 años y más.
- (2) Los datos proceden del “Balance provisional” sobre la regularización de inmigrantes efectuado por la Dirección General de Migraciones.

EL REFLUJO DE LOS IMPERIOS

BELISARIO

Inmigración masiva en los países occidentales, xenofobia, pérdida de identidad nacional y cultural de algunos países europeos ante el aumento de la población foránea con tradiciones propias. Son estos algunos de los puntos candentes que analiza este artículo.

A raíz de la descolonización, comenzaron a producirse movimientos de población que han afectado a millones de personas, en principio procedentes de las ex colonias que se asentaban en las metrópolis y después, una vez establecido un sistema de vasos comunicantes, de cualquier parte del mundo.

En muchos casos, se produjo un fenómeno voluntariamente olvidado pero sobre el que merece la pena llamar la atención. La masiva emigración de los que habían sido súbditos coloniales a la metrópolis sucedió, sin solución de continuidad, a la casi total expulsión de los europeos residentes en Ultramar. Baste, por ejemplo, recordar lo ocurrido en Argelia con los colonos, que debieron abandonar aquel país a raíz de la independencia. Efectivamente, los revolucionarios argelinos entendieron que la perfección del proceso de emancipación y el aseguramiento de la identidad nacional eran incompatibles con la presencia de millones de europeos, la mayoría agricultores y pequeños industriales, que fueron obligados a volver a sus países de origen.

*“Todo hijo de la nación árabe, allá donde se encuentre, debe golpear los intereses de los imperialistas.”
(Sadam Husein)*

Después de los desplazamientos masivos relacionados con la descolonización, la inmigración ha continuado sin vinculación alguna con pretendidas responsabilidades postimperiales, al desplazarse a nuestro Continente personas que pertenecen a pueblos con los que las socie-

dades de acogida no han tenido prácticamente contacto alguno.

Incluso, alguno de los principales países de emigración, como Turquía, no sólo no ha conocido un pasado

colonial, sino que tiene tras de sí una tradición imperial relativamente reciente. Otros, como los Estados sudamericanos, son independientes desde hace casi dos siglos.

Como resultado de este proceso, la mayoría de las grandes ciudades europeas albergan hoy a comunidades extranjeras que, exceptuado el ámbito de la economía, no mantienen prácticamente relaciones con la sociedad del país de residencia, ni tampoco con el resto de las comunidades inmigrantes.

Parece inevitable recordar, en este contexto, las palabras de **Spengler** señalando las diferencias entre pueblo (*Volk*) y población (*Bevoelkerung*), como yuxtaposición anorgánica de indi-

“La masiva emigración de los que habían sido súbditos coloniales a la metrópolis sucedió, sin solución de continuidad, a la casi total expulsión de los europeos residentes en Ultramar.”



viduos que habitan una zona. Sólo el primero puede ser sujeto activo del devenir histórico.

Las primeras décadas del proceso han transcurrido sin grandes sobresaltos

El ejemplo de Estados Unidos, como país de inmigración que ha estado tradicionalmente abierto a personas procedentes de zonas muy diversas del mundo, ha servido para que amplios sectores de los países europeos hayan aceptado estas migraciones, por lo que, durante las primeras décadas, el proceso se ha podido desarrollar sin que aparentemente se produzcan disfuncionalidades de carácter grave en la sociedad.

Al ejemplo norteamericano, cuya cultura ha dominado en la segunda mitad del siglo XX, hay que añadir el carácter de la civilización occidental. En efecto, ésta ha tenido siempre una pretensión universalista, tanto desde el punto de vista religioso, pues el Cristianismo y especialmente la Iglesia Católica se dirige a todo el género humano, como en su versión laicista, extendida desde el siglo XVIII, que por fundarse en el individuo y pretender mantener una actitud asépticamente racionalista (“la razón pura”) entendía que sus postulados tenían una validez universal.

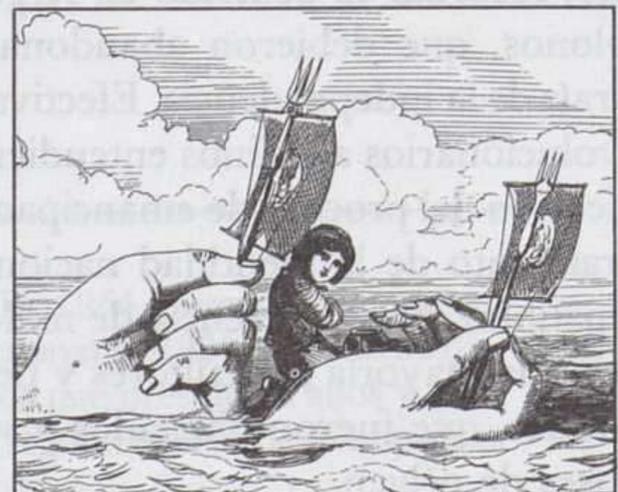
Desde estas perspectivas ideológicas era en principio posible, y aún deseable, la integración en nuestro ámbito cultural de cualquier

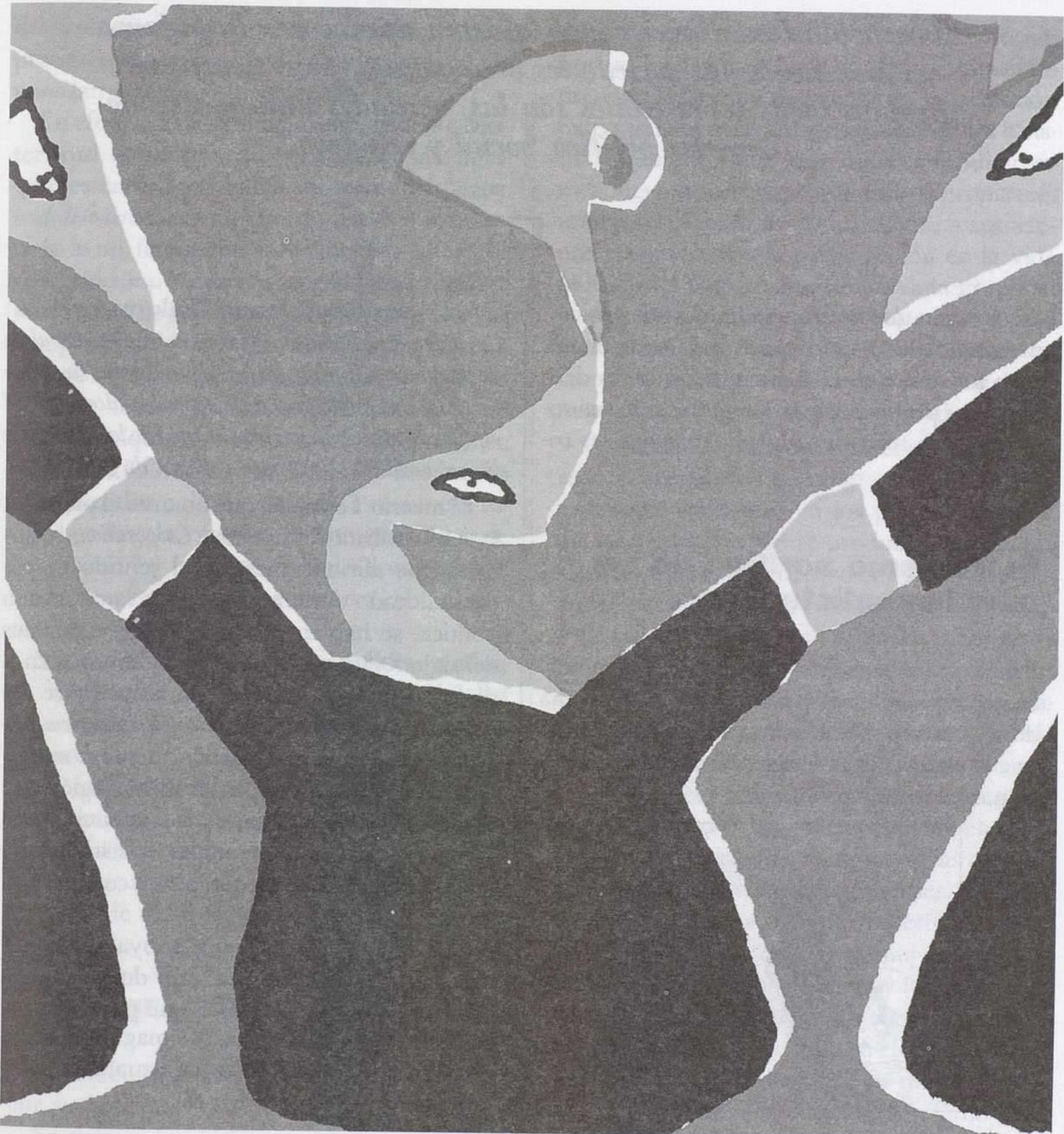
persona, en una ahistórica consideración del hombre sin su circunstancia.

A estas tradiciones concurrentes del Cristianismo y del Humanismo, y a las actividades generosas que han derivado de las mismas, hay que añadir motivos menos gratificantes. En efecto, el éxito histórico de Occidente, que impuso su poder sobre otros pueblos mediante su superioridad militar y tecnológica, ha creado, desde fines del siglo pasado, una imperturbable y excesiva sensación de seguridad en la mayoría de los occidentales en sus relaciones con el resto del mundo.

Las advertencias de **Guillermo II** sobre el “*peligro amarillo*” o las palabras de **Ortega**, que aludían a la posibilidad de ver “*la coleta de un chino apareciendo en los Urales*”, han resultado anecdóticas.

La guerra ruso-japonesa, la campaña del Pacífico en la II Guerra Mundial y las derrotas francesa y americana en Indochina deberían haber desvanecido esta actitud, pero aparentemente la arrogancia de la riqueza ha resultado más efectiva, por lo que muchos europeos to-





Medicine and children (Jean Hin)



“No hace mucho el presidente Mitterrand anunciaba que el número de inmigrantes en Francia había sobrepasado ‘el umbral de tolerancia’.”

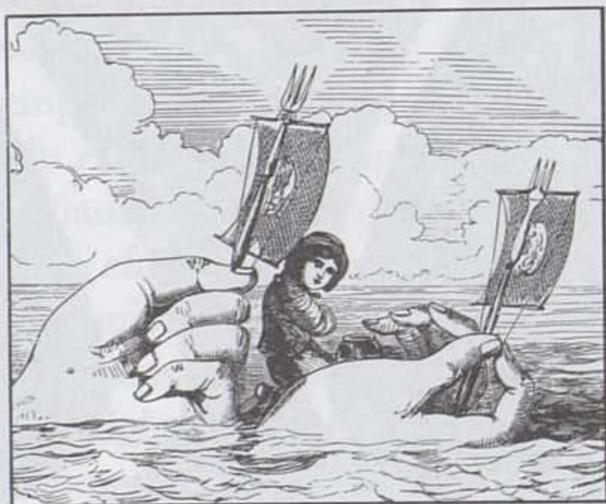
“Las poblaciones inmigrantes quieren aprovechar la pujanza económica de las sociedades occidentales, pero tienen sus propias ideas sobre cuáles son las ‘verdades universales’ de carácter político, social y religioso.”



davía creen que podrán mantener sus posiciones mundiales y su forma de vida, sean cuales sean los desarrollos demográficos, tanto dentro de su propia sociedad, como los de sus sociedades en relación con los países que les rodean.

El irenismo acrítico de los pueblos satisfechos

Un optimismo que tiene antepasados ilustres, pero que nada parece hoy justificar, ha dominado muchos espíritus que suponen que una “política de integración” permitirá solucionar cualquier problema.



En este contexto merece la pena citar cómo **Arnold Toynbee** describe en su *Estudio de la Historia* el complaciente optimismo del *Establishment* político, conservador y liberal, en los años del jubileo de la Reina Victoria: “Se imaginaban que, para beneficio de ellos, una vida moderna sana, segura, satisfactoria, perduraba en un presente intemporal, súbitamente inaugurado.”

Un siglo después **Francis Fukuyama** decía: “... a lo que nosotros asistimos no es simplemente al fin de la guerra fría... sino al fin de la Historia en cuanto tal. Este es el punto final de la evolución ideológica del espíritu humano y la universalización de la democracia liberal occidental como forma última de gobierno”.

El mismo Toynbee, que no tuvo el placer de leer al analista de la *Rand Corporation*, recordaba que afirmaciones, en el sentido de haberse llegado al punto omega de la evolución política, se habían producido ya a mediados del siglo XVIII, por ejemplo, en Gibbon y en el discurso de **Turgot** en la Sorbona sobre *Las ventajas que el establecimiento del Cristianismo procuró al género humano* y, anteriormente, a mediados del XVII, cuando un cronista inglés estimaba que acontecimientos de violencia como la Noche de San Bartolomé e instituciones como la Inquisición española eran cosas del pasado.

Esta mentalidad es la que subyace a la actitud ciegamente optimista, aún dominante en las sociedades occidentales, que parecen incapaces de imaginar la enorme magnitud de los desafíos que van a plantar los actuales fenómenos demográficos y migratorios.

Primeros síntomas de rechazo

Un ejemplo significativo lo proporcionan los gobernantes franceses, que después de haber negado inveteradamente la existencia misma

del problema, se ven sometidos a una creciente presión de la opinión pública, alarmada, y comienzan a revisar sus posturas.

En efecto, no hace mucho el presidente **Mitterrand** anunciaba que el número de inmigrantes en Francia había sobrepasado “*el umbral de tolerancia*”, aunque sin precisar si se refería a un fenómeno psicológico o si estaba aplicando en el terreno social una metáfora procedente de la biología, es decir, aludiendo a la capacidad de un organismo vivo para asimilar una sustancia extraña, o el concepto de ingeniería de la “resistencia de materiales”.

De cualquier manera, poco después, en mayo de 1990, el mismo Gobierno convocaba a los partidos políticos del país a una mesa redonda sobre la “política de inmigración y de integración” y hacía público un dossier sobre las acciones que pensaba llevar a cabo al respecto.

Según este documento, la política tendría dos elementos fundamentales, el control del flujo de inmigrantes —léase reducción— y la integración de los mismos. Aún reconociendo que a estas alturas los problemas son extraordinariamente difíciles, cabe señalar que el plan de acción del Gobierno francés, tal como está planteado, no tiene perspectivas de éxito en ninguno de sus dos objetivos.

La integración

Consideremos el concepto de integración que se cita como solución taumatúrgica.

En primer lugar, hay que tener en cuenta

que la propia palabra tiene un contenido impreciso y que los mismos que la propugnan no precisan si se trata de asimilar a la población extranjera, es decir, adaptarla a la cultura e instituciones europeas, si se trata de fundirse en una nueva cultura, abandonando la propia *velis nolis*, o si la idea se limita a asegurar a autóctonos e inmigrantes la participación en la vida política del país, manteniendo cada grupo su personalidad cultural y su identidad como pueblo. A este respecto deben tenerse en cuenta dos factores: el enorme número de inmigrantes y su propia personalidad cultural.

Por lo que se refiere al primer problema, parece muy probable que el gran número de inmigrados, residentes en los países europeos, no va a permitir que se produzca una simple asimilación. En efecto, a partir de una determinada “masa crítica”, los inmigrados se concentran en determinadas localidades o zonas de las grandes ciudades, limitando al máximo los contactos con un medio exterior que de manera inevitable resulta crecientemente hostil.

A través de estos mecanismos, las diferencias culturales persisten de generación en generación. Se trata de algo bien conocido en el pasado, y que ya resulta evidente en las grandes ciudades de Francia y de otros países. Si alguna diferencia puede esperarse respecto a lo ocurrido en siglos anteriores es una mayor incidencia del fenómeno, pues hoy los medios de comunicación permiten mantener un fácil contacto con el país de origen. En efecto, los viajes más frecuentes, la distribución mundial de la prensa y, sobre todo, el acceso a la radio y a la televisión en la propia lengua, van en contra de



“Cabe recordar cómo Ortega consideraba el enfrentamiento entre Oriente y Occidente como el fenómeno central de esta era.”

“En pocas décadas más, Occidente puede encontrarse con la ‘intifada’ o con algo más grave en las ciudades europeas.”



la asimilación de los inmigrantes.

Por otra parte, una mínima perspectiva histórica nos sitúa —o debería situarnos— muy lejos de aquellas pretensiones de representar un sistema de validez universal basado en la razón, un punto terminal en la evolución política, que subyace a las pretensiones de integración de millones de personas pertenecientes a otras culturas, sin que se diluya la propia identidad.

El argumento, nunca expresado pero que forma parte implícita de esta actitud, parte de considerar que unos “pobres inmigrantes”, procedentes de países subdesarrollados, no van a tener más remedio que aceptar de buen grado nuestros sistemas de valores culturales y políticos, pues estos son los únicos morales y racionales y, por lo tanto, se impondrán “por lógica” entre los inmigrantes. La transposición al terreno laico del concepto de “Religión única y verdadera” es patente.

Según esta perspectiva, los nuevos ciudadanos que sólo se distinguirían por los apellidos o por los rasgos físicos, quedarían integrados en la vida nacional, participando con el resto de los ciudadanos en la comunidad política mediante el uso de sus derechos constitucionales. Las poblaciones inmigrantes se consideran, desde este punto de vista, como meras yuxtaposiciones de individuos que, desprovistos de personalidad cultural y política, se asemejarían a cheques en blanco, a rellenar por los países de residencia.

Parece una ilusión vana, pues, en la mayoría de los casos, nos encontramos con personas que desean aprovechar la pujanza económica de las sociedades occidentales, pero que tienen

sus propias ideas sobre cuáles son las “verdades universales” de carácter político, social y religioso, y, si bien es cierto que pueden modificar el equipaje cultural que traen de sus países de origen, nada garantiza que lo hagan, ni, en su caso, en qué dirección.

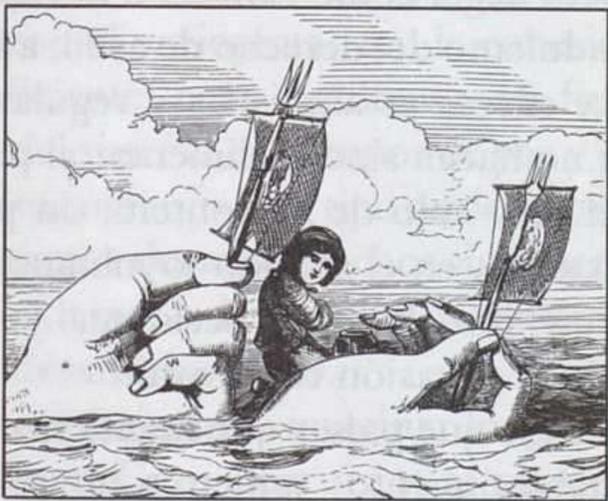
Esta consideración parece especialmente pertinente cuando se trata de personas que pertenecen a culturas importantes. En efecto, si los inmigrantes procedentes del África subsahariana poseen menores referencias culturales, los que vienen del mundo islámico tienen una conciencia muy viva de pertenecer a un “corpus” político determinado, y están profundamente enraizados en sus tradiciones religiosas que, dicho sea de paso, están teniendo en nuestros días un efecto extraordinariamente movilizador en el ámbito de la política. A juicio del autor de este artículo, la República Islámica de Irán o la conmoción antioccidental que ha producido la crisis del Golfo Pérsico son suficientemente expresivas al respecto.

Es prácticamente seguro que estos inmigrantes no van a aceptar las condiciones de “integración” que Occidente les propone: trabajar en número de millones en sus industrias, participar quizás en sus instituciones sociales y políticas, pero con la condición implícita de no intentar cambiar el carácter de la sociedad con sus ideas “inaceptables” sobre el papel de la religión en la política, sobre la posición de la mujer en la vida pública, sobre los conceptos de moralidad y orden público.

Los acontecimientos más recientes permiten prever que los inmigrantes, a los que se supone postulantes de la integración, van a oponer

todo tipo de resistencias —como es además su derecho— a las pretensiones de asimilación. En efecto, una cosa es desear tener un pasaporte español o francés para asegurarse la posibilidad de permanencia en los suburbios de Madrid, Barcelona o París por motivos puramente económicos, y otra asimilarse a una cultura no sólo esencialmente extraña, sino que además ha sido, durante la mayor parte de la Historia, antagonista de la propia. La conquista y pérdida de la Península Ibérica, las Cruzadas, la toma de Constantinopla, Lepanto, la expansión islámica de la mano del Imperio Otomano en Europa Oriental, el Imperio Ruso como protector del Cristianismo eslavo, colonización y descolonización... resulta ocioso extenderse en estas consideraciones.

Desde esta perspectiva histórica, no parece probable que la participación de estos inmigrantes en las sociedades europeas se vaya a plantear como la de individuos que ejercen sus derechos constitucionales, sino mediante la creación de subsistemas políticos, es decir, como comunidades coherentes, que exigen sus



derechos “de nación a nación”.

Así pues, en el mejor de los casos —muy poco probable— estas comunidades participarán como tales y a través de sus propios dirigentes, en la vida política de los países europeos. En el peor, se plantearán una situación de confrontación que, en la estimación de probabilidades, tiene a su favor el haber sido la habitual en el último milenio.

En este contexto, cabe recordar cómo Ortega consideraba el enfrentamiento entre Oriente y Occidente como el fenómeno central de esta era.

La historia de las civilizaciones está llena de ejemplos de confrontación y no parece necesario dedicar mayor atención a la tesis del fin de la Historia.

Se han descartado indebidamente las hipótesis de conflicto

El optimismo, del que han hecho gala las sociedades europeas sobre el fenómeno migratorio se basa no sólo en la creencia subconsciente de la propia superioridad cultural, la capacidad de asimilación a la que ya hemos aludido, sino también en la idea de que “con buena voluntad” será siempre posible garantizar la convivencia en una sociedad multiracial y/o multicultural.

Se trata de esperanzas que la Historia de los

“El optimismo del que han hecho gala las sociedades europeas ante el fenómeno inmigratorio se basa en la creencia subconsciente de la propia superioridad cultural, y en la idea de que siempre será posible garantizar la convivencia en una sociedad multiracial.”

“Las políticas de población de los gobiernos europeos van a configurar una sociedad variopinta, con la cohesión apenas suficiente para mantener el funcionamiento del sistema en tiempos de paz.”



acontecimientos humanos no parece abonar. En realidad, resulta paradójico que los que creen que las diferencias culturales son siempre salvables a través del diálogo, por existir en todos los seres humanos una base común, suponen que ellos mismos son radicalmente diferentes a sus predecesores y anuncian “mundos nuevos”, siempre que se sigan con exactitud sus recetas ideológicas. Así, frente a la experiencia multiseccular del conflicto dentro de las sociedades y entre las sociedades, se está suponiendo que es previsible el mantenimiento de la paz con carácter indefinido.

Un análisis más matizado de la naturaleza del comportamiento humano exige abandonar esta actitud. En *El otro lado del espejo*, **Konrad Lorenz** se refiere a este tema diciendo: *“Cuando encontramos que ciertas conductas y ciertas normas sociales.... pueden demostrarse en todos los hombres de todas las culturas debemos concluir, con un grado de probabilidad que se acerca a la certeza, que éstas se encuentran enraizadas en el programa filogenético y son hereditarias. Es altamente improbable que formas de comportamiento fijadas sólo a través de la tradición hayan permanecido invariables durante tan grandes lapsos temporales.”*

Las investigaciones de otro etólogo, **Eibl-Eibesfeldt**, nos llevan también a negar la posibilidad de modificar radicalmente los comportamientos por medios ideológicos. Parece difícil negar las conclusiones del premio nobel austriaco, que advierten que el conflicto social está enraizado en el etograma humano. En efecto, siempre que se den condiciones, que en

el pasado han llevado a conflictos, estos se producirán. Efectiva y lamentablemente, pocas situaciones pueden darse con mayor carga conflictiva que aquella que se está configurando en el cuerpo social de los países occidentales más importantes.

El cuadro es en casi todas partes similar:

- Unas poblaciones autóctonas con índices demográficos que de darse en especies animales hubieran producido llamadas de atención de grupos ecologistas, y que sin embargo están siendo aceptadas sin más preocupación por las masas anestesiadas por el “pan y circo” de las sociedades industrializadas.

- Una inmigración masiva de hombres jóvenes desarraigados, que entran muchas veces de manera ilegal como turistas o haciendo un uso fraudulento del derecho de asilo, a los que se ofrece sucesivas amnistías y regularizaciones que no hacen sino realimentar el proceso.

- Del otro lado de la frontera, un proletariado externo, en el sentido toynbiano, cuyas “simpatías” por el mundo occidental ya ha demostrado la invasión de Kuwait.

Sorprende que países que mantienen carísimos establecimientos militares no se hayan planteado las repercusiones del fenómeno migratorio y del descenso de las tasas de natalidad, desde un punto de vista estratégico.

En efecto, en el caso de inmigrantes procedentes de países o bloques de cierta significación política, económica y militar, sea esta actual o potencial, el impacto del fenómeno no debe considerarse exclusivamente como una

relación a dos bandas entre autóctonos e inmigrantes, sino como un problema complejo en el que jugarán un papel decisivo las naciones de origen.

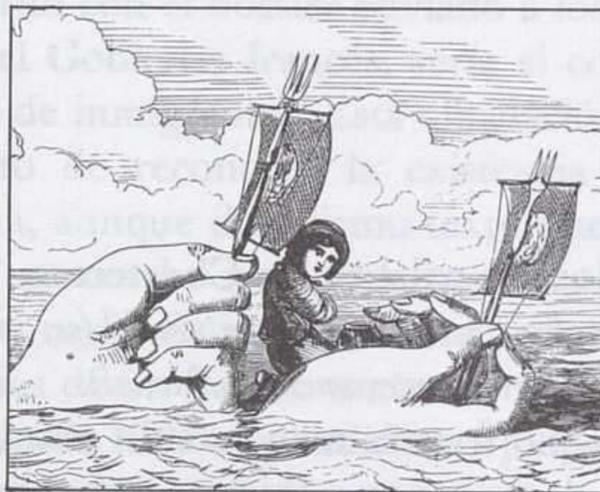
En las condiciones actuales, las palabras de **Sadam Husein** que encabezan este artículo sólo fueron una baladronada del caudillo iraquí. Sin embargo, en pocas décadas más, Occidente puede encontrarse con la “intifada” o con algo más grave en las ciudades europeas.

Uno de los casos más evidentes implica directamente a España, que está recibiendo —con carácter ininterrumpido— contingentes muy numerosos de inmigrantes magrebíes cuando, según las estimaciones más fiables, dos de los países de esa zona tendrán en plazo relativamente corto una población superior a la de España. Efectivamente, el estudio de **Agnes Chevallier** y **Veronique Kessler** en *Información Comercial Española* (julio de 1990) prevé, para el año 2025, 50,6 millones de habitantes en Argelia; 44,4, en Marruecos, y 42,5, en España.

De cualquier manera, debe señalarse que las políticas de población de los gobiernos europeos —se asemejan a políticas de personal de una empresa multinacional—, van a configurar una sociedad variopinta, con la cohesión apenas suficiente para mantener el funcionamiento del sistema en tiempos de paz y prosperidad. Sin embargo, este tipo de decisiones producen efectos durante muchos siglos y no cabe duda que, antes o después, se producirá un auténtico desafío histórico.

Baste, por ejemplo, imaginar lo que hubiera ocurrido en Gran Bretaña si al plantearse la

Batalla de Inglaterra hay varios millones de súbditos que repentinamente exhiben pasaportes de otros países, o el derecho a detentarlos, y exigen la evacuación.



Los efectos de la inmigración en la conciencia política de los españoles

La inmigración masiva de personas pertenecientes a culturas muy alejadas de la propia ha producido en Francia, y otros países europeos, la aparición de tendencias xenófobas cuya reproducción en España nada permite descartar; precisamente cuando las condiciones de un mundo, empequeñecido por las técnicas de transporte y telecomunicación, exigen el mayor grado posible de cooperación internacional.

De las investigaciones de los etólogos austriacos, mencionados anteriormente, se deduce claramente que el mantenimiento de una cierta intimidad étnica es, en la mayoría de los casos, una condición indispensable para el mantenimiento de la amistad y respeto entre



“Los nacionalismos centrífugos en la Unión Soviética han alcanzado su punto de mayor virulencia en las zonas fronterizas entre el Islam y el Cristianismo.”

“La naturalización creciente de personas, sin la menor relación con la cultura y tradiciones españolas, puede desdibujar por completo el contenido concreto y definidor de la nacionalidad, convertida en pabellón de conveniencia.”

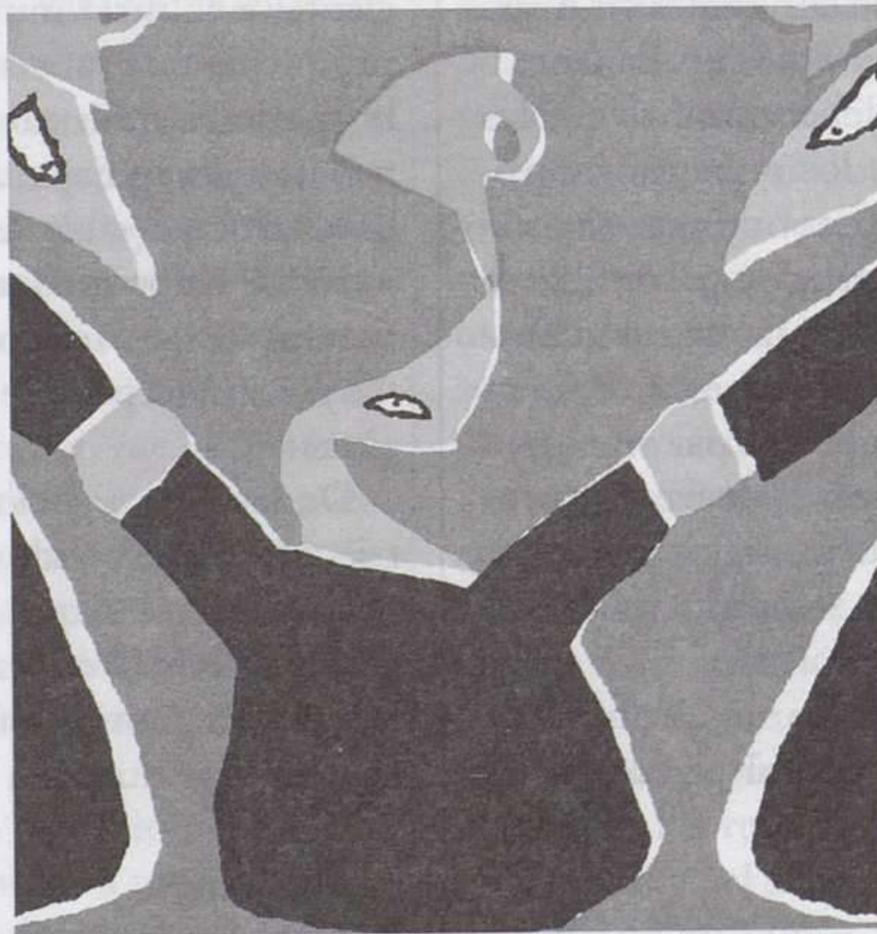


los pueblos. En palabras de **Chesterton** *“To be international, we must be truly national”* (ser internacional, debe sernos enteramente nacional).

Al ejemplo francés mencionado más arriba —se trata de un proceso abierto— cabría añadir la experiencia de lo ocurrido en la ex Unión Soviética donde, a pesar de la propaganda internacionalista y atea del régimen, que desde 1917 no escatimó medios en su empeño de crear un *“homo sovieticus”*, se ha producido, al relajarse los controles policiales, una explosión

de nacionalismos centrífugos que curiosamente han alcanzado su punto de mayor virulencia en las zonas fronterizas entre el Islam y el Cristianismo, haciéndose necesaria la intervención de las tropas de la KGB para evitar una masacre entre armenios y azerbaiyanos.

Por otra parte, en un país con las características del nuestro no cabe descartarse que la naturalización creciente de personas, que no tienen la menor relación con la cultura y tradiciones españolas, desdibuje por completo el conte-



nido concreto y definidor de la nacionalidad, convertida en pabellón de conveniencia.

De este modo, la necesidad del individuo de identificarse con un pueblo —una constante a través de la Historia— podría muy bien buscar un refugio en factores puramente locales, lo que resultaría en excluyentes patriotismos catalán, vasco, gallego, etc. La balcanización es un riesgo que no puede ser descartado y menos en España, país en que los sentimientos telúricos se presentan periódicamente con una gran fuerza movilizadora, como hemos podido comprobar en los últimos años.

En los Estados Unidos no se han producido, ciertamente, tendencias separatistas a pesar de tratarse de un país de inmigración. Sin embargo, no parece que deban deducirse de este ejemplo conclusiones muy tranquilizadoras. En primer lugar, se trata de un país con una densidad de habitantes por kilómetro cuadrado muy pequeña, dotado de muchos recursos naturales, de los que nosotros carecemos, y que goza del privilegio de emitir el medio de pago internacional. El nivel de vida incomparable que permiten estas circunstancias, así como la mentalidad imperial propia de toda gran potencia, no son fácilmente trasladables a países que se encuentran en condiciones muy distintas. Además, la violencia existente actualmente en las ciudades de Estados Unidos no parece presagiar un futuro armonioso.

Parece, pues, que la explosiva situación en Yugoslavia constituye un ejemplo mucho más pertinente para nuestro país, que los acontecimientos en el imperio norteamericano.

El control del flujo de inmigrantes

El segundo elemento de la política, de acuerdo con el dossier enviado a los partidos por el Gobierno francés, sería el control del flujo de inmigrantes. Esta afirmación tiene el mérito de reconocer la existencia del problema, aunque del mismo texto puede deducirse que con las medidas propuestas no se va a lograr nada. Es más, el dossier viene a ser la crónica de un fracaso anunciado, pues afirma que desde 1981 las condiciones para el ingreso de extranjeros extracomunitarios en Francia no han dejado de hacerse más severas, a pesar de lo cual los saldos migratorios son “cada vez crecientes”.

Las razones son comprensibles y muy variadas. Una vez establecida la práctica, se constituyen grupos de presión, autóctonos y extranjeros, que derivan su influencia de la existencia de masas de población inmigrada y que aumentan su significación social y su poder según se complica el problema.

Además, el mercado de trabajo tiende a dividirse; a medida que los extranjeros ocupan ciertos tipos de trabajo, cada vez menos nacionales están dispuestos a hacerlos, reclamando no un puesto de trabajo, sino un “puesto adecuado” ¿para una persona de casta superior? Coexisten así un desempleo importante y una demanda ininterrumpida de trabajadores inmigrados, creándose redes para la introducción legal o clandestina de los mismos. Se trata, pues, de un proceso que lleva incorporado un



“La violencia existente actualmente en las ciudades de EE.UU. no parece presagiar un futuro armonioso.”

“Un dossier del Gobierno francés afirma que desde 1981 las condiciones de ingreso de extranjeros no comunitarios se han hecho más severas y, sin embargo, los saldos migratorios son crecientes.”



mecanismo de realimentación, produciéndose una espiral cuyo final no es por el momento predecible, aunque parece clara su peligrosidad.

En definitiva, debe concluirse que, de mantenerse las actuales circunstancias, estos movimientos de población terminarían sólo cuando—vía presión sobre los recursos no renovables, creación de auténticas megalópolis, conflictos raciales— la propia inmigración degradase de tal modo las condiciones de vida en los países europeos que se llegase a un equilibrio, a la manera de lo que ocurre con los vasos comunicantes, entre el atractivo de la vida en Europa y el existente en los países de emigración.

Por supuesto que se trata de un modelo teórico, pues mucho antes de llegar a ese punto se habría producido una auténtica explosión de xenofobia, que alteraría radicalmente las bases del problema. La cuestión a dilucidar es si puede considerarse racional permitir que la situación se acerque o sobrepase el “umbral de tolerancia” y esperar alegremente acontecimientos. Las pruebas se hacen con gaseosa—decía **D’Ors**— no con el destino de las sociedades.

Parafraseando de manera irreverente a **Kant**, podría decirse que la prueba del nueve de la racionalidad de un comportamiento, en términos políticos, es tratar de dilucidar si las decisiones que se están tomando son susceptibles de convertirse en regla de comportamiento universal; es decir, si no sólo cabe esperar que sean asumidas por todos, sino también

si puede suponerse que tienen un grado aceptable de probabilidad de permanencia en el futuro.

Por lo que hace a la primera cuestión, vemos cómo Japón se está absteniendo prudentemente de participar en este baratillo de pasaportes y visados practicado por los países occidentales, lo que incidentalmente permite negar las afirmaciones que aseguran que la inmigración es inevitable, alegando que en las sociedades avanzadas ciertos trabajos, esenciales pero ingratos, sólo pueden ser llevados a cabo por inmigrantes procedentes de países más atrasados.



En segundo lugar, a no ser que la decadencia profetizada por Spengler para el mundo occidental asuma la forma de un nihilismo suicida, parece evidente que antes o después tendrán que rectificarse las políticas actuales. La única duda que racionalmente puede abrigarse es si cuando se produzca la reacción se estará o no a tiempo de evitar una crisis de carácter catastrófico.

De manera incidental, conviene aquí disipar

un razonamiento que frecuentemente se incluye en este contexto, cuando se señala que una alternativa al control policial del flujo de inmigrantes radica en la política de cooperación internacional y en la ayuda al desarrollo. Se trata de prácticas que deben buscar su justificación en otro tipo de consideraciones, pero sin virtualidad práctica alguna en el tema que nos ocupa. Resulta evidente que no hay política posible de ayuda, al menos ninguna cuyos costes tengan la mínima posibilidad de ser aceptados por el electorado, capaz de equiparar las condiciones de vida, por ejemplo, entre Bangla Desh o Malí y Baviera o Cataluña.

Necesidad de una "perestroika" occidental

Para terminar, parece pertinente citar al que fuera Viceprimer Ministro británico, **Sir Geoffrey Howe** quien, basándose en palabras del escritor **Murray Forsyth**, recordaba que una forma de gobierno plenamente democrática presupone un sentimiento profundo de identidad nacional ("*oneness of nationality*" es la expresión literal); es decir, un sentimiento de confianza profundo que une a gobernantes y gobernados, y a estos entre sí, y que prevalece cualquiera que sea el resultado de las elecciones.

La idea es plenamente válida, con independencia de que el conservador británico sea aparentemente incapaz de incorporarla al resto de sus planteamientos.

A causa de la inmigración y de las naturalizaciones puramente formales, en las últimas décadas, tanto Europa en su conjunto como las naciones que la componen se encuentran en un proceso acelerado de pérdida de identidad, mientras el *Establishment* político se felicita diariamente a sí mismo en los medios de comunicación. Los administradores del sistema norteamericano llegan incluso a subvencionar a escritores que afirman que, habiéndose llegado a tal grado de perfección, "*ha terminado la Historia*".

Parece inevitable establecer un paralelismo con la clase política del decaído bloque comunista. En efecto, los dirigentes soviéticos, satisfechos por su victoria en la II Guerra Mundial —un ejemplo típico de la "*hybris*" toynbiana— se adormecieron durante demasiado tiempo, y cuando se dieron cuenta de la urgente necesidad de una rectificación la situación era catastrófica. Al estallar la crisis, las descripciones dulces de la realidad, "*à la Breznev*", resultaban del todo inútiles para controlar los acontecimientos. La U.R.S.S. pasó así, en un vuelco dramático, de la aparente estabilidad y solidez imperial a la amenaza de caos social e incluso de guerra civil.

El espíritu de comienzo de vacaciones, con que inicialmente se acogieron en Occidente las primeras noticias de crisis en el bloque soviético, demuestra hasta qué punto también, en nuestra sociedad, se han impuesto el cortoplacismo y la ilimitada capacidad para el escapismo.

Es muy de temer que, desprovisto de la esti-



“La hipertrofia del individualismo está en la base de la indiferencia de estas sociedades ante el proceso de desnacionalización que la inmigración masiva lleva aparejado.”

“El entusiasmo por lo británico de los gibraltareños ha sobrevivido en las mismas décadas en las que se ha producido una muy avanzada marroquización demográfica de Ceuta y Melilla.”

mulante amenaza soviética, el bloque occidental tenga aún menos decisión para resolver sus problemas internos, entre los que se encuentra la hipertrofia del individualismo, que está en la base de la indiferencia de estas sociedades ante el proceso de desnacionalización que la inmigración masiva lleva aparejado.

Un ejemplo de esta actitud nos lo ofrecen las *“líneas básicas para una política española de extranjería”*, elaboradas recientemente por el Ministerio del Interior español y que se inspiran fielmente en el inoperante modelo francés.

De mantenerse esta política, nuestro país se verá lamentablemente confrontado con los mismos graves problemas que hoy en día tiene Francia, pero con una capacidad muy inferior

para hacerles frente, en términos de cohesión nacional y capacidad financiera.

El entusiasmo por lo británico de los gibraltareños ha sobrevivido en las mismas décadas en las que se ha producido una muy avanzada marroquización demográfica de Ceuta y Melilla, fruto de nuestra dejadez y de la aparente incapacidad para decidir si estos territorios españoles se han de defender o de abandonar.

Este ejemplo debería hacernos comprender que la capacidad de acción de nuestro país es muy inferior a la de países que han sido hasta hace poco grandes potencias, y que, por lo tanto, ni siquiera el precario equilibrio que se va a establecer en Francia con la minoría musulmana, podemos darlo aquí por sentado si incurrimos en la misma imprudencia.

BELISARIO

AMERICA O EL TERCER HOMBRE*

Pablo Antonio CUADRA

Un exceso de pudor histórico —un extremismo en nuestro juicio del pasado, que, como todo extremismo, nos oculta la realidad— ha querido poner fuera de circulación la palabra “descubrimiento” al designar el acontecimiento del 12 de octubre de 1492.

Pero la hazaña de **Colón** no solamente inició una serie de descubrimientos paralelos: el descubrimiento de América por España y Europa; el descubrimiento de Europa por América; el descubrimiento de América por América... —Como dice **David Vela**, escritor guatemalteco: “*el descubrimiento de América dio al hombre una conciencia planetaria*”—, sino que, además, con el descubrimiento de América comienza el desarrollo de las ciencias humanas: etnografía, antropología, arqueología, etcétera, y así la identidad del hombre americano —en la medida en que integraba razas y culturas— se iba formando y perfilando teniendo como dinámica interior el descubrir constante de sus raíces y de su pasado. *¡Para América su historia es descubrirse!*

Ya desde el comienzo los Mayas nos sorprenden, cuando sus sabios aprenden y escriben en el alfabeto español su *Popol-Vuh* y sus *Chilanes Balañes*, con la genial recreación que hacen de sus tradiciones y de sus formas literarias al descubrir la *Biblia* y la cultura occidental. Es un caso inaudito; reinventar la memoria, promover como defensa un mestizaje contra el mestizaje. ¡Esto poco se ha profundizado!, pero es el dinamismo del descubrir, sustancial a América, que siglos después expresó **Darío** en su salutación *Al Rey Oscar*... “*Mientras haya... una imposible hazaña / una América oculta que hallar, vivirá España*”, verso que lleva oculta su contraparte, pues también, mientras haya una España y un Occidente que descubrir, ¡vivirá América!

Sólo contando con la dinámica de ambos descubrimientos se com-



América (Theor de Bry)

* Conferencia leída por el autor en “Georgetown University”, en el marco de la celebración del V Centenario.

“Nunca se hubiera llegado a la cosmovisión y al singular humanismo hispanoamericano sin el descubrimiento de Cristo por el indio de América.”

prenden movimientos tan profundamente americanos como el levantamiento en cadena de los Municipios para la Independencia, o el Barroco, o el Modernismo o las Vanguardias.

Descubrir: verbo americano

Descubrir a Occidente y asimilarlo, descubrirse a sí misma e ir cobrando conciencia lentamente de la propia identidad mestiza —suma de culturas—, ha sido, en esencia, nuestra empresa histórica, pero nunca se hubiera llegado a la cosmovisión y al singular humanismo hispanoamericanos, si a los dos descubrimientos citados no se agrega el más importante que fue y es el descubrimiento de Cristo por el indio de América.

Mostrando una gran superficialidad o un cegador prejuicio, la mayoría de los historiadores no cristianos pasan sobre brasas o no le conceden importancia al extraordinario fenómeno de la conversión de todo un continente. *“Por la forma en que se llevó a cabo y la amplitud de sus resultados —dice el historiador chileno **Bravo Lira**— esta evangelización en América, que se completa en los siglos siguientes, no tiene paralelo. Es hasta ahora el más vasto y fructuoso esfuerzo misional en la historia de la Iglesia”.* Posiblemente quienes guardan silencio ante este hecho sin paralelo no han conversado en confianza con un indio boliviano, o con un ecuatoriano o un indio natural mexicano. Su profundidad religiosa —que ha maravillado a poetas como **Thomas Merton**— me hizo pensar una vez que el indio es naturalmente santo y cuando se lo dije al gran poeta senegalés **Sedar Senghor**, me contestó: *“Es la capacidad que también tiene el africano de descubrir lo sobrenatural en lo natural. ¿Han visto ustedes las multitudes que se reúnen alrededor de Juan Pablo II en sus visitas a América? No es el número lo que conmueve —aunque el número es también una señal—, sino esa cercanía de sus ojos con el misterio. Parece que nos llevan siglos adelante en el acercamiento a lo inefable”.*

La conversión es historia

La mayoría de los historiadores eluden presentar la función protagónica de la religión en la formación de América. Olvidan que los dos grandes momentos expansivos de la civilización europea —las Cruzadas y la Conquista de América— fueron de motivación religiosa y que, al encender esta fuerza motora, produce transformaciones medulares en los pueblos. Podemos dividir en tres grandes etapas la historia religiosa de América.

Las tres grandes revoluciones

1. La primera etapa corresponde al período más antiguo de la prehistoria indígena, llamado “período arcaico”, que cubre desde el comienzo de las poblaciones primitivas hasta el nacimiento de las altas culturas. La religión de este período la simboliza el *jaguar*, que es el culto a las fuerzas de la naturaleza.

2. El siguiente es el período de las grandes culturas clásicas: Olmecas, Mayas, Toltecas, etcétera, que puede ser simbolizado por la *serpiente*, el culto a los astros, sus leyes e influencias, a través del calendario; y la terrible teología de que el hombre debe alimentar y mantener a los dioses con su sangre.

3. La siguiente etapa es la decadencia o desaparición de esas culturas clásicas, el desarrollo de imperios elementales y militaristas y, de pronto, la tercera gran revolución religiosa, la del *pez*, que significa la llegada del Cristianismo y la victoria de **Cristo** sobre las fuerzas de la naturaleza, sobre los secretos siderales e incluso sobre la concepción de la muerte. La teología del Amor muestra un Dios-Hombre que no pide sangre, sino que la da por la redención humana.

El *jaguar* nos acerca a los egipcios, la *serpiente* a los caldeos; el tercer paso nos incorpora a la *Biblia*, es decir, al libro del destino universal. América se abre geográficamente, racialmente, políticamente, teológicamente.

La religión inmóvil

En este punto el espectro de América nos ofrece innumerables sugerencias para la reflexión. Por ejemplo, que las culturas indias de meso y sur América tienen en su arte algo en común: “una acusada voluntad de perseverancia”. Para esas culturas “Dios no es nuevo, la novedad no es interesante. Dios es Viejo y Eterno; plasmar esta representación vieja, tradicional y sacra de lo divino es la misión del arte para el indio—nos dice **Paul Westheim**—. La misión del hombre precolombino no es cambiar al mundo, ni crear un nuevo orden del mundo, sino conservar rigurosamente el orden viejo y eterno.”

Estas civilizaciones de profundas raíces conservadoras se ven de pronto y generalmente en forma violenta, mezcladas, fusionadas con una civilización de signo contrario en sus raíces. Con una religión de la Buena Nueva. Como dice el filósofo polaco **Kolakowski**: “la civilización de la conjunción de raíces griegas, latinas, judaicas y cristianas ha sido una civilización que se ha mostrado capaz de promover cambios rápidos y tumultuosos en la ciencia, la tecnología, el arte y el orden social” (acabamos de ver esa capacidad de cambio en la Europa del Este). América fue, pues, el choque de una herencia inmovi-

“La misión del hombre precolombino no es cambiar al mundo, ni crear un nuevo orden del mundo, sino conservar rigurosamente el orden viejo y eterno.”

“La mayoría de los historiadores olvidan que los dos grandes momentos expansivos de la civilización europea —las Cruzadas y la Conquista de América— fueron de motivación religiosa.”

"Nunca se hubiera llegado a la colonización y al singular humanismo hispanoamericano sin el descubrimiento de Cristo por el indio de América."

"El 'jaguar' nos acerca a los egipcios, la 'serpiente' a los caldeos; el tercer paso —el 'pez'— nos incorpora a la Biblia."

lista con la contraria. Para conocer más a fondo el peso de esa inmovilidad, tomemos en cuenta este dato: la falta de animales de tiro como el caballo y el buey, que le daban función civilizadora a la rueda, fue decisiva para la formación de Hispanoamérica. Esa falta de rueda fue la presión mayor para que se produjera el mestizaje, porque las culturas indias —que conocieron la rueda, pero no pudieron nunca utilizarla— estaban impedidas en su desarrollo y les era imposible (a pesar de sus extraordinarias capacidades de inventiva y creación) saltar de la Edad de Piedra —con algunos pocos recursos de la Edad de los Metales— a la siguiente etapa. Estaban impedidas de romper el círculo de una repetición sin futuro. Cualquier mayor avance exigía esclavitud, una dosis de esclavitud cada vez mayor cuanto mayor fuera su progreso, o sea, una esclavitud tal que los devolvería al punto de partida. Ya no podían por sí solas (y no por su culpa) emparejarse con el proceso evolutivo del hombre histórico universal. La llegada de Europa, aunque produjo con frecuencia choques brutales —más brutales cuanto mayor era la disparidad de técnicas y culturas— llenó ese vacío con una dinámica nueva y transformadora. Pero lo que se produjo no podía menos que producirse y yo creo que ese hecho —esa fusión postergada de un pedazo de humanidad retrasada en su proceso con el dinamismo occidental— estaba y está cargada de futuro. No hemos sabido todavía —a través de una educación espiritual y científica— desarrollar todas sus posibilidades. Todavía llevamos dentro esta mezcla de opuestos, esta dualidad contradictoria: ¿cuál será su síntesis? ¿Cuál será el resultado final al fusionarse los dos ritmos y sus dos valoraciones del tiempo y la eternidad, de la actividad como medio y como fin, del ocio y del negocio?

El mito de Quetzalcóatl

Hay otro punto que merece también nuestra reflexión. En Mesoamérica, Cristo tuvo una especie de profecía profana —como lo fue para la Europa naciente la *Egloga IV* de Virgilio— y esa profecía es el mito de Quetzalcóatl —el mito de mayor contenido humanista de la América prehispánica—, tanto así que algunos misioneros creyeron que Quetzalcóatl no era otro que el apóstol Santo Tomás.

Quetzalcóatl fue un héroe cultural, creador y fundador de cultura. Su doctrina religiosa estructura un humanismo trascendente que aspira a que el hombre sea el soberano de sus propias decisiones, y los medios que propone para alcanzar este humanismo son el ascetismo y la sabiduría de la contemplación. Su nombre, Quetzalcóatl, pájaro-serpiente —o serpiente emplumada—, simboliza el equilibrio entre materia y espíritu, entre fuerza

y razón. Y entre sus mandatos morales destaca su no rotundo a los sacrificios humanos y su antimilitarismo. Mientras predominó su doctrina la arqueología comprueba, como dice **Covarrubias**, la ausencia de vestigios de guerra y de sistemas defensivos.

Estas ideas no podían satisfacer a los nacientes impulsores de un primario imperialismo militarista. El mito nos narra la forma en que **Tezcatlipoca** engaña y traiciona a **Quetzalcóatl**.

—*Lo emborracha con pulque y lo hace caer en pecado*—; entonces, avergonzado, se exilia voluntariamente y promete volver. Parte al exilio por el mar en una balsa de serpientes. La imagen es de impresionante belleza. Pero, para mí, lo más importante de este mito es que, a pesar de la derrota y fracaso de **Quetzalcóatl**, el militarismo vencedor, que impone los sacrificios humanos y la guerra, se ve obligado a incorporar su memoria y sus principios morales a la nueva religión y a la nueva cultura militarista. La memoria del pueblo es fiel a sus ideales. Pero entonces, el militarismo, así como lo incorpora, a la vez lo traiciona. Y esta contradicción farisea hace que **Quetzalcóatl** se convierta en el remordimiento de nuestra historia indígena. **Quetzalcóatl** es un mea-culpa cultural, tan profundo y mordiente que ya todos sabemos lo que significó **Quetzalcóatl** y lo que ayudó el mito de su regreso a la victoria de **Hernán Cortés** sobre el militarismo azteca y su emperador **Moctezuma**.

El otro remordimiento

Pues bien, esta original característica de la historia del indio mesoamericano —de llevar dentro de sí una figura dinámica y subversiva que hace veces de conciencia crítica y de remordimiento humanista contra los opresivos— vuelve a repetirse en la historia de la conquista y colonización, cuando España impone a veces con la espada la religión cristiana, pero suscita con ella, desde los primeros misioneros y desde la conciencia de sus reyes y de muchos de sus hombres de espada, una autocrítica interna y permanente a la conquista, al dominio y a la explotación.

Lo que se ha llamado la Leyenda Negra nace de esa autocrítica que produce el cristianismo —en forma parecida a lo que sucedió con **Quetzalcóatl**— al contrastar la doctrina y la práctica. Las denuncias del **Padre Las Casas**, de los frailes, de los teólogos, se convierten en tabla de valores morales, y de este modo, la Leyenda Negra, acumulándose en el subsuelo de nuestra historia, se convierte en remordimiento. ¡Es el remordimiento de nuestra historia contra nuestra historia!, remordimiento de esos valores espirituales y morales exigentes y perfeccionistas que cuestionaron a nuestra política ayer y la siguen cuestionando hoy. Salvo el pueblo israe-

“La misión del hombre precolumbino no es cambiar al mundo, ni crear un nuevo orden del mundo, sino conservar rigurosamente el orden viejo y eterno.”

lita, inuestra América es la única cultura que posee el remordimiento como elemento dinámico de su identidad!

Sin embargo, el remordimiento —ese elemento bíblico inserto en nuestra historia, funciona porque somos un pueblo mestizo, es decir, el producto —a veces violento— de la dialéctica del amor. Hispanoamérica no es la civilización de trasplante de Estados Unidos —que se desarrolla con éxito, según sus propias leyes, en tierra nueva—, sino la creación de un *Mundo Nuevo* por una serie de descubrimientos, encuentros, choques y fusiones. El resultado, todavía en proceso, lo definió lapidariamente **Bolívar**: “*No somos españoles, no somos indios; somos otra cosa*”.

El tercer hombre

Hispanoamérica es el lecho erótico de un tercer hombre. Y ese tercer hombre es, fundamentalmente, la fusión de lo indio y lo hispano (o más ampliamente de lo americano y lo europeo), con un aporte poderoso de lo africano. En América se vuelve a comprobar la virtud creadora de ese aporte negro que contribuyó a forjar el Mediterráneo. El mestizaje fue así un proceso de integración, y el tipo nuevo que produjo es la consecuencia del ideal de misión y del concepto del hombre del catolicismo español, pero no sin pasar por la prueba y la contradicción con las ideas guerreras y del trato al vencido que prevalecían entonces, no sólo entre europeos, sino entre los mismos indios.

Pasatismo “versus” futurismo

En la dramática formación de nuestra América mestiza hay un movimiento doble y contradictorio en su dirección: fuerzas que tienden a mantener la mentalidad medieval y fuerzas que quieren crear una historia nueva. Un pasatismo en lucha con un futurismo.

Por ejemplo, cuando **Colón** descubre América, dentro de su mentalidad visionaria, prevalecen algunas creencias y algunas imágenes del mundo medieval; está descubriendo lo *nuevo* pero se le interponen las teorías y fabulaciones antiguas, cree que América es Cipango o que somos la India y por esa medievalidad todavía se llaman indios nuestros indios. Pero contra esa resistencia del pasado, la corona, los reyes y sus navegantes imponen el verdadero rostro de la realidad: somos un *Nuevo Mundo*, y ese *nuevo* funda no sólo una nueva geografía universal, sino una nueva edad.

Luego, cuando los descubrimientos dan paso fatalmente a las conquistas, la tradición medieval, todavía viva, vuelve a imponerse en la empresa

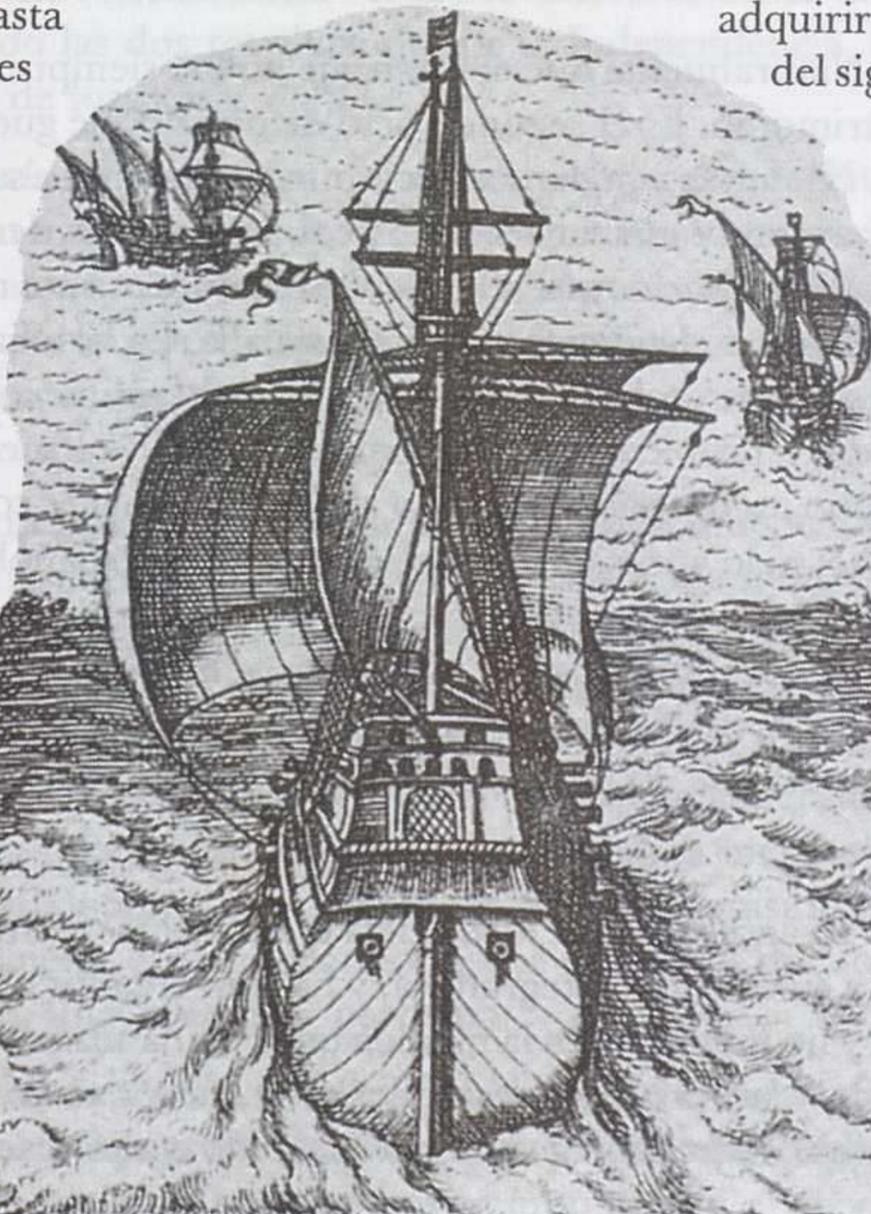
“La falta de animales de tiro como el caballo y el buey, que le daban función civilizadora a la rueda, fue decisiva para la formación de Hispanoamérica.”

española y lusitana, y se establece la esclavitud o el servicio forzado o la “encomienda” sobre el vencido. Y otra vez la fuerza nueva, motivada por el cristianismo y sostenida y alentada por la Iglesia misionera y por los reyes, se enfrenta con esa medievalidad exigiendo otro trato para el indio, decretando las *leyes nuevas* y empeñándose en una larga lucha por lo que hoy llamaríamos *justicia social* con el vencido, actitud que nos revela la fuerza dinámica de la fe y los principios cristianos —que los historiadores no suelen tomar en cuenta— principios capaces, en este caso, de crear una situación completamente nueva, una ética nueva que establecía una ruptura con todo el pasado de la historia humana, ya que el sistema de esclavitud y de trabajo forzado del vencido no sólo era uso y costumbre de Occidente y Oriente, sino también —como acabo de decirlo— de los mismos indios en todas sus culturas. Así, pues, el “remordimiento” funciona, pero también algo más positivo engendrado por la dialéctica del amor del mestizaje. **David Brading**, en su libro *The First America*, señala con agudeza la originalidad con que el franciscano **Juan de Torquemada** y el inca **Garcilaso de la Vega** desarrollan sus interpretaciones del pasado indígena de México y de Perú, sembrando la semilla de la primera forma de patriotismo criollo que se desarrollaría en los siglos siguientes —encendiéndose en el culto mexicano a la Virgen de Guadalupe y en el culto peruano a Santa Rosa de Lima— hasta adquirir su mayor esplendor a finales del siglo

XVIII; patriotismo que quiere realizar ya en el siglo XIX la singular fusión de un republicanism católico con un nacionalismo insurgente, aunque —como veremos adelante— algo detiene entonces la dinámica creadora del mestizaje y comenzamos a perder identidad imitando los esquemas y fórmulas ajenas.

“La llegada de Europa, aunque produjo con frecuencia choques brutales, llenó ese vacío técnico con una dinámica nueva y transformadora.”

“Algunos misioneros creyeron que Qyetzalcóatl no era otro que el apóstol Santo Tomás.”



“*Quetzalcóatl, pájaro-serpiente —o serpiente emplumada—, simboliza el equilibrio entre materia y espíritu, entre fuerza y razón.*”

Vigencia del prójimo

Pero, volvamos atrás: paralelamente al mestizaje en América y al pensamiento misionero de teólogos y misioneros —de un **Bartolomé de las Casas**, de un **Motolinía**, de un **Tata Vasco**, en España se produce el desarrollo de un pensamiento nuevo sobre la relación entre naciones. Surge el pensamiento de **Suárez** y de **Vitoria** (Suárez influyó en la mayoría de los filósofos que crearon el pensamiento moderno como **Descartes**, **Espinoza**, **Leibniz**, etc.) y Vitoria es el padre del Derecho Internacional o Derecho de Gentes moderno, uno de los ingredientes de la Edad Moderna y de su estructura pluralista.

Es decir, fue el descubrimiento doctrinario y práctico de la *otredad*. El concepto cristiano de prójimo se hace sustancia social de América. En Estados Unidos al indio se le extermina o se le reduce a *reservas*, excluido del mundo nuevo que quería crear el blanco anglosajón. En Hispanoamérica el indio con frecuencia fue obligado a servidumbre y explotado, pero no excluido del mundo nuevo y, al final de esa no-exclusión y gracias al cruce a que dio lugar entre dominadores y dominados, surgió el nuevo hombre americano.

Naturalmente que el mestizaje no fue siempre un idilio o un beatífico matrimonio. Es el segundo acto de un choque guerrero de culturas y razas. Ni siquiera podemos decir que al principio —salvo excepciones— funcionara muy cristianamente, pero sí podemos decir que obedecía a una falta de prejuicios que se derivaba del humanismo católico. Comenzó produciendo no legitimidad, sino bastardía. La familia que lamentablemente se estableció sobre el mestizaje fue una familia con frecuencia desequilibrada y problemática. El tercer hombre —el mestizo— fue por mucho tiempo un desclasificado. No se sabía qué hacer con él: nacía en tierra de nadie; ni lo apreciaba la raza dominadora española, ni la dominada indígena. Pero, poco a poco, ese Tercer Hombre fue el hombre paradigmático de América: sumaba dos culturas y, sobre todo, resolvía el conflicto de razas por la dialéctica del amor. Llevaba en sí mismo la tarjeta genética del *Nuevo Mundo*. El despreciado fue la piedra angular. El mestizo fue América.

Yo agregaría que lo fue en la medida que nuestro *Tercer Hombre* ha sido fiel a su empresa integradora, y ha sido creador de sus soluciones históricas y no imitador; en la medida que el dinamismo de su historia ha sido el amor y no el odio o la indiferencia, América ha construido futuro. En cambio, la traición a ese signo ha dado como resultado inmediato la cultura de la muerte y el terror, guerras civiles y dictaduras.

Los tres tipos que hicieron América

Pero todavía cabe otro enfoque sobre nuestro *tercer hombre*: si estudiamos sus realizaciones históricas vemos que el mestizo es heredero de los tres factores humanos que hicieron América: el hombre de espada, el hombre de la cruz y el hombre de toga. Cada hombre de éstos forma su réplica en el indio y de esas tres tesis y antítesis se ha ido formando la síntesis americana todavía en proceso. Sin embargo, de esos tres factores hay uno que ha ido perdiendo (y que debe seguir perdiendo) su primogenitura hasta ser absorbido por la civilidad: es el hombre de espada. La civilización de América avanza a la eliminación del hombre de espada y a darle una significación civilizadora cada vez mayor al hombre religioso y al hombre jurídico. No es que vayamos a sacar del museo, con ímpetus fundamentalistas, una teocracia, pero sí una revalorización, una puesta en su lugar real del valor trascendente del hombre. Para América —si sigue el camino emprendido de fidelidad a sí misma— tiene un valor decisivo y fundamental lo sagrado.

Pero, estudiemos no sólo nuestra tradición, sino también nuestra traición. En una conferencia reciente hacía ver la desviación histórica de Iberoamérica comparando las dos revoluciones de la Independencia, la de Estados Unidos y la de los países del Sur.

Norteamérica, decía, al realizar su revolución rompió con Inglaterra, pero no con el espíritu ni con el impulso histórico que llevó a su pueblo a la tierra americana; tampoco renuncia a la teología protestante, ni cuestiona su moral, sino que la revolución estadounidense es un despliegue, hasta hoy, de las fuerzas impulsoras, de aquella primera semilla cuyo brote en 1730 fue llamado “El gran despertar”.

En cambio, nuestra revolución iberoamericana de la Independencia lo que primero hizo, después de exiliar o maltratar a sus libertadores, fue un corte radical antihistórico en el conducto mismo de su ética social. La revolución perdió así los valores éticos para legitimar su autoridad, perdiendo su fluidez en una sangrienta intermitencia de guerras y dictaduras, en las que se sucedían en relevo ideas importadas y utopías, generalmente deletéreas, mientras la Iglesia Católica, forjadora del alma mestiza y último eslabón de unidad popular, se insertaba en esos antagonismos o era perseguida por los gobiernos, no quedando, de los elementos que formaron América, más que una contienda perpetua.

De esta manera, nuestra alma colectiva, nuestra identidad, sufrió la distorsión de una nefasta hipocresía: la de creer en privado una cosa y renegar de ella —o bien ocultarla como delito— en público.

“Poco a poco, se ‘tercer hombre’ fue el hombre paradigmático de América: sumaba dos culturas y, sobre todo, resolvía el conflicto de rasas por la dialéctica del amor.”

“El tercer hombre —el mestizo— fue mucho tiempo un desclasificado. No se sabía qué era.”

“Algunos misioneros creyeron que Quetzalcóatl no era otro que el apóstol Santo Tomás.”

Faltó imaginación y buena fe

Nuestros ideólogos democráticos, del tiempo de la Independencia —según observa, **Octavio Paz**— no tuvieron la imaginación ni el realismo de los misioneros del siglo XVI, cuando mestizaron el cristianismo con las costumbres y mitologías precolombinas. No supieron salvar la ruptura de la Independencia continuando el proceso integrador mestizante (No hubo, por ejemplo, un **Jacques Maritain** que rejuveneciera el tomismo en que había sido formada Hispanoamérica). Al contrario, cortaron la comunicación entre Tradición y Modernidad y nos dejaron de herencia esa “deslealtad” que nos ha costado tantas incertidumbres, ese “doble juego” —de que habla **Romano Guardini**— que, por un lado, rechaza la doctrina y el ordenamiento cristiano de la vida, y, por otro, reivindica para sí las consecuencias humanas de esa misma doctrina. ¡Hemos abundado, para desgracia nuestra, en machetones y bárbaros tiranos “defensores de la civilización cristiana!”.

Sin embargo, el siglo XX —siglo sangriento de revoluciones— ya en su crepúsculo, alumbró de pronto la más profunda e inesperada revolución: la del desengaño. Se le había dicho al hombre que podía recuperar el Paraíso en la tierra. Pero el Paraíso debía ser custodiado por los más feroces policías y estar rodeado por una cortina de hierro. Y el hombre experimentó las leyes terribles de la nueva felicidad. Y comprendió, como dice el poema, que “*el infierno es un paraíso amurallado*”. ¡Por eso el símbolo del desengaño es la caída de un muro!

Pero el hombre se dio cuenta también, tal vez un poco tarde, que la utopía del Paraíso no sólo era un engaño, sino un peligroso virus paralizante que entumecía los principales estímulos e impulsos que mantienen activo el desarrollo, sobre todo el económico, de una civilización. La idea de Paraíso se alimenta de la idea en reposo de que ya se llegó a la meta. Y esa pretenciosa idea redujo la producción y la creación; entumió la iniciativa y el progreso, matando el sueño del hombre. Económicamente, la abundancia se quitó su gran túnica de propaganda y vimos la flaqueza de su miseria.

Esta es la nueva hora de la Buena Nueva

¡Este es el momento en que cobra toda su fuerza retenida el sustancial aporte del Cristianismo al desarrollo de Iberoamérica!

La ley dinámica del Cristianismo nunca fue construir paraísos en la tierra (para el cristiano no hay utopía, sino resurrección). Pero hay un mandato: “*sed perfectos como mi padre celestial es perfecto*”. ¡Tremendo man-

“El tercer hombre —el mestizo— fue mucho tiempo un desclasificado. No se sabía qué hacer con él: ni lo apreciaba la raza dominadora española, ni la dominada indígena.”

dato! que sirve para que nuestra aspiración a mejorar —en nuestro desarrollo personal lo mismo que en el político y social— nunca pueda detenerse (¡Cristo no deja al hombre estancarse en ningún logro!). El “remordimiento” y el espíritu crítico han sido inoculados por el cristianismo en nuestra historia para perfeccionamiento de esa misma historia. El cristianismo participa y hace suya la lucha por la justicia, por el bienestar y por la liberación de los pueblos, pero no puede sustituir con ella la superior y trascendente empresa de la Redención. El reino de Cristo impregna y atraviesa las liberaciones humanas, manifestándose en ellas, pero sin identificarse con ellas. Por eso, el mandato de perfección también significa, para beneficio del hombre, que nunca debe confundirse política y religión, economía y religión, sociología y religión: *¡Al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios!*

Ahora, en el ocaso de las ideologías, después de un largo siglo de desengaños, el *Tercer Hombre* americano se da cuenta —al repasar sus cinco siglos de historia— que la única fuerza moral que le ha permitido mantener la dignidad humana contra la prepotencia de las más humillantes dictaduras; que la única llama humanista que ha mantenido encendida la idea de derecho y de justicia en nuestros pueblos y les ha dado resistencia contra el poder para no bajar en el corazón la bandera de la libertad, que la única llama que ha mantenido encendido el sentido crítico, inclusive en el orden estético, para que el escritor enfrente y lance sus anatemas y sátiras contra los vicios sociales y políticos, es la fuerza y la llama interior que contenía la semilla cristiana, sembrada en la evangelización de América. ¡Gran poder remordiente el de esa semilla!

Del terror al amor

Hemos tenido en América la experiencia terrible de ver germinar en el vacío del amor —en el vacío de la negación del amor— la mística del terror, y, sin embargo, al mismo tiempo y al borde de tanto campesino sacrificado por sus liberadores, América es el único continente que ha debatido —como primer mandamiento de su destino histórico— la preocupación y, más aún, la opción por el pobre. ¡Lástima que una teología tan profundamente vinculada con las raíces americanas —con la obra de sus misioneros y con los ideales jurídicos iniciales— haya sido desviada sin originalidad y empobrecida por teólogos mediocres, que no pasaron de ser sociólogos utópicos, que rindieron tributo al marxismo y a la violencia!..., ¡la violencia, que no es otra cosa que la falta de fe en el amor!

A los quinientos años el *Tercer Hombre* hace el descubrimiento de la dirección de su historia.

“Poco a poco, ese ‘tercer hombre’ fue el hombre paradigmático de América: sumaba dos culturas y, sobre todo, resolvía el conflicto de razas por la dialéctica del amor.”

Es de suma importancia conocer y respetar esa dirección, es decir, el sentido en que se mueve una historia impulsada por la masa dinámica de su pasado, y esa dirección no es otra que la que nos ha llevado y nos sigue impulsando —no a la cerrazón y al rechazo nacionalista, ni al odio racial, regional o de clase—, sino al *encuentro*, a la fusión de los tres mundos que componen la historia universal, que son el mundo *oriental* del indio, el *occidental* del español y el aporte *africano*. Encuentro vivo y activo que nos indica que América es la convergencia de las civilizaciones. (**Vasconcelos** vio en ese “encuentro” la formación de “una raza cósmica”). América y su *Tercer Hombre* —que **Rubén Darío** caracteriza como “*sentimental, sensible, sensitivo*”— quiere superar (y está superando) en su literatura, en su pensamiento más entrañable y en su cultura, la tiranía del *logos* heredada de Occidente (no hablo del Logos del *Evangelio de San Juan*, sino del racionalismo cerrado, de esa razón pretenciosa cuyos sueños son monstruos, según **Goya**) y para superarlo quiere aportar la otra gran potencialidad, el Amor (nuestro *Eros* mestizo) “*sobre cuya realización y florecimiento —dice el escritor venezolano Guillermo Yepes Boscán— es posible pensar la cristalización de la idea de Agape como comunidad no sólo biológica, sino fundamentalmente espiritual*”.

La dirección de la historia de América es el “*otro*”, es el prójimo —la superación del egoísmo— ¡sigue, pues, Quetzalcóatl prohibiéndonos los sacrificios humanos; sigue Fray Bartolomé de las Casas recordándonos —frente al renacimiento del capitalismo— que no ha perdido sus peligros la riqueza, ni se pueden olvidar los derechos de la pobreza!

La tercera salida del Quijote

Señoras y señores:

Considerando cuánto ha tenido de sueño y de realidad —de utopía y de historia— nuestra historia, una vez afirmé en un poema que América era “*la tercera salida del Quijote*”. Larga salida, difícil aventura de cinco siglos que ha ido formando ese tercer personaje que se desprende de la obra cervantina —ese *Tercer Hombre*—: el **Quijote-Sancho**; el caballero-escudero; el capital-trabajo; el poesía-prosa; el realismo mágico; el quetzal-cóatl o pájaro serpiente de los presagios indios, es decir, el mestizaje radical —como cantaba **Joaquín Pasos**— de “*Un español todo indio, y de un indio todo español*”; la difícil fusión del pájaro (como metáfora de espíritu) y la serpiente (como símbolo de la materia).

Lo que ha estado formando nuestra historia en quinientos años de fusiones y confusiones, de experiencias fallidas, de imitaciones costosas y de

“El sistema de esclavitud y de trabajo forzado del vencido no sólo era uso y costumbre de Occidente y Oriente, sino también de los mismos indios en todas sus culturas.”

creaciones vitales; en quinientos años de caer y levantarnos, lo que se ha formado es ese tercer hombre: el cristianismo-americano.

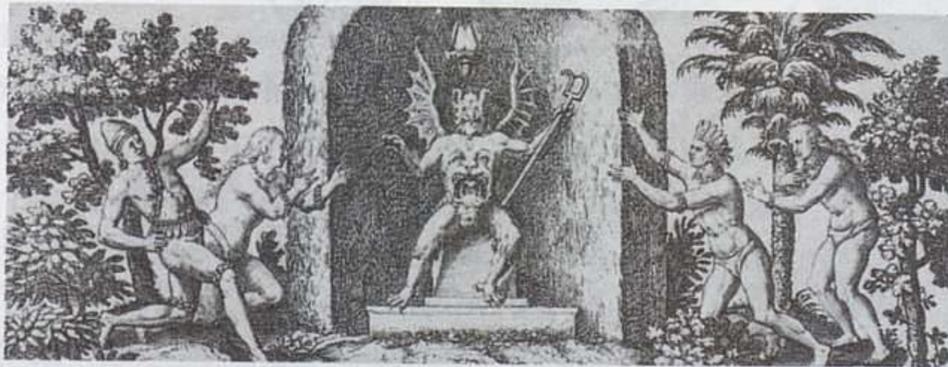
En su humanismo integral, en su equilibrio del *Logos* y del *Eros*, en su valoración de la Democracia después de tantas frustraciones, en sus exigencias de Justicia después de tanta pobreza, hay una inmensa reserva de porvenir. Yo creo, con Rubén Darío, que la Civilización del tercer milenio será su obra. Y repito su verso:

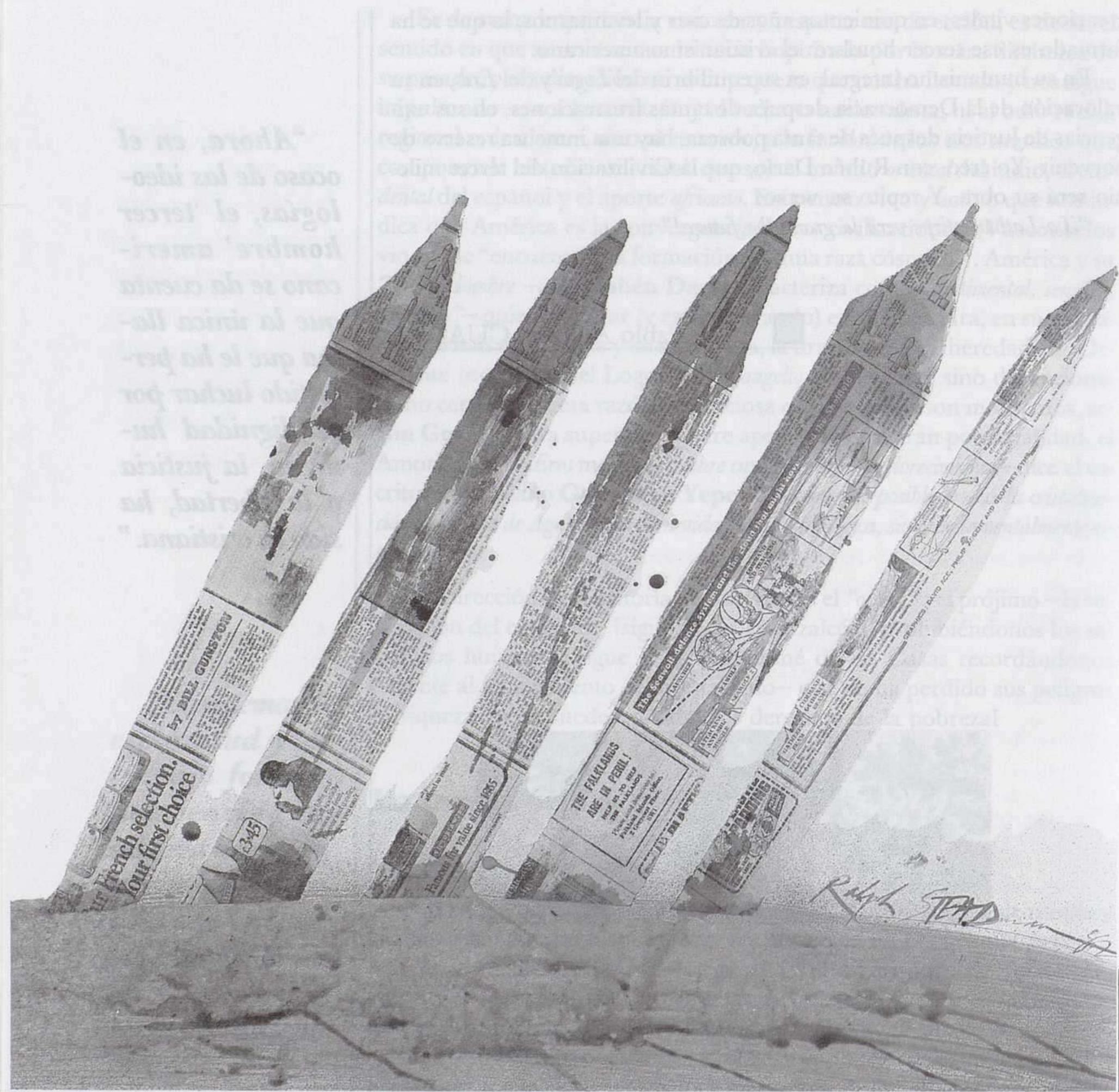
"¡La Latina stirpe verá la gran alba futura!"



Pablo Antonio CUADRA

"Ahora, en el ocaso de las ideologías, el 'tercer hombre' americano se da cuenta que la única llama que le ha permitido luchar por la dignidad humana, la justicia o la libertad, ha sido la cristiana."





¿CULTURA SE ESCRIBE CON "K"?

Pedro FERNANDEZ BARBADILLO

*Derribado el comunismo, en Occidente ya se puede levantar la voz contra las "mafias" intelectuales progresistas que lo respaldaban y que ahora buscan nuevas causas. En Francia, por ejemplo, se critica la manipulación de la cultura realizada por el poder; este método también es practicado en España no sólo por el PSOE, sino por otros partidos, como los del nacionalismo vasco, que ejercen su sectarismo con total impunidad. La vuelta del **Carl Schmitt**, el V Centenario y el fallecimiento del ilustre escritor **Vintila Horia** completan las cuestiones a tratar en esta crónica.*

El estado cultural francés

El profesor del Colegio de Francia, **Marc Fumaroli**, ha denunciado en un libro, *El Estado cultural francés. Ensayo sobre una religión moderna*, la utilización de la cultura como propaganda y justificación, por parte de los gobiernos modernos. Sitúa el inicio del concubinato entre la cultura y la política en la *kulturkampf* de **Bismarck** contra los católicos alemanes; en ella se inspiraron **Lenin**, **Hitler** y los colaboracionistas franceses. Luego, **André Malraux**, con la fundación en 1959 del primer Ministerio de Cultura, señaló el estilo a seguir a **Mitterrand** y **Jack Lang**, quienes han transformado Francia en un supermercado cultural. Se pretende despertar al artista que late en todos los ciudadanos y todo, absolutamente todo, lo que ellos producen es cultura, digna de figurar en los museos, como los *tags* que ensucian las paredes de las ciudades y la música *rap*. El instrumento admi-

nistrativo del Ministerio impone su calendario de festividades, sus pensadores, su estética y su ética, e, incluso, como buena religión, construye sus templos: el Arco de la Defensa, la Pirámide del Louvre, la Gran Biblioteca. Todo a mayor gloria de su majestad Mitterrand. A esta banalización y democratización del espíritu, a este reino de la cantidad, hay que responsabilizar de la ausencia en Francia, desde hace más de treinta años, de verdadero pensamiento y arte.

El estado cultural euskaldún

Aunque los socialistas españoles, aplicando las teorías de **Gramsci** y el ejemplo de sus correligionarios franceses, se han convertido en unos maestros de la estrategia cultural, en España existe otro modelo que ha conseguido someter a toda una sociedad, tanto más opresor cuanto su acción es ignorada por los grandes

medios de comunicación: el del nacionalismo vasco. Si el sectarismo de RTVE se considera una amenaza para la convivencia, el de EITB (Euskal Irratia Telebista, Radio y Televisión Vascas) no.

Antes de adentrarse en el mundo nacionalista, hay que partir del hecho de que en él todo gira en torno a la lengua. Las dos características que, según **Sabino Arana**, diferenciaban al vizcaíno, primero, y luego al vasco respecto al *maketo* eran la raza y la piedad religiosa. Con estos dos factores de identidad se desarrolló el PNV hasta la guerra civil. Después, con la emigración y la secularización, el nacionalismo, que durante la República sólo contaba con un tercio de los votos, se arriesgaba a quedar marginado tras la probable instauración democrática a la muerte de **Franco**. En esta tesitura, la lengua se convierte en el último bastión de la nacionalidad, pero será un vascuence nuevo, con muy pocas raíces con el hablado en el campo. El proceso de depuración de toda influencia idiomática que recibe cualquier lengua de las vecinas, iniciado por el propio Arana (quien, por cierto, nunca llegó a hablar *euskera* y cuyos delirios están escritos en la lengua del "invasor") se exagera hasta lo inconcebible. A la vez que se elabora un idioma que depende del castellano, aunque sea para hacer lo contrario que las reglas de éste, fácil de aprender por los habitantes de las ciudades, se le insufla todo el odio y racismo inherente al *abertzalismo*. Mediante su exigencia como requisito imprescindible para el acceso a plazas de funcionario y la creación de un complejo de culpa en quienes no lo hablan, se impulsa su expansión. A tal causa se dedican anualmente cincuenta mil millones de pesetas, pero con escasos frutos. Las matriculaciones en la red de academias dependientes del gobierno vasco, sólo en Alava, descendieron de 77.488 en el curso 86-87 a 47.713 en el 88-89.

Tal vez el ejemplo más claro de megalomanía y de propaganda del euskera es ETB, la televisión autonómica. Fue el primer canal regional de España y su primer y actual director general, **Luis A. Aranberri**, expuso como declaración de intenciones la siguiente: "*ETB es un proyecto 'abertzale', impulsado por 'abertzales', tras una lucha 'abertzale'*", (*El Correo Español*, 22-XII-82). En 1982 se empezó con un único canal monolingüe en *euskera batua*, pero debido al déficit se tuvo que sacar al aire un segundo bilingüe, lo que ocurrió en 1986 sin la preceptiva autorización del gobierno nacional; por motivos políticos se toleró semejante violación del ordenamiento constitucional. Con la instalación de las televisiones privadas el déficit volvió a agrandarse de tal forma que la Consejería de Cultura, auténtica comisaría política, hubo de transferir urgentemente a ETB mil millones de pesetas para pagar las dos últimas nóminas de 1991. El 53 por ciento del presupuesto para 1992 de esta consejería (10.100 millones de 18.950 millones de pesetas) se destina a ETB. Cada vasco paga cinco mil pesetas anuales para mantener una televisión cuya razón de ser, a los diez años de su puesta en marcha, aún se discute. Junto al debate sobre la doble financiación de las televisiones públicas, el derroche que suponen para los contribuyentes, su condición de propagandistas y su opción por la tele-basura, en el debe de ETB hay que añadir el fracaso de la única justificación cultural, la expansión del *euskera*, pues el *euskera batua* no es entendido por los verdaderos *euskaldunes* que lo mantuvieron vivo durante este siglo. Para las gentes del campo hablarles en esta neo-lengua es como a un español hablarle en italiano.

El paroxismo de lo vasco, con su carga de desdén a España y su ignorancia de la realidad, se ha vuelto a manifestar con el acuerdo entre el Gobierno vasco y la Fundación Guggenheim para la construcción de un museo de arte contemporáneo en Bilbao. Las autoridades nacionalistas pretenden elevar la capital vizcaína

al rango de Nueva York y Venecia, sedes de respectivos Museos Guggenheim. La comparación no es afortunada, pues el único lazo común entre las tres ciudades es su declive. Bilbao ha perdido su condición de centro industrial y, al igual que su área metropolitana, se halla sumido en una crisis económica tan profunda que el Ayuntamiento no dispone de fondos ni para alimentar a los patos de los parques. En este asunto sólo hay dos cosas seguras: que las instituciones vascas apenas podrán intervenir en la gestión del museo, y que habrán de retribuir con largura a la Fundación por instalarse a orillas de la ría. La cuantía de los pagos, las obras que contendrá el museo y el tamaño del edificio varían continuamente. El Parlamento vasco decidió reducir el proyecto de 33.000 m² en un tercio, aunque el costo se mantiene invariable. El presupuesto se desglosa en trece mil millones de pesetas para la construcción del museo (el terreno aún no se ha comprado), cinco mil millones más para la adquisición de obras de arte elegidas por la Fundación y otros dos mil millones de pesetas que se abonarán a ésta por la cesión de su nombre. Las cifras presupuestarias se consideran tan insuficientes como exageradas las de visitantes: entre 500.000 y 600.000 anuales, cuando el Museo de Bellas Artes de Bilbao, uno de los más frecuentados de España, acoge un máximo de 125.000 personas. A principios de marzo, la junta del museo, dominada por políticos del PNV, volvió a rehusar integrarlo en el Sistema Español de Museos, pese a que le habría permitido beneficiarse de importantes ayudas monetarias que el Ayuntamiento no puede concederle. ¿Cuál puede ser la razón? ¿La acostumbrada repugnancia del PNV a todo lo que huele a español, o la intención de suprimir un "rival"?

Por último, dos circunstancias reveladoras de la manera en que se está llevando este asunto, más propia de una cacicada que de una de-

cisión trascendental y meditada. El acuerdo definitivo entre ambas partes se firmó en Nueva York el 27 de febrero; pero ni entonces, ni en los meses transcurridos, los términos del documento se han dado a conocer a los contribuyentes vascos. Y en la consultora Marwick, autora del estudio sobre la avalancha de visitantes, figura como socio **Pedro Larrea**, ex diputado de Hacienda de la Diputación de Vizcaya.

La única ventaja del faraónico proyecto es la apuntada por el escritor **Jon Juaristi** (*El Correo Español*, 22-II-92). Ante la obligada reducción de subvenciones a los "colectivos culturales vascos", éstos tendrán que sobrevivir con lo que consigan por sus obras en el mercado y sabremos todos qué da de sí la cultura nacionalista sin la protección de los fondos públicos.

Vuelve Schmitt

Con este título amedrentador publicó en *El País* (6-XI-86) el epígono de la Escuela de Frankfurt, **Jürgen Habermas**, un ensayo contra el jurista alemán **Carl Schmitt**, poniendo en guardia contra la preocupante reaparición de semejante legitimador del nazismo como inspirador de la posmodernidad. El ensayo fue recogido luego en un libro, *Identidades nacionales y posnacionales*, con un título aún más siniestro: *Carl Schmitt: los terrores de la autonomía*. Unos pocos años después, Habermas se afana en intentar dotar a la izquierda de un nuevo cuerpo ideológico, una vez perdida la referencia de las "democracias populares", mientras los libros de Schmitt continúan reeditándose.

Recientemente, la editorial Alianza ha sacado una nueva edición de *El concepto de la política* según la versión de 1932, cuando la única existente hasta ahora, *Estudios políticos*, de Doncel (1975), era la de 1927, traducida por **Francisco Javier Conde** en 1941. Lo único de lamentar

es que el libro de Alianza no recoja uno de los otros dos ensayos que presentaba Doncel, *Teología política*.

Si se quisiera representar la nueva situación mundial con un libro, bien podría tratarse de *El concepto de lo político*. Superada la época de las utopías, ha resurgido la geopolítica y la religión con el ímpetu de quien se libera de unas cadenas injustas. En Europa se imponen los dos grandes poderes medievales, Alemania y la Santa Sede; Turquía e Irán disputan por atraerse las repúblicas musulmanas de las deshechas URSS y Yugoslavia; EE.UU. se repliega sobre sí mismo y sobre el Pacífico, considerando a Japón un enemigo; el Islam derrota a la Modernidad. Hay dos frases de Schmitt contenidas en este ensayo que casan con el agitado panorama internacional. "*La distinción política específica, aquélla a la que pueden reconducirse todas las acciones y motivos políticos, es la distinción entre el amigo y el enemigo*" y "*todas las teorías políticas propiamente dichas presuponen que el hombre es 'malo' y lo consideran un ser no sólo problemático, sino 'peligroso' y 'dinámico'*."

Maldiciones contra el V Centenario

El 14 de marzo, unas quince personas, en la Plaza de Colón de Madrid, representaron una ceremonia de magia vudú contra los actos del V Centenario; invocaron a las deidades expulsadas por los misioneros y quemaron tres figuras de carabelas y un muñeco. La verdad es que los augurios que emanan de la Expo no presagian nada bueno. Tras el hundimiento de la nao "*Victoria*", ocurrió el incendio del principal pabellón. Y, ciertamente, hay razones de sobra para preocuparse por el riesgo de denigración de la principal aportación española a la Historia universal.

En su última obra, *Johan Padan en la Conquista*

de América, el dramaturgo italiano **Darío Fo** acusa a los conquistadores de aniquilar nada menos que cuarenta millones de indios. Sin embargo, el mayor daño lo causan los propios españoles en una sorprendente muestra de masoquismo, como los patrocinadores de otra obra de Fo, *Isabel, tres carabelas y un cascabel*, donde la vilipendiada es la reina. Además, el alcalde de Puerto Real está erigiendo un monumento a las víctimas del Descubrimiento, y las autoridades autonómicas de Extremadura y el País Vasco mantienen una actitud de desprecio e indiferencia, que resulta incomprensible cuando se sabe que sus ascendientes regionales fueron los más numerosos en cruzar a América, de entre todas las provincias del Reino de Castilla.

Por el contrario, muy pocos se han enterado de los hallazgos realizados en Guatemala, por unos arqueólogos de EE.UU., que señalan a las guerras y a los sacrificios permanentes como causa de extinción del imperio maya, en contraste con la pretendida sociedad del buen salvaje rousсенiano presentada por los indigenistas. Otra manera en la que se podía haber enfocado el V Centenario era la excentricidad por inclusión de España y Portugal, en contraste con la excentricidad por exclusión de Inglaterra, apuntada por **Octavio Paz** en su discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura. Pero se ha preferido el derroche de dinero y las súplicas de perdón.

Veremos qué sucede. Por de pronto ya han transcurrido los primeros meses del 92 en paz. Se considera una victoria el no ser insultados. Triste, ¿verdad?

Vintila Horia, el escritor anti-utópico

El hecho fundamental que marcó a **Vintila Horia** como escritor fue el exilio al que se vio

forzado tras la Segunda Guerra Mundial y que le impidió regresar a su patria y a su familia; el fue uno más de esa espléndida diáspora rumana de escritores e intelectuales que necesitaron trasplantarse a otras tierras y lenguas para florecer. Hasta entonces, había intentado ser novelista, pero no lo había conseguido. A sus esfuerzos le faltaba un motivo que sólo pudo encontrar en un peregrinar con su esposa por Italia, Argentina, Francia y España. El exilio, que consideraba la más alta escuela a la que tuvo acceso durante su vida, fue provocado por una de las utopías que han envenenado el siglo XX: el marxismo, aunque también sufrió en Alemania otra, el nazismo, y, luego, la intolerancia democrática. Su reacción como intelectual consistió en oponerse a ellas y desenmascararlas, para lo cual recurrió a los autores cuyas investigaciones creía podrían devolver al hombre a la realidad y la tradición: **René Guenón**, **Carl Gustav Jung**, **Julius Evola**, **Ernst Jünger**. Pretendía colaborar en el retorno de todos los conocimientos a su unidad original y así se comportó desde la revista *Futuro Presente*, que fundó y dirigió, y con libros como *Viaje a los centros de la Tierra* y *Encuesta detrás de lo visible*. Fue de los primeros en comprender el acontecimiento que preside el cambio del milenio: la aceptación por la ciencia de la religión. Quería transmitir este mensaje —en especial— a los políticos, pues consideraba —con acierto— que la política seguía rigiéndose por el absurdo positivismo decimonónico; la creía el último refugio de las utopías. Ahora aceptamos que el sida y la degradación del medio ambiente son consecuencia de una forma descabellada de vida y pensamiento, entrópica —decía él—, y que si no la rechazamos nos extinguiremos. Al menos Dios, que escribe recto con renglones torcidos, le concedió asistir al derrumbamiento del principal totalitarismo, el marxismo, opresor de su patria (aunque no se hacía muchas ilusiones sobre el grado de verdadera libertad de Ru-

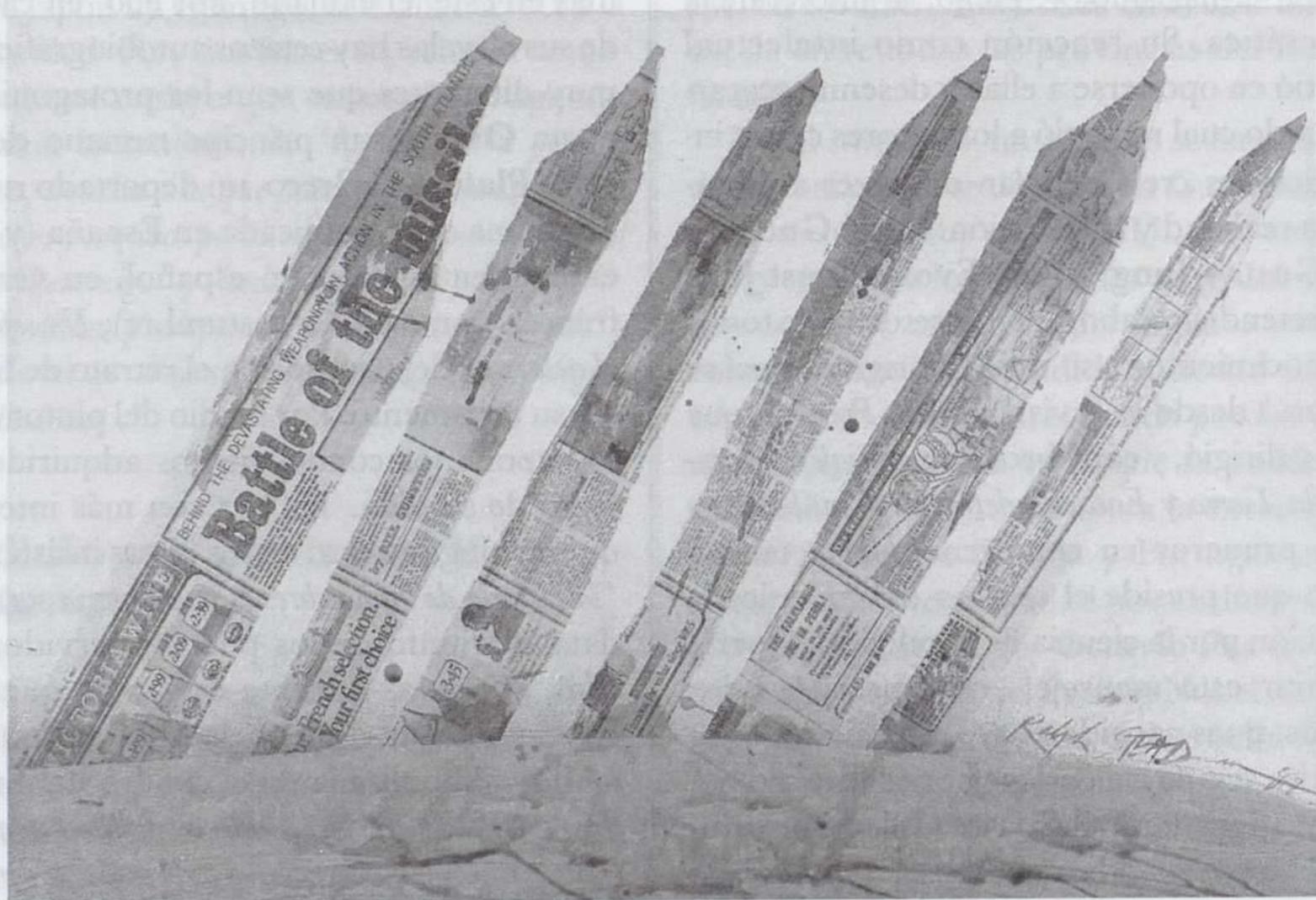
manía, o España y Chile, bajo regímenes aparentemente democráticos), y a la confirmación de sus teorías. En este sentido, Vintila Horia ha sido uno de los intelectuales más revolucionarios del siglo; sin embargo, devolviendo a las palabras su auténtico significado, en pureza hay que calificarle de contrarrevolucionario, pues fue la época de las reformas y las revoluciones la que, a la postre, ha dividido el planeta en un inmenso vertedero, donde las masas de hambrientos rondan las casas del puñado de ricos que somos los occidentales.

Como novelista, se consagró a describir un tipo de personaje abundante en todo tiempo y más en éste, el exiliado. Por ello, en cada una de sus novelas hay retazos autobiográficos, por muy diferentes que sean los protagonistas: el poeta **Ovidio**, un príncipe rumano del siglo XVII, **Platón**, El Greco, un deportado rumano. Su última obra publicada en España (y escrita enteramente por él en español, en vez de en francés, como era su costumbre), *Un sepulcro en el cielo*, nos deja, junto con el retrato de **El Greco**, su testamento. Por medio del pintor cretense expone los conocimientos adquiridos a lo largo de su vida. Tal vez con más intensidad que en ninguno otro de sus libros insiste en que “*la historia de los hombres es una historia sagrada*” y data el triunfo de los pueblos servidores del Mal, al menos durante este ciclo que ahora concluye, en la derrota de la Monarquía Hispánica, simbolizada en el cuadro del Entierro del señor de Orgaz. “*He cumplido setenta años —hace decir a El Greco— y todo se me ha derrumbado alrededor desde que he dejado Candía. No hice más que huir. Y cuando me detuve aquí até mi suerte a la de España.*” Esta frase me convenció no sólo del carácter de recapitulación y testamento de la novela, sino del amor que él profesaba a España.

Quien compare sus novelas (al fin y al cabo la parte decisiva de la obra de un novelista) con

sus otros escritos, puede encontrarse, como me ocurrió a mí, con una sutil diferencia de estilo. Vintila Horia, que como conferenciante, articulista, ensayista y profesor era un maestro de agudeza y entretenimiento, a la hora de escribir novelas experimentaba una transformación. Los personajes, los diálogos e incluso las descripciones de paisajes y ambientes los encuentro impregnados de lo que yo llamaría melancolía, de un desapego o desprendimiento, no de la realidad, sino del mundo. Los escritores que él admiraba, **Jünger, Borges, Carpentier, Greene**, consiguen otorgar (y, en su caso, conservar a través de las traducciones) a

cada novela una (no se me ocurre otra manera de describirla) tangibilidad, una corporeidad que convierte a sus personajes en semejantes a nosotros, con los que identificarse. Por el contrario, varios de los protagonistas creados por Horia son como los retratos de El Greco: intemporales, alejados de nosotros en un sentido metafísico. Según enseña la teología, **Vintila Horia** era, al igual que todos los mortales, un exiliado del Reino de los Cielos, al que ya ha regresado después de una larga espera. La muerte es para **Cunqueiro**, uno de sus autores españoles preferidos, "*La última peregrinación para un cristiano*".



■ Pedro FERNANDEZ BARBADILLO

EL ESTADO DE LA NACION: LA CORRUPCIÓN A DEBATE

María Gemma PRIETO

Concluida la tormenta social y política que desató la Ley Orgánica de Seguridad Ciudadana, de la que trataba ampliamente nuestra crónica anterior, la actividad de las Cortes Generales durante los últimos meses ha estado presidida por dos asuntos de particular relevancia: por una parte, el debate sobre el estado de la Nación, quizá este año más atractivo y polémico que en ocasiones anteriores; por otra, la reiterada discusión acerca de las Comisiones de investigación, de nuevo en primer plano ante la exigencia social de una depuración política (y no sólo jurídica) de las responsabilidades derivadas de los muchos casos de (presumible) corrupción, que han ocupado y preocupado a la opinión pública.

NO conviene olvidar, sin embargo, el trabajo puramente legislativo; ahora que se acerca el final de la legislatura parece que cada departamento ministerial, o quizá cada uno de sus titulares, pretende perpetuar su nombre unido al de algún proyecto legislativo, celosos quizás del renombre alcanzado por la "ley Corcuera". Algunos textos, todavía, se hallan en fase (¿eterna?) de borrador o anteproyecto, como los del Código Penal o del derecho de huelga. Otros han comenzado ya su *iter* parlamentario y, aunque son menos llamativos para los titulares de prensa, habrán de tener, en su día, una incidencia notable en nuestro ordenamiento jurídico: éste es el caso del proyecto de Ley del Régimen Jurídico de las Administraciones Públicas y del Procedimiento Administrativo Común, verdadero "Código" del Derecho admi-

nistrativo español, que, junto con indudables aciertos (como la regulación general de las sanciones administrativas o una correcta refundición de la normativa sobre responsabilidad patrimonial de los entes públicos) ofrece graves deficiencias técnicas; sobre todo cuando pretende, sin conseguirlo, mejorar a la tan mercedamente elogiada Ley de Procedimiento Administrativo.

El caso RENFE

En materia de Comisiones de investigación, el debate más llamativo ha sido, sin duda, el relativo al caso RENFE; con ese lenguaje árido, ambiguo e inespecífico que tantas veces hemos denunciado, la Comisión se denominaba oficialmente "*de investigación sobre todos los extremos*

referidos a la compra de terrenos por parte de RENFE o de su filial Equidesa para financiar determinadas infraestructuras ferroviarias en San Sebastián de los Reyes y Alcobendas". Los resultados del trabajo de la Comisión han sido, según la opinión generalizada, poco o nada satisfactorios, aunque no se puede negar a sus integrantes un muy notable esfuerzo por asimilar en poco tiempo un volumen importante de documentación escrita y de testimonios de las personas llamadas a comparecer; aunque también es cierto, por otro lado, que el secreto de su actividad, exigido por la propia Constitución, no ha sido ni mucho menos respetado. El texto del dictamen, por lo demás, fue "consultado" con el Gobierno, según reconoció el diputado **Jenaro García Arreciado**, miembro socialista de la Comisión, con la cruda sinceridad de quien asume, sin problemas de conciencia, la realidad actual de la forma parlamentaria de gobierno. Contó, como es habitual en los últimos tiempos, con el apoyo firme y decidido, pese a mínimas diferencias formales, de los grupos nacionalistas, que ya habían mostrado sus coincidencias con el Gobierno en la Ley de Seguridad Ciudadana. Y fue objeto, en fin, de la crítica rigurosa de los demás grupos, que podemos resumir en los dos párrafos que encabezan el voto particular del Grupo Parlamentario Popular, elaborado por el diputado **Felipe Camisón**, tan combativo durante todo el desarrollo de los trabajos; con un lenguaje claro y directo, que sintetiza con acierto las discrepancias de fondo, dice así el referido voto particular: *"El informe del ponente socialista resulta inadmisibile por cuanto está preconcebido para exonerar de toda responsabilidad al señor **García Valverde**, lo cual no es compatible con los testimonios y documentos a que la Comisión ha tenido acceso. De igual modo, resulta rechazable que (...) defienda la especulación como medio legítimo de financiación de los entes públicos. Ambos aspectos lastran de plurales errores y omisiones al informe..."*.

El dictamen de la Comisión fue debatido por el pleno del Congreso el día 27 de febrero, con la intervención, entre otros, de los diputados **Sáenz Lorenzo** (socialista, presidente de la Comisión), **Martínez-Campillo** (CDS), **Vallejo de Olejúa** (PNV), **Andreu Andreu** (IU), **Sedó i Marsal** (CIU) y los ya citados Comisión Asensio (PP) y García-Arreciado (PSOE). De la confrontación de argumentos y, a veces, también de choques personales, la opinión mejor informada supo identificar el núcleo mismo del problema: la necesidad de replantear a fondo el papel de la empresa pública en una economía de mercado; pues la ventaja posicional en que aquélla se sitúa sobre los agentes económicos privados obliga a un control sobre su actividad mucho más intenso que el existente, hoy día, en nuestro ordenamiento.

El caso Ibercorp

La semana siguiente, en la sesión plenaria celebrada el día 3 de marzo, hubo de volver la Cámara baja sobre un asunto referido al sistema financiero español, en este caso, las conexiones entre las más altas autoridades del sistema y un conocido grupo de personajes, cuyo protagonismo en la reciente vida española (reforzado por la continua presencia de sus avatares familiares en los medios de comunicación) es buena prueba del sistema de "valores" que ha presidido toda una década; y que no son exactamente los que cabía suponer de un partido político que proclamaba con reiteración que la honradez era el mejor patrimonio de su historia centenaria.

En nombre del Grupo Parlamentario Popular, la diputada **Rudi Ubeda** defendió en dicho pleno la solicitud de creación de una Comisión investigadora relativa al grupo Ibercorp, partiendo de la base de que la información privilegiada, la concentración de datos in-

ternos de empresas y su utilización para el enriquecimiento de unos pocos son situaciones que se han prodigado en demasía, agravadas por la falta de diligencia de las autoridades económicas; lo que ha transmitido a la sociedad española la sensación de que es muy sencillo hacer dinero a la sombra del poder. Apelando, pues, a la credibilidad dentro y fuera de España del sistema financiero, solicitaba la diputada referida esa investigación parlamentaria, para borrar la creencia social acerca de un entramado de intereses personales amparado por el poder político, que se identifica de forma generalizada con la palabra “corrupción”.

Los argumentos no fueron, al parecer, convincentes, si es que algún ingenuo piensa todavía que los debates en el Parlamento contemporáneo tienen como objetivo el de convencer racionalmente al adversario. El diputado **Hernández Moltó**, en nombre del Grupo Socialista, se opuso a la creación de la Comi-

sión, recordando a la Cámara las competencias de supervisión y control que atribuye la legislación vigente a la Comisión Nacional del Mercado de Valores, que, a su parecer, puede sustituir con ventaja a una encuesta parlamentaria: *“estén tranquilos, señoras y señores diputados, porque el trabajo que tenga que hacerse se va a hacer...”*, dijo textualmente —según reza el “Diario de sesiones”—; citando, acto seguido, a una autoridad tan reconocida en la materia como es **Bob Dylan**, para sostener que *“la respuesta a muchas preguntas están en el viento”*.

El estado de la Nación

Vamos, en fin, al “debate de política general sobre el estado de la Nación”, celebrado los días 24 y 25 de marzo, tomando pie de la reglamentaria “comunicación” del Gobierno, presentada días antes; “comunicación” ésta que



The debt-bomb threat (David Suter)

contiene, año tras año, un texto inespecífico y puramente formulario, que, dada su manifiesta inutilidad, convendría eliminar sin más trámite.

Y ya que hablamos, según la fórmula oficial, de un debate de "política general", procede comenzar por sus resultados propiamente políticos, reflejados en la encuesta publicada poco después en *El País*, de la que se deducía con nitidez el triunfo parlamentario obtenido por **José María Aznar** sobre **Felipe González**. A cuya imagen no contribuyó, desde luego, su ausencia durante la segunda jornada del debate, cubierta por su Vicepresidente, ante la hilaridad general, con alusiones a la gripe.

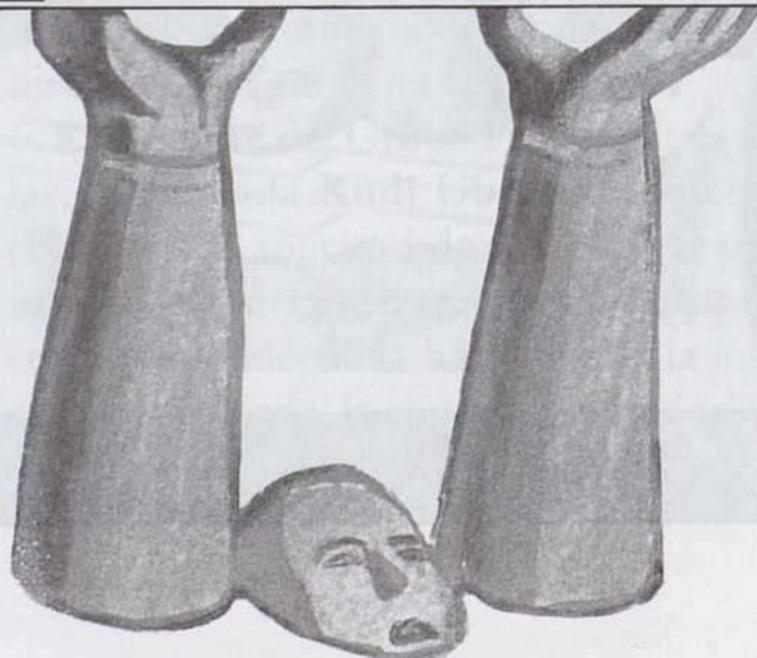
El debate estuvo marcado, en su conjunto, por una coincidencia sustancial en torno al terrorismo y por una discrepancia absoluta en otros muchos puntos. Frente a la remisión a la sede judicial del gran tema de la corrupción, tesis sustentada por el Presidente del Gobierno, el líder del Partido Popular abordó el fondo del asunto al poner en conexión el entramado de la corrupción con una oleada de descrédito y demoralización nacional. Ante una defensa casi apasionada por parte de González de la convergencia económica exigida por Maastricht, Aznar replicó exigiendo al Gobierno que no intente diluir su responsabilidad pidiendo ayuda a todos para corregir sus propios errores, consecuencia de una política económica insosteni-

ble. En fin, por citar sólo los aspectos más llamativos, no cabe olvidar la denuncia contundente del jefe del principal grupo de la oposición; "*ustedes han confundido la Administración y las instituciones con su partido; su partido con el Gobierno, y el Gobierno con el Estado*".

El debate concluyó con la aprobación (en medio de la habitual confusión que reina en las votaciones de nuestras Cámaras) de una larga relación de propuestas de los grupos parlamentarios, incluidas 42 de las 184 presentadas por la oposición, con clara preferencia de la mayoría hacia las procedentes de los nacionalistas vascos y catalanes, y sólo de forma testimonial hacia las originarias del Partido Popular y de Izquierda Unida.

El ciudadano percibe ahora un clima político enrarecido: un Gobierno carente de iniciativa, al que sustenta un partido que parece haber olvidado su antigua armonía; una oposición mayoritaria que mejora con fuerza sus posiciones y mira con satisfacción los resultados electorales de países tan significativos como el Reino Unido; en fin, un Parlamento (una vez más: sólo el Congreso, porque el Senado sigue buscando su identidad en una semiparalizada reforma de su Reglamento) que ha recuperado una parte del protagonismo que le corresponde en un régimen democrático y pluralista; en el horizonte, después de los "fastos" del 92... las próximas elecciones generales.

María Gemma PRIETO



UNA CONMEMORACION EN EL MISTERIO

José Luis MONEGRO

Resulta difícil saber cuál es el motivo real de la celebración de lo que se ha dado en denominar como el "92". Proscrita la palabra Descubrimiento, estamos ante el Encuentro de dos culturas. Ni lo uno ni lo otro está claro. Es evidente la operación política socialista para mantenerse en el poder, pero la conmemoración aparece huérfana de memoria histórica. Casi nadie parece interesado en reflexionar sobre el 92 de hace cinco siglos. Ello demuestra una grave carencia cultural. La cultura vive un mal momento. Los escaparates de las librerías son una buena muestra de ello.

Una profusión de títulos sobre cómo ser feliz o cómo ser infeliz, biografías de culebrón de la nueva España profunda creada por el PSOE (desde lo más bajo —**Juan Guerra**— a lo más alto —**Mariano Rubio**—), recetas para cocinar rápido, dietas y parapsicología. Las librerías españolas ofrecen un espectáculo desolador. El problema ya no es que se lee poco. Es que lo que se lee es poco interesante. Escaso espacio para los clásicos y no mucho para el pensamiento.

Desde 1991, las librerías francesas e italianas están a rebosar de títulos con análisis sobre aquel maravilloso año de 1492, con sus diversos protagonistas. Se reeditan facetas o aspectos de la leyenda negra, junto con apologías de la contribución española a la civilización. Además de los libros que buscan el rebufo de la polémica, aparecen libros de historia como tal.

Nada de todo esto aparece en el panorama español. Ni la importante bibliografía de **Salvador de Madariaga** es desempolvada. Se

sabe que la Comisión del V Centenario ha editado algunas caras obras, facsímiles, que duermen el sueño de los justos en los desvanes de las instituciones oficiales y que terminarán cumpliendo su cometido de libros para regalo.

Esta crítica no es directamente o exclusivamente achacable al PSOE. En algún sentido cabe decir que es el mercado —los lectores— los que demandan una serie de colecciones de quita y pon, y los que hacen inviable la existencia de debates nacionales. Pero esto es todavía más grave. Cuando se había prometido un florecimiento cultural nos encontramos en una sequía. Las nuevas generaciones no parecen en condiciones de llenar el vacío. Al contrario, la reducción de los aspectos humanísticos en los planes educativos es un elemento más que juega en contra del nivel cultural de la población.

Los españoles conocen mal a **Isabel y Fernando**, sabrán algo de **Colón** a través de las películas que se han hecho tarde, y deprisa y corriendo, pero ignoran en muy buena medida

a **Hernán Cortés** o a **Francisco Pizarro** o a **Núñez de Balboa** o a **Cabeza de Vaca** o a **Fray Bartolomé de las Casas** o a **Fray Bernardino de Sahagún**. Hay que pensar lo que hubieran hecho los anglosajones con un personaje como Hernán Cortés.

Con este panorama resulta difícil saber si el "92" es el V Centenario del Descubrimiento de América o el décimo aniversario del ascenso al poder del PSOE. Una nación necesitada de reflexionar sobre su historia, de asumirse y —sin chauvinismos— enorgullecerse, va a perder de nuevo una oportunidad de oro.

La recuperación de los "autores malditos"

Hay otro fenómeno cultural que tiene mucho que ver con la política. Ante la crisis de la postmodernidad, y tras el derrumbamiento del marxismo, hay un interesante esfuerzo por recuperar a los "autores malditos" por su compromiso totalitario con los fascismos. Años antes de que aparecieran los "cabezas rapadas", se podía rastrear ya la vuelta de una estética filo-fascista, claramente reflejada en algunas de las líneas de la moda italiana (verbigracia, **Giorgio Armani**), y la recuperación de pensadores que colaboraron con el nazismo.

En algunos casos esa recuperación se debe a evidentes valores literarios, como los existentes en los "futuristas", partidarios de **Mussolini**, como **Gabrielle D'Anunzio**, o en el caso francés, colaboracionistas, como **Paul Moran**, **Henry de Montherlant** o **Drieu La Rochelle**, que se suicidó en Suiza a raíz de la derrota del Eje. En otros casos, es claro que la obra permanece ligada directamente a sus ideales. Se quiera o no, es el caso del filósofo **Martin Heidegger**, del pensador del Derecho, **Carl Schmitt** o del novelista **Ernst Jünger**.

Algunas voces pretenden ahora denunciar el

"olvido" de personalidades que tuvieron notable influencia en la ambientación ideológica que condujo a la segunda guerra mundial y al genocidio. Se trataría de una cierta marginación intelectual que exige un cierto desagravio. Ese argumento es una falacia. Nadia ha negado, por ejemplo, valores intelectuales a los tres autores citados. Pero existe en las obras de los tres aspectos propios y definatorios del totalitarismo. Sabido es que Carl Schmitt saludó efusivamente el final del Estado de Derecho en la Alemania hitleriana, o que Martin Heidegger fue uno de los principales impulsores de la nazificación universitaria, o que Ernst Jünger era uno de los encargados de la simbiosis intelectual del "nuevo orden" con la cultura francesa.

No conviene olvidar que esta corriente intelectual se caracteriza por la negación de la existencia del resto de corrientes intelectuales. No sólo desde un punto de vista teórico, sino también desde la más directa "solución" práctica. La necesaria tolerancia —que lleva a separar la paja del grano— no puede justificar una exculpación completa o algo similar a una recuperación. Caer en este equívoco llevaría a crear un humus propicio para la aparición de fenómenos pre-nazis. Una vuelta completa será imposible. A pesar de algunos diagnósticos, el nazismo ha desaparecido por el sumidero de la historia.

Los males del pasado fueron tan intensos que la vigilancia está justificada. El derrumbe ideológico de las utopías hace que algunos busquen sustitutos. Como dice el *Eclesiastés*, no hay nada nuevo bajo el sol. En este sentido, no es difícil rastrear últimamente un nuevo predicamento de la ética heideggeriana basada en el concepto de coherencia. Una ética que, en el fondo, tiene evidentes problemas de incoherencia. Se dice elogiosamente que un hombre es "coherente" como razón última de la conducta. En un sentido aristotélico, puede dife-



Ilustración para una película de animación de un relato de Dino Buzzati (Gábor Fekete)

renciarse entre una coherencia con el bien y una coherencia con el mal. Puede decirse que algunos de los más estrictos genocidas han sido especialmente coherentes con sus principios. Algunos de los jefes de campos de concentración se han caracterizado especialmente por su coherencia.

Puede añadirse que ha habido numerosos intelectuales que han sido coherentes con su compromiso totalitario. La coherencia, por tanto, no puede ser considerada una norma ética capaz de establecer criterios de recto comportamiento.

También hay que llamar la atención sobre excesivas críticas a la deshumanización de la sociedad técnica y la nostalgia de valores exclusivamente campesinos. La tradición auténtica es renovada; no se contradice con el progreso, aunque ese equilibrio pueda ser en un momento difícil. Los actuales niveles de población necesitan o precisan unos ciertos niveles de progreso técnico. Plantear la ecuación de otra forma sólo puede conllevar problemas para la supervivencia de importantes porcentajes de la población.

Diferencias entre individualismo y sucedáneos

La cuestión clave de cara al futuro será, sin embargo, diferenciar entre el individualismo y sus sucedáneos. Es un aspecto decisivo para evitar que los fascismos parasiten en las sociedades occidentales. El individualismo occidental es abierto a los otros, parte de la igualdad de todos ante la ley y concibe la libertad con límites en la libertad de los demás. El individualismo de raíz nietzschiana se caracteriza por ser un individualismo que se impone a los otros. Es un individualismo que no se reconoce límites a sí mismo y, por tanto, considera que los límites deben ser absolutos para los demás.

Esta fórmula de individualismo conduce a la xenofobia y aporta fundamentos para la dictadura totalitaria.

Desde **Adam Smith** se sabe que el individualismo liberal es naturalmente solidario. Es decir, que el mismo orden espontáneo conduce a la interacción de libertades en la sociedad abierta. Los principios occidentales incluyen la libre circulación de personas, ideas y productos. Desde esos supuestos, en el terreno cultural se postula igualmente una circulación libre.

Frente al mundo cerrado del totalitarismo, el individualismo sólo puede sobrevivir en la sociedad abierta. En ese modelo de sociedad caben los intelectuales que colaboraron con el fascismo y el nazismo, pero sin olvidar que el triunfo de sus ideas más perniciosas acabarían con la libertad. Ahora que es manifiesto el error del marxismo, y el absurdo de su influjo en los intelectuales, no tendría sentido olvidar que ha habido otro compromiso totalitario igualmente erróneo y pernicioso.

La novedad del optimismo

Una novedad en el panorama intelectual es la aparición del optimismo en los demócratas. **Schumpeter** había sido recalcitrantemente pesimista. **Ludwig von Mises** había combatido un socialismo cuyo triunfo temía. **Raymond Aron** fue toda su vida contracorriente. **Friedrich A. Hayek** no abandonó el pesimismo, y esa veta puede verse con intensidad en **Alexis de Tocqueville**.

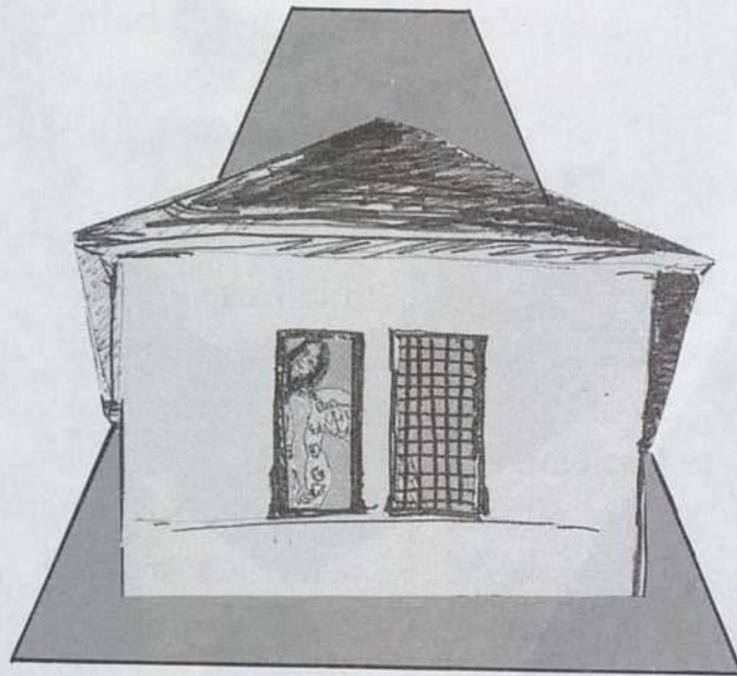
Jean François Revel acaba de sumarse a la línea de los optimistas, después de haber dicho "cómo terminan las democracias". En su último libro, *Le Regain démocratique* (Editorial Fayard), afirma que "está fuera de toda duda que la democracia ha ganado terreno durante el decenio 1980-1990, a la vez en los espíritus, como ideal, y en la realidad como fórmula de régimen político". Tras dejar sen-

tado el íntimo parentesco entre democracia y economía de mercado, Revel se aleja de **Francis Fukuyama** en la interpretación: “no creo en

ningún automatismo para la implantación de la democracia, en ningún proceso dialéctico capaz de suplantar la decisión de los hombres”.



José Luis MONEGRO





Dentro de la galería de personajes ilustres que han desfilado por esta sección de Perfiles, llega hoy a nuestras páginas, por merecimiento propio, don Joaquín Pérez Villanueva, gran conocedor de la Historia Moderna y presidente del Consejo Cultural de la Fundación Cánovas del Castillo.

JOAQUIN PEREZ VILLANUEVA

Francisco **SANABRIA MARTÍN**

No puede decirse que los años de **Joaquín Pérez Villanueva** —largos y lúcidos— hayan sido años perdidos. Más bien podría uno preguntarse cómo ha sacado tiempo para tantas y tan variadas actividades, a ninguna de las cuales le falta un decidido brillo de calidad. Si bien los que tenemos la suerte de conocerle, de conocer su dinamismo, su agilidad mental, su avidez intelectual, su memoria inacabable, nos explicamos mejor el secreto de esa fecundidad, cuya última muestra —bastante simbólica— es su más reciente trabajo, *Ramón Menéndez Pidal. Su vida y su tiempo* (1), hecho desde la erudición y el análisis profundo, pero también desde la admiración y el afecto.

Más de una cosa comparte Pérez Villanueva con su biografiado asturiano en aptitudes y vocaciones, en magisterio y estudio; pero, acaso, a estas alturas, lo que ambos tengan más en común sea eso que **Romano Guardini** describió como “*lealtad a la vida ya vivida, a la obra cumplida, al sentido de la existencia realizada*” (2).

En la vida de Pérez Villanueva se entrelazan dos quehaceres: el intelectual y el político, entendidos ambos como dos formas de servicio a la patria, que se complementan. Así, su desempeño de las direcciones generales de Enseñanza Universitaria y de Bellas Artes, sus cargos de presidente del Consejo Superior de Cultura y Bellas Artes o de delegado permanente

adjunto de España en la Unesco y miembro de su Consejo Ejecutivo, están en línea con sus puestos universitarios: decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid, vicerrector de la Universidad Autónoma de Madrid o director del Colegio de España en la Ciudad Universitaria de París. Tareas, como puede verse, en íntima trabazón y coherencia.

Obra numerosa

Claro es que el eje de la fértil vida de quien honra hoy esta sección *Perfiles* de nuestra revista es lo académico en su doble vertiente. Hablo del licenciado en Derecho, del doctor en Filosofía y Letras, del catedrático de Historia Moderna y Contemporánea, del consejero del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, del creador del Centro de Estudios Inquisitoriales, del director de más de una veintena de tesis de doctorandos franceses y españoles, del profesor que impartió numerosas lecciones en la Sorbona de París sobre algunos personajes y situaciones históricas de España, desde el siglo XVI al XVIII, desde **Cisneros** a **Jovellanos**. Pero me refiero también al Académico de Número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, al Académico de Mérito de la Academia Portuguesa Da Historia, al Aca-

(1) **Joaquín Pérez Villanueva**, *Ramón Menéndez Pidal. Su vida y su tiempo*. Prólogo de **Rafael Lapesa**. Biografías Espasa. Madrid, Espasa Calpe, 1991.

démico Correspondiente de las Reales Academias de Buenas Letras de Barcelona y de Bellas Artes de Sevilla.

Su obra sobre Historia es numerosa y abarca más de treinta y cinco trabajos, desde el libro y la conferencia publicada hasta el prólogo y la colaboración, incluyendo además la coordinación y dirección de obras colectivas, por ejemplo, la *Historia de la Inquisición española*. Deben incluirse también en este apartado sus títulos —una docena, aproximadamente— sobre Arte y Arqueología, con acento especial en la imaginería de la Escuela castellana y el Barroco de esa región. La historiografía española estaría mutilada si faltasen en ella los títulos de las obras aportadas a la especialidad por los estudios del profesor Pérez Villanueva o por los hombres que él formó y orientó.

Conversador y tertuliano

Hay una faceta del genio de Pérez Villanueva que no aparecería si aquí me limitase a un repaso formal y externo de su biografía por completo que fuera, y no es el caso por las limi-

taciones del marco en que me muevo. Me refiero al don Joaquín conversador y tertuliano, lleno de amena sabiduría, saco de los recuerdos más diversos e interesantes, recreador de anécdotas y situaciones, observador agudo de realidades sobre las que proyecta su interpretación cargada de sentido, intención y gracejo, y es ésta también una forma natural, espontánea, fresca, de docencia histórica, de transmisión cultural en que la buena tradición consiste. Como lo son sus atinados consejos y sugerencias.

Podría añadir, asimismo, las medallas, condecoraciones y honores que adornan a Joaquín Pérez Villanueva, porque son, en efecto, un reconocimiento a su labor y ejemplo, pero acaso el más significativo, el más vivo de los reconocimientos sea el que le dispensan quienes han gozado de su magisterio, que no son sólo sus discípulos, sino cuantos le conocemos.

Por citar de nuevo a Romano Guardini, un hombre con la biografía de Pérez Villanueva es un “hombre sabio”, que ya no precisa hacerse activo, basta con que irradie (2). Pero el profesor **Pérez Villanueva** hace lo uno y lo otro.

Francisco SANABRIA MARTIN

(2) Romano Guardini, *Las edades de la vida*. Madrid, 1979.

Los orígenes de Europa

Filósofo e historiador de la cultura, **Cristopher Dawson** es uno de los pensadores más eminentes de la Inglaterra contemporánea y uno de los más brillantes europeístas de nuestro tiempo. Su obra *Los orígenes de Europa*, publicada por primera vez en 1932, vuelve a ser actualidad en un momento en el que la unidad de Europa parece acercarse a sus últimas consecuencias. Pero, para Dawson, no es el establecimiento de un mercado único o la creación de un sistema monetario común lo que da la unidad a Europa, sino una común cultura intelectual basada en la tradición clásica y en la religión como eje fundamental y primario de esa cultura.

Europa no constituye ni una unidad geográfica ni existe en ella unidad racial, sino que, por el contrario, es producto de un largo devenir histórico en el que pueblos y culturas se fueron mezclando y que, bajo la dirección del cristianismo, se aunarón dando lugar a una misma tradición cultural. Sin embargo, el formar parte de la cultura europea no significa la pérdida de las tradiciones nacionales, como —según señala el autor— algunos autores excesivamente nacionalistas han querido hacer ver. Europa ha de concebirse como una comunidad de pueblos libres inspirados por un mismo espíritu.

La génesis de Europa la sitúa Dawson en la Edad Media, pues es *“la edad creadora por excelencia, ya que no formó esta o aquella activi-*

dad cultural, sino la misma cultura, la raíz y la base de todos los logros culturales posteriores”.

Cuatro son los puntos claves para el autor en la creación de la unidad de Europa: el Imperio Romano, la Iglesia Católica, la tradición clásica y las invasiones bárbaras.

Grecia fue el catalizador de las distintas corrientes culturales que existían en Oriente, pero sobre todo, y por encima de esto, fue la primera civilización que trabajó por diferenciarse de la oriental, creando una cultura personal de la que derivan nuestra filosofía, ciencia, instituciones, leyes y arte. Si Grecia fue la creadora, a Roma le debemos la difusión de los resultados por Europa. Bajo su organización política y militar, Europa estuvo sometida durante cuatrocientos años a una progresiva romanización que abarcó todos los aspectos de la vida, y que significó dar los primeros pasos hacia la unión europea: bajo una sola fuerza se reúnen amplios territorios con diferentes civilizaciones que asimilan las formas de esta cultura superior.

Las crisis de valores que vivía Roma, y el hecho de que el cristianismo se presentara con un sentido de solidaridad social, fueron los principales factores que contribuyeron a que esta religión oriental se transmitiera de una manera tan rápida y efectiva. La idea de que su reino no estaba en la Tierra sino en los Cielos, no amenazaba en nada la seguridad del Estado romano sino que, por el contrario, pro-

pugnaba el orden social y la disciplina moral.

La idea de la Universalidad de la Iglesia, que está fuera de todo límite terreno, fue lo que condujo a **Constantino** a considerarla como su aliada espiritual y el mejor complemento al Imperio Universal. La asociación oficial entre Iglesia y Estados fue determinante en la creación de un nuevo orden social. Las instituciones civiles, que habían sido la base de la vieja sociedad, se habían convertido en formas vacías y, poco a poco, se vieron sustituidas por otras de carácter eclesiástico en donde *“el hombre medio encontró libertad espiritual con asistencia material y económica”*.

LOS ORIGENES DE EUROPA



La debilidad de Roma favoreció la independencia que disfrutaba la Iglesia occidental con respecto al Imperio, de manera que cuando este sucumbió a las invasiones bárbaras, la Iglesia

se mantuvo "porque era un ordenamiento autónomo con sus propios principios de unidad y sus órganos peculiares de autoridad social", y se convirtió en la transmisora de la antigua cultura romana y la maestra y guía de los nuevos pueblos bárbaros.

La tradición clásica constituye un factor decisivo en el desarrollo de la cultura intelectual europea. Cuando Roma consigue dominar políticamente el mundo helenístico es, a la vez, dominada por él intelectualmente. Pero el traspaso de cultura fue fundamentalmente literario, dejando un espacio reducido a la ciencia. Sin embargo, gracias a la pervivencia de la literatura clásica y de la tradición retórica "no sólo se hizo posible la aparición de las literaturas modernas, sino que asimismo formó la manera europea de pensar, haciendo posible la actitud racional y crítica ante la naturaleza y en la vida que caracteriza a la civilización occidental".

La continuación con la tradición clásica se vio amenazada con la aparición del cristianismo. Esta era una religión de tradición oriental que nada tenía que ver con el mundo helenístico. Por otra parte, los primeros cristianos no fueron, en general, gente culta y refinada, por lo que conservaban sus lenguas nativas. "Sin embargo, aunque desconocido por las cabezas de la cultura, tuvo lugar durante este período un proceso asimilador, en el que la Iglesia fue capacitándose para la recepción de la tradición clásica y para la formación de una nueva cultura cristiana."

Si hasta este momento la filosofía occidental había estado representada principalmente por la Ética estoica incorporada a la tradición retórica, fue a finales

de la época imperial cuando, con **San Agustín**, la cultura latino-cristiana cae bajo la influencia de los escritos neoplatónicos de carácter bizantino. San Agustín unió las ideas neoplatónicas (las verdades inalcanzables) con el cristianismo (el medio de poseerlas). "La filosofía de San Agustín es esencialmente una filosofía de la existencia espiritual, siendo en tanto tal, la fuente del misticismo y de la ética occidental, tanto como de la tradición occidental del idealismo filosófico". Junto a San Agustín, también hay otros muchos que contribuyeron a la conciliación entre cristianismo y cultura clásica como **Boecio**, **Limaco** y **Casiodoro**.

La ruptura con la antigua tradición cultural, debido a las invasiones bárbaras, no fue ni súbita ni completa. Los pueblos bárbaros no aparecieron repentinamente en las fronteras del Imperio Romano, sino que a lo largo de varios siglos se fueron asentando en sus límites y realizaron algunos servicios para el Imperio, sobre todo como mercenarios. A lo largo del siglo IV muchos de estos pueblos se convirtieron en *foederati* o "aliados" de Roma, sufriendo un proceso de romanización superficial. Así cuando conquistaron los territorios occidentales, en el siglo V, no encontraron dificultades para llegar a un "modus vivendi" con la población romana.

Sin embargo, para Dawson, "la vida de la antigua civilización clásica ya había concluido en los albores del siglo III, y una nueva cultura surgió debido, no a la llegada de los bárbaros, sino a la infiltración de nuevas influencias orientales", con lo que ya antes de la caída del Imperio estaba naciendo una sociedad casi feudal, presidida

por una monarquía teocrática en íntima conexión con el cristianismo.

"El puente entre el mundo romano y medieval fue tendido en las Galias". Aquí, ambas ciudades y culturas —bárbara y romana— se hallaban en igualdad de fuerzas como para que ninguna fuera totalmente absorbida por la otra. A la fusión unificadora sólo se oponía un obstáculo: la diferencia de religión. En el año 493 el rey **Clodoveo** se convierte del arrianismo al catolicismo. Desde ese momento es reconocido por el Gobierno de Constantinopla como representante de la unidad romana. Con la inversión de los bárbaros al catolicismo la cultura clásica no es ya la cultura de la población conquistada, sino el factor dominante en el orden nuevo.

Dawson reivindica la importancia del papel anglosajón en la cultura cristiana, "la aparición de la nueva cultura anglosajona del siglo VII es quizás el acontecimiento más importante del tiempo que media entre los días de Justiniano y los de Carlomagno, pues tuvo resonancias en todo el proceso continental". La importancia de la corriente monástica anglosajona no sólo radica en la creación de grandes centros culturales donde se conservó el latín más erudito, sino también en la tarea misionera que se extendió por toda Europa central.

La importancia histórica de la era carolingia radica en que, hasta ahora, los bárbaros habían vivido de la herencia del imperio; ahora empiezan a ser sujetos activos de una actividad social creadora. La monarquía carolingia se convierte en la expresión política de una unidad religiosa, actuando como cabe-

zas y organizadores de la cristiandad occidental. Las conquistas de **Carlomagno** ya no se deben al mero impulso de la tradicional política franca de expansión militar, sino que se convierten en cruzada para la defensa y unidad de la cristiandad. *“La formación del Imperio de Carlomagno señala el fin del dualismo cultural que había caracterizado el período de las invasiones y la total aceptación de los bárbaros occidentales del ideal de unidad sustentado por el Imperio Romano y por la Iglesia Católica”.*

La asociación entre Pontificado e Imperio son dos fuerzas en una balanza; pues a medida que el imperio se debilitaba y disolvía, el Pontificado venía a ser tenido como la suprema encarnación de la unidad occidental. Sin embargo, también él sucumbió bajo las fuerzas locales tras la desaparición del Imperio Carolingio. Fue **Otón I** y la creación de un nuevo imperio, esta vez de carácter sajón, quien rescató al reino de las facciones locales.

Con el Imperio germánico existe un nuevo auge de la tradición clásica recuperándose tanto la tradición carolingia, por herencia, como la bizantina, por matrimonios. La monarquía pierde parte de su carácter sajón para transformarse en una potencia internacional, que concebía al Imperio como *“una unidad de pueblos cristianos regidos por las autoridades concordantes e interdependientes del Papa y el Emperador”.*

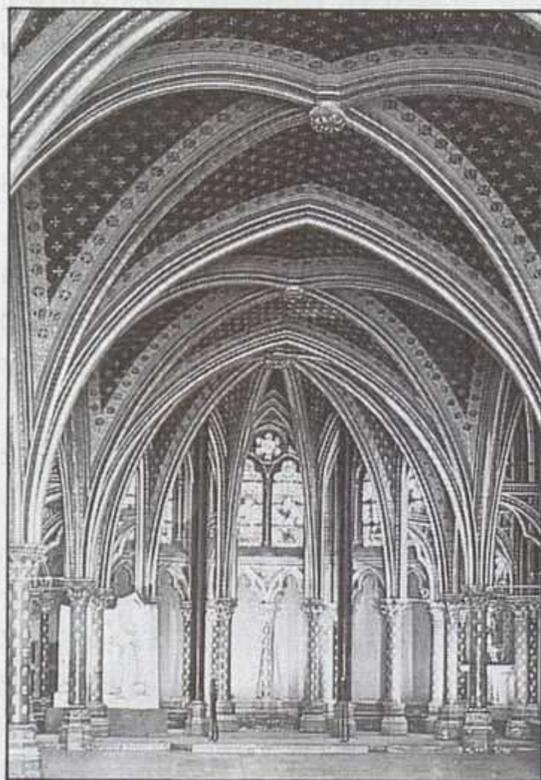
“Con el siglo XI comienza un movimiento de progreso que continúa casi sin lagunas hasta los tiempos modernos. Movimiento que echó los cimientos del mundo moderno, no sólo creando instituciones llamadas carac-

terísticas de nuestra cultura europea, sino, sobre todo, formando esta comunidad de pueblos que, más que ninguna unidad geográfica, conocemos con el nombre de Europa.” La fuerza de esta común tradición intelectual asentada sobre la cultura clásica es superior a la identidad de la fe, por lo que no hubo escisión en Europa con la pérdida de la unidad espiritual.

Libro este especialmente actual, y cuya lectura o relectura se hace recomendable en momentos en que nos cuestionamos nuestro ser presente y hasta nuestro destino futuro.

Virginia SANABRIA

Christopher Dawson fue un historiador inglés sobradamente conocido por el rigor y por el alcance de obras como la que presentamos, bastantes de ellas traducidas al español. En este momento no está de más la reedición del libro que publicó en 1932, con el título original de *The Making of Europe*.



Los esfuerzos e ideas atinentes a la unidad europea de aquellos años de entreguerras, que alcanzarían su razón después de la II Guerra Mundial, ya han germinado. Es de sobra conocido que después del desastre de la Gran Guerra no fueron pocos los que cayeron en la cuenta de la necesidad de defender la causa de Europa, vista como una gran sociedad de la que formaban parte los maltrechos estados nacionales. Las élites intelectuales estaban especialmente sensibilizadas ante la eventual decadencia. Filósofos e historiadores abundaron en razones acerca del nuevo giro que deberían tomar los acontecimientos.

Dawson, ferviente europeo, no era ajeno a todo esto; así que ofreció a la sociedad europea el fruto de su trabajo y de su honestidad de historiador en la forma de un libro de gran densidad, próximo a la filosofía de la Historia, que sabe aprovechar un gran arsenal de información —nombres propios, sucesos relevantes, fechas, etc.—. En nuestra opinión no se trata de un libro erudito, algo que difícilmente hubiera sido perdonable tratándose de una “introducción a la historia de la unidad europea”, como reza el subtítulo inglés. Lo que Dawson hace con todo, con su sabiduría —palabra hoy en desuso— y con sus conocimientos estrictamente históricos (los datos fríos), es exponernos *cómo aconteció la historia*.

Este libro es considerado por los especialistas como un clásico. **Ortega** decía que era lo mejor que se había escrito sobre el tema. Merece la pena resaltar esta cualidad porque un libro que alcanza a tal reconoci-

miento debe reunir, necesariamente, los dos siguientes requisitos: primero, ser un libro vivo, y segundo, consecuencia y a su vez explicación de esa vitalidad, que todo lector pueda encontrar respuesta a las interrogantes y dificultades que le acucian en el presente. El libro de Dawson se ajusta a lo señalado, aunque a primera vista parezca extraño que una obra que retrata la historia de años remotos pueda decirnos algo acerca de cómo somos ahora o darnos pie para reflexionar sobre lo actual.

Nos demuestra el autor cuán difícil y trabajosa es la fragua de unas formas de vida que se han demostrado como los más altos modelos de convivencia y organización humanas. Es una frivolidad, en la que, por cierto, no solamente incurren personas a las que se les suponga escaso juicio o instrucción, ignorar que uno de los más graves quehaceres de la humanidad consiste en alumbrar las instituciones que sean necesarias para su bienestar y felicidad. Esta empresa humana, la esencia de casi mil años de Historia, es lo que expone Dawson, conduciéndonos desde los cimientos de la cultura europea (Roma) hasta las razzias vikingas de finales del siglo XI y los primeros pasos de la unidad en el tiempo de los Otones.

En el fondo, lo que el lector puede apreciar es cuándo la forma política que *se dio la sociedad* para su mejor gobierno fue su piel histórica, es decir, algo flexible que se adapta a la piel histórica, es decir, algo flexible que se adaptaba a la contingencia, o fue, por contra, un artefacto. Da esto pie a que el lector se pregunte si la Europa que nos prometen hoy es un conjunto de

instituciones con la suficiente inteligencia o una pesada carga artificiosa, una burocracia en el sentido usual del término.

En otro orden de cosas, a pesar del interés que nos tomamos en el asunto de la unidad, parece que se agotaran todos los esfuerzos en lo económico o, aún peor, en el afán de regularlo todo, quedando extenuadas otras funciones, nada crematísticas, pero acaso más decisivas. Entre esto, sugiere Dawson que, desde los orígenes de Europa, ha sido capital el elemento espiritual para que el producto final tuviera el temple necesario.

La Historia de la unidad europea vendría a demostrar para el historiador inglés, en qué consiste el "*significado de la experiencia religiosa para la especie humana*". ¿Quién podrá negar que la Iglesia, como expresión secular de un sentir religioso, ha sido eslabón imprescindible si queremos entender lo que pasó en nuestro suelo? La Iglesia fue tanto pendón como relicario de lo europeo, según se tratara de guerrear con infieles o de mantener nuestros usos y modos de vida. Ahora bien, no desconoce Dawson que el cristianismo no ha sido el único elemento espiritual: desde antes del siglo IV y hasta después del siglo XIX, es identificable un algo misterioso, sin lo que no se concibe cómo ha sido posible la movilización de la voluntad de tantos hombres y pueblos.

Ahora, cuando lo europeo se deja al albur de las políticas comunitarias y altos consejos, parece ausente ese componente invisible, como secularizado, que es decir estatizado. Se diría que la preocupación por los balances de empresa, la convergencia

de los indicadores económicos, la única moneda, etcétera, son el único cuidado necesario para que se culmine una vieja aspiración de volver a la unidad. Craso error que incomprensiblemente es lugar común.

A lo largo del libro nos muestra el historiador cómo se agotaron, perdieron flexibilidad en otras épocas históricas, formas políticas originalísimas, ensayos de la Europa que hoy se pretende, al anquilosarse su genio. Lo dramático es que entre los síntomas de aquellas decadencias solía encontrarse algo que hoy se ve como proceso irreversible e imparable: la sustitución de los derechos políticos por obligaciones fiscales.

Parece claro que son necesarias nuevas banderas para estimular la acción de los hombres, no acuciados sólo por lo material. Por lo demás, buenas dosis de imaginación constituirían buen remedio contra el tedio de la pura economicidad que parece dominarlo todo. En este sentido, la obra de Dawson, ceñida a los datos, resulta, sin embargo, altamente estimulante.

Jerónimo MOLINA CANO

— Dawson, Christopher. *Los orígenes de Europa*. Ed. Rialp. Colección Historia n.º 36. Madrid, 1992.

Escritos Económicos

Laureano Figuerola y Ballester (1816-1903) es un economista y un político menos conocido de lo que merece. La historia de su vida y la lectura de sus obras son necesarias para la comprensión un poco completa del siglo XIX español. Por esto, el libro que acaban de ofrecernos la laboriosidad y la sensibilidad del Profesor **Cabrillo** es de valor para todos los economistas, historiadores y políticos, y este valor sube de punto para aquellos que tengan información escasa sobre los antecedentes de la Revolución de septiembre de 1868, la obra legislativa de los gobiernos que la siguieron, el entusiasmo que suscitó y su desenlace final.

Los *Escritos Económicos* de Figuerola fueron libros, artículos, discursos parlamentarios, memorias presentadas a las Cortes o leídas en las academias y trabajos de parecida índole. Todos ellos eran, antes de la aparición de la obra que comentamos, difícilmente accesibles al lector actual. Habían sido publicados generalmente poco después de su redacción o de su formulación oral, y los escasos ejemplares que habían sobrevivido al paso del tiempo no se encontraban con comodidad. El profesor Cabrillo los reproduce en forma ordenada, clara y elegante. Van acompañados por notas de este profesor, que señala y localiza los textos originales, y declara los criterios seguidos en la reproducción. Algunos apéndices documentales, cuadros estadís-

ticos y otros materiales de escaso interés para el lector moderno, se han omitido, haciéndolo constar en cada caso. Por lo demás, la transcripción es literal, conservando la ortografía original, poco distinta de la presente.

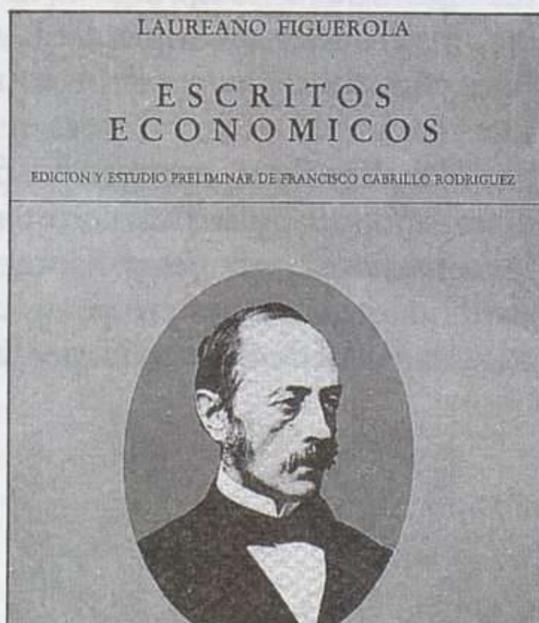
Los *Escritos Económicos* de Figuerola y las mencionadas notas editoriales del profesor Cabrillo, van precedidos por el *Estudio Preliminar* de éste, que ocupa unas treinta páginas. En él, el profesor Cabrillo expone y comenta la persona de Don Laureano, su vida, sus ideas, y la historia política y económica de la España de su tiempo.

En el siglo XIX, tres programas económicos generales se disputaron la victoria en España: el liberalismo, el proteccionismo aduanero y el socialismo. La lucha fue tenaz y se libró en el campo intelectual (universidades, academias, prensa diaria, revistas, libros, discursos), y en el legislativo. Durante las primeras décadas del siglo, el liberalismo, la doctrina más sistemática y completa, aliada con el liberalismo político, ganó batallas y pareció próximo al triunfo total y definitivo, pero la tendencia cambió, y el liberalismo acabó la centuria en pleno retroceso.

Figuerola fue el jefe del liberalismo económico y uno de los jefes del liberalismo político. Nació el año 1816 en Calaf (pro-

vincia de Barcelona), en el seno de una familia de comerciantes acomodados, liberales en política y en la mayor parte de los campos económicos, excepto en el aduanero, en el cual sostenían opiniones proteccionistas. En su juventud, don Laureano mantuvo las ideas de sus padres y fue alumno entusiasta de **Eudaldo Jaumeandreu**, el profesor más representativo de estas concepciones, en la Barcelona de la primera mitad del siglo XIX. Pero Figuerola pronto revisó su programa teórico, haciéndolo sistemáticamente liberal y ya no lo modificó en el resto de su larga vida.

No fue un economista científico profundo. La idea más importante que transformó la Teoría Económica en su tiempo fue la de la utilidad marginal, que se formuló alrededor de 1870 y que en los años siguientes se aplicó a todas las sectores de la Ciencia Económica. En las aulas universitarias, el cambio en las ideas y en el lenguaje fue considerable; las matemáticas se introdujeron en la economía. Figuerola fue Catedrático de la Universidad y leyó y citó los libros de **Stanley Jevons** y de **Léon Walras**, dos de los padres fundadores del marginalismo; pero éste no influyó en el pensamiento del autor español. Figuerola siguió utilizando, hasta su muerte, los conceptos y los argumentos que le habían convenido en su juventud: los de **Adam Smith**, los de **David Ricardo**, (éstos con reservas), los de **Bastiat** y, sobre todo, los de los propagandistas ingleses del librecambio, **Richard Cobden** y **John Bright**. Esto sí, los manejó con claridad, con honestidad científica y política, con te-



nacidad y adhesión.

Hasta después de 1870, las ideas de Figuerola fueron avanzando en España y parecía que acabarían imponiéndose. Tras la Revolución de septiembre de 1868, que destronó a **Isabel II**, jugaron un gran papel. Figuerola fue, durante casi dos años, ministro de Hacienda, en los gobiernos de **Serrano** y de **Prim**, y convirtió en leyes muchas de sus ideas. El Arancel de Aduanas de 1869 fue el más librecambista que España ha tenido y anunció nuevas reducciones de los impuestos a la importación. Se creó un sistema monetario uniforme para toda España, basado en el bimetalismo, que sus autores consideraban el régimen más científico y capaz de perdurar durante largo tiempo; la variedad de monedas regionales fue eliminada y una nueva unidad monetaria, la peseta, empezó a circular en toda España.

Pero el impulso reformador y modernizador se detuvo pronto. Los protagonistas de la Revolución de septiembre no tenían, todos, los mismos ideales. Incluso en los políticos que coincidían en la democracia y el deseo de reformar la sociedad tradicional, había dos corrientes diferenciadas: los partidarios de la propiedad privada y la libertad de contratación (**Prim**, **Figueras**, **Castelar**, Figuerola), y los sensibles a la atracción de las ideas anarquistas y socialistas, difundidas en la Europa de aquel tiempo (cuya figura más destacada era **Pi y Margall**). Estas y otras discrepancias entre todos los grupos que se disputaban y repartían el poder, ocasionaron frecuentes cambios de gobiernos, restaron a estos

gobiernos decisión y fuerza, y determinaron rectificaciones de orientación política. En 1874, con la Restauración en la persona de **Alfonso XII**, la atmósfera intelectual y económica del país recobró los viejos aires, que soplaron cada vez más fuertes. Al terminar el siglo XIX, las huestes liberales se batían en retirada. El proteccionismo aduanero había crecido y seguía creciendo; el sistema monetario bimetalista había sido desvirtuado; se había renunciado a una reforma tributaria racional y científica; y se creaban y suprimían impuestos obedeciendo a necesidades y caprichos de cada momento.

Figuerola había dejado de ser un político prominente aunque continuó actuando. Se dio cuenta del cambio de clima intelectual, pero personalmente no se dejó influir por él; fue fiel a sus ideas e ideales de toda la vida y los difundió y propagó hasta su muerte en 1903.

El juicio de sus contemporáneos generalmente le fue adverso: se le consideró poco conocedor de la realidad y poco hábil para modificarla. Sin embargo, es innegable que en cierto momento todos sus talentos brillaron sobre la ignorancia, los prejuicios y la ceguera de casi todos sus conciudadanos. En 1854 se planteó la llamada cuestión de las *selfactinas*. Durante los diez años precedentes unas nuevas máquinas de hilar, inventadas en Inglaterra y llamadas allí *self-acting* se fueron introduciendo en las fábricas españolas, donde su nombre pasó a ser *selfactinas*, y sustituyeron a las anteriores *mule Jenny*. Como ocurrió otras veces en el siglo XIX, las *selfactinas* suscitaban la

hostilidad de los obreros porque producían más y en algunos casos redujeron la demanda de mano de obra, por algún tiempo. Esta hostilidad provocó un conflicto de orden público al coincidir con la excitación política nacida del pronunciamiento militar de Vicálvaro de julio de 1854. La noche del 16 de aquel mes, los obreros textiles de Barcelona incendiaron y destruyeron varias fábricas que habían instalado hiladoras *selfactinas* y telares mecánicos. En los días siguientes muchos obreros se negaron a trabajar en ellos.

Surgió un debate teórico sobre las ventajas e inconvenientes de la nueva maquinaria más perfecta, y sorprendentemente las autoridades civiles y militares de Barcelona se pusieron de parte de los obreros. El Capitán General dictó un bando prohibiendo las *selfactinas* y ordenando la conversión de las ya instaladas en *mule Jenny*. En la algarabía mental y de orden público se oyó una sola voz inteligente y serena. Figuerola publicó un artículo en el *Diario de Barcelona* del día 25 de agosto, que es una obra maestra y está reproducido en el libro que comentamos. En una prosa precisa y elegante, expuso todos los hechos referentes a la cuestión, defendió el derecho de los industriales a instalar la maquinaria que quisieran y sostuvo las ventajas a largo plazo para todos los interesados: empresarios, obreros y consumidores. La razonable opinión de don Laureano se impuso con cierta rapidez, la huelga cesó y el progreso técnico prosiguió. Una idea de la violencia verbal de estos debates la da el hecho de que

tres obreros textiles, partidarios del proteccionismo aduanero, en una carta publicada también en el *Diario de Barcelona*, llamaron a Figuerola, "el hombre de más baja ralea y de más infames pensamientos".

El libro publicado ahora por el profesor **Cabrillo**, tanto en su *Estudio Preliminar*, como en los textos del siglo XIX reproducidos, suministra al lector moderno datos e informaciones de gran valor para juzgar las personas, ideas y acontecimientos a

que nos hemos referido y otros muchos relacionados con ellos.

Lucas BELTRAN

— **Laureano Figuerola.** *Escritos Económicos.* Instituto de Estudios Fiscales. Clásicos del Pensamiento Económico Español. Edición y estudio preliminar de Francisco Cabrillo. Madrid, 1991. Páginas XLII + 361. Precio: 2.000 pesetas.

Cuestiones de bioética

Sobriamente presentada, la Editorial Speiro ofrece una obra breve pero importante. El título de "Cuestiones" alude al método dialéctico con el que la Escolástica revestía los debates o disputas. Dicho método, simplificado por el afán divulgativo del libro, supone el esfuerzo de presentar distintos puntos de vista, diferentes perspectivas, lo que posibilita el fecundo contraste, del cual el lector sale beneficiado y no confundido por la ausencia de un rumbo definido en la exposición. El autor, profesor titular de Filosofía del Derecho de la Universidad Complutense, nos introduce al campo de la bioética a partir de siete interrogantes a los que va dando respuesta con decisión y claridad.

La obra invita a esa actividad que, en el mundo estruendoso y turbulento en que vivimos, cada vez es menos frecuente: la meditación o reflexión personal, el diálogo del alma consigo mis-

ma, como alguien definió al pensamiento.

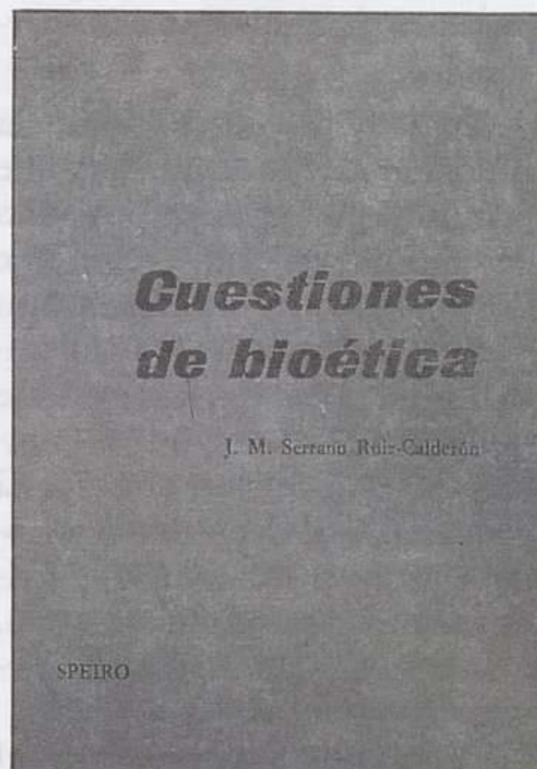
Para dar noticia cabal del libro resulta imprescindible enunciar cada una de las cuestiones tratadas y, a la par, intercalar algún comentario al respecto.

La primera cuestión —o "cuestión previa", como aparece señalada— sirve para perfilar en qué consiste esa disciplina en auge continuo que es la bioética. Esta breve aproximación conceptual resulta más que suficiente para marcar su perímetro. Entre otras definiciones, el autor recoge y comparte, por cuanto tiene de escueta y precisa, la acuñada por **Elio Sgreccia**, quien entiende por bioética "la filosofía moral de la investigación y de la práctica biomédica".

Asimismo se destaca la trascendencia y las implicaciones que los temas propios de la bioética poseen para otras ciencias o modalidades de conocimiento, lo que justifica el enfoque multidisciplinar que caracteriza la

obra. En este sentido, aunque la procedencia del autor es el campo filosófico, es preciso advertir que la perspectiva estrictamente jurídica se agavilla a otras como la antropológica, moral, sociológica, religiosa, médica o biológica. El resultado, lejos de ser farragoso y de inducir al lector a confusión, es enriquecedor.

Tras esa "cuestión previa" delimitadora, la cuestión primera aparece bajo un rótulo tan provocador como "¿debemos contribuir los cristianos a la constitución de una bioética neutral en nuestra sociedad?". La opción que asume el profesor **Serrano** es la del compromiso desde la fe con vocación activa, en el sentido de escapar a esa pretensión de redu-



cir la moral y la religión al ámbito privado. Sin complejos, se denuncia, desde estas páginas, la actitud manipuladora de aquellos que, arropados en apariencias de tolerancia y de respeto al pluralismo, utilizan todos los medios a su alcance para acabar con la moral cristiana a

toda costa, sin que, por otra parte —aunque ello tampoco les justificaría—, contribuyan verdaderamente a la creación de una ética sustitutoria que llenase un posible vacío moral.

“¿Deben ponerse límites éticos a la investigación científica?”, es la siguiente cuestión planteada. Nuestro autor participa de un planteamiento escrupuloso respecto a la dignidad del hombre, lo que se erige en un muro de contención frente a posibles excesos en la investigación. Si configuramos a la posibilidad como el límite del obrar, estaremos, inexorablemente, erosionando el respeto al hombre. Por ello es precisa la reafirmación en la validez intrínseca del ser humano, que evite su instrumentalización al máximo, a través de la reconstrucción de una ética personalista.

No podemos pasar por alto la reflexión acerca de qué hay que entender por progreso. Al hilo de este interrogante, se rompe ese dogma vacío —tan peligrosa y tendenciosamente ideologizado— del “progresismo” de quienes no tienen otros argumentos sólidos que ofrecer. El progreso —se dice— está relacionado con el cambio o movimiento hacia una nueva meta, no la huida alocada hacia delante.

En la actualidad, lejos ya el recuerdo de las manipulaciones eugenésicas durante la Segunda Guerra Mundial por el “nazismo”, rebrotan planteamientos próximos a aquellos, bajo otras apariencias.

A continuación se plantea la tercera —o cuarta, según se incluya o no a la previa— cuestión: “la bioética, ¿exige una nueva forma de ética?”. Aquí se enjuician, en-

tre otros aspectos, la consideración en boga de que el progreso está conformando un nuevo hombre que reclama nuevos planteamientos éticos, así como el rechazo de la moral tradicional. Surge una moral acomodaticia, que produce como consecuencia, una bioética que renuncia a ser un instrumento crítico para la acción del hombre, convirtiéndose en una coartada o “posición justificadora de opciones tomadas en buena medida por intereses”. Nuevamente, el autor reivindica la filosofía personalista de inspiración tomista que se sustenta en una “ontología y metafísica del hombre y supone la capacidad de la mente humana de adquirir el sentido verdadero de su propio hacer”.

Las tres cuestiones restantes giran en torno al problema —o problemas, mejor dicho— que suscita el aborto, bajo los títulos siguientes: “¿podemos decir que desde la fecundación del óvulo nos encontramos ante un ser humano?”, “aun admitiendo que el concebido no nacido sea un ser humano, ¿podría justificarse su eliminación?” y “¿debe pensarse a quien comete un aborto voluntario?”

José Miguel Serrano aborda, desde el convencimiento, de manera rigurosa, una serie de consideraciones en defensa del “nasciturus”, víctima indefensa de la mentalidad materialista tan extendida en nuestros días.

Como en las cuestiones anteriores, se alternan puntos de vista distintos y enfrentados. Al presentar las opciones u opiniones ajenas —antagónicas, podríamos decir— se mantiene el rigor que exige la metodología expositiva elegida. Mas no por ello, como también es lógico en la dialéctica de las “quaestiones”,

se deja de ofrecer, sin apasionamientos distorsionadores, el punto de vista propio, pulquérrimamente argumentado.

Formula el autor su duda acerca de si no es previa, a menudo, la opción en favor del aborto al planteamiento de cuándo cabe hablar de existencia de vida. Es evidente que tal actitud resulta inadmisibile desde el punto de vista de la valoración moral. Tampoco intelectualmente el razonamiento es riguroso, pues sólo se trata de la justificación de ciertas prácticas.

Sucintamente, recoge las más extendidas teorías acerca de cuándo puede hablarse de existencia de un ser humano: en el momento de la fertilización, en el de la anidación, en la aparición de la estructura de la estría embrional, en el inicio de la vida cerebral, etcétera.

En el libro, se defiende el inicio de la vida desde la fertilización y, por tanto, la aparición de un nuevo ser distinto de quienes le engendraron, lo que condicionará, evidentemente, la respuesta a si cabe o no su eliminación en el seno materno.

Con valentía, se advierte la tendenciosidad con que se presentan estos temas con el fin de ir eliminando iniciales resistencias a través de eufemismos como hablar de “interrupción voluntaria del embarazo”, que supone simple y llanamente la muerte del feto, o la ocultación del motivo que lleva a muchos a defender el aborto, sin atreverse a manifestar que la razón no es otra que la comodidad personal y material, el evitar las cargas y molestias que conlleva tener un hijo.

El debate eminentemente jurídico —y por supuesto de

hondo calado moral, ya que, como también se apunta en el libro, ambas esferas, jurídica y moral, son tangentes a menudo— es abordado, a través de la colisión de derechos (de la madre y del *nasciturus*), si bien no se agotan las posibilidades—no lo pretende tampoco el autor— de argumentaciones jurídicas (cabría, a título ilustrativo, estudiarse el problema no sólo de la sanción, o de la tipificación como delito del aborto, sino

también el de la antijuridicidad y, además, hacer hincapié en otras alternativas a la despenalización como sería la aplicación del “estado de necesidad”).

Por último, en lo que respecta a la necesidad de castigar la comisión del aborto voluntario, el autor es firme partidario de ella, refrendando su posición con sólidos y fundados argumentos jurídicos.

En definitiva, nos encontramos ante un gran libro repleto

de sugerencias y escrito desde la convicción que plantea alguno de los temas más candentes relativos a la bioética.

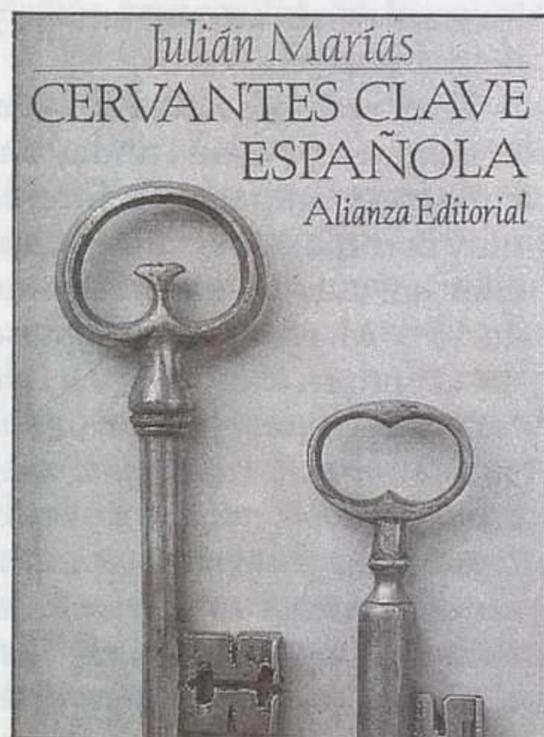
José DE LA TORRE
MARTINEZ

—Serrano Ruiz-Calderón, José Miguel. *Cuestiones de bioética*. Editorial Speiro, S. A. Madrid, 1991. 176 páginas.

Cervantes, clave española

Julián Marías comienza el último de los capítulos de su libro evocando a Goethe: “Lo que heredaste de tus padres, conquístalo para poseerlo”. No sería errado ver en la advertencia del longevo alemán el lema que acaso mejor comprendería buena parte de la trayectoria intelectual de Marías, seriamente empeñado en hacernos inteligible a los españoles el espíritu de nuestros antepasados. Marías ha demostrado siempre con sus ensayos y libros, con sus colaboraciones en diversas publicaciones periódicas y su participación de discreto en la vida pública, un hondo interés por lo que nos pasa a los españoles en particular y a la condición humana en general. Su punto de partida, esto es, su perspectiva, no puede ser otra que su propia “españolía”, libremente adoptada pero también irremediable y necesariamente asumida (lo que él llama *vocación*).

Que Cervantes constituye una de las partidas principales



de nuestra herencia histórica, no ha pasado inadvertido, como es bien notorio, para los Azorín, Américo Castro, Luis Rosales...; tampoco para el autor de este libro. Desde el siglo XVIII algunos hombres, entre los que no hubo en un principio tantos españoles como extranjeros, comienzan a caer en la cuenta de que con su Cervantes, entregaba la cultura española algo de valor excepcional a la cultura de los hombres. Sucedió que, por la influencia del pensamiento romántico ultrapire-

naico entre otras razones, se empezó a ver en la obra cervantina algo más de lo que la originaria tradición *jocosa* sugería. Como dijo Schelling, en sus obras se muestra “la lucha de lo real con lo ideal”.

Ha sido precisamente esta interpretación *seria*, la manera de pensar a Cervantes que más han gastado Ortega, Unamuno y el propio Marías. Recientemente se ha apuntado si esta “manera seria” de comprensión de Cervantes no sería tan sustancialmente española como se piensa, ya que, según es sabido, fueron en buena parte extranjeros los que inauguraron esta tradición.

Ni qué decir tiene que el propio título de la obra que nos presenta Marías, nos pone rápidamente sobre la pista de que, para el autor, son sin duda Cervantes y su obra una de las claves del genio de España.

Miguel de Cervantes, su circunstancia y sus mundos literarios no son temas nuevos en el acervo del autor. Al menos desde 1951, como apunta en el prólogo, sus inquietudes al respecto se vienen manifestando

bien en sus artículos, bien en sus conferencias, bien en los cursos y las enseñanzas que imparte.

Concéntrase la preocupación de Marías en la idea de libertad que se encarna de Cervantes; idea cuyo corolario es la afirmación cervantina: *"Tú mismo te has forjado tu ventura"*. Sin embargo, no se nos escapa que en nuestro clásico esta preocupación por la libertad, de cuando en cuando sublime, tiene el contrapunto de sus peripecias para arreglárselas y obtener su pan de cada día; contando con esto, no nos sorprenden los elogios excesivos de sus prólogos para un Duque de Béjar o un Conde de Lemos.

Marías se admira de las múltiples trayectorias que describe la vida de Cervantes, persona sin amigos y *"muy sin dineros"*. El común denominador de todas estas trayectorias es la vocación de libertad y plenitud personal, aspiraciones que no cedieron ante ningún obstáculo. Precisamente en el hondísimo lamento de **Don Quijote** (*"Yo sé quién soy"*, Parte I, cap. V) ve Julián Marías una afirmación radical de la voluntad del escritor: *"en aquella ocasión hubo de verse el caballero andante ultrajado y tachado de loco por las gentes"*. En saber Don Quijote quién era, vio Unamuno una soberbia arrogancia y Marías el espectáculo de una vida que afronta decidida la tribulación. En esta línea, es Cervantes un ejemplo de *"posesión de una vida"*. Siendo ésta, no obstante, el soporte de todo lo demás, advierte el autor que no es acertado dejar fuera todo el cúmulo de circunstancias, acaso el dato más externo y violento de una vida: *el momento histórico, la fortuna (la buena y la mala suerte), las decepciones, las dotes y las aptitu-*

des personales y, por qué no, la familia.

Es sabido que vivió Cervantes su vida con una intensidad y un ritmo envidiables; le alejaron sus peripecias de la península, al menos durante catorce años (Lepanto, Italia, cautiverio de Argel). Pero el resumen de estos y otros datos que no pasarían de ser anécdotas, más o menos relevantes, en la biografía de un hombre medio, cobran en Cervantes el sentido inesperado que Marías nos revela: *"la reabsorción de la circunstancia"*. El hombre Cervantes humaniza su circunstancia y llega a poseerla.

Tras esta aproximación del pensamiento a una vida, encuéntrase empero un interés muy acentuado por su significación en nuestra historia como nación. Marías toma el pulso del asunto en el capítulo *La posibilidad de Cervantes*: *"La existencia de éste era pura contingencia antes que se viera consumada y nos legara la estupenda presea de su obra. Una vez que contamos con Cervantes, se torna imprescindible, necesario, hasta el punto de que España no puede ser inteligida sin él. No es Cervantes una casualidad de nuestra historia, antes al contrario, es una de esas inflexiones de la historia que permiten a algunos hombres inteligentes describir discontinuidades en su curso, o el cénit o el resumen de una época"*.

Por otro lado, pretende Marías, con su método de las generaciones, despejar algunas dudas que plantea la presencia de Cervantes en su tiempo. Es sorprendente el hecho de que hasta 1605 no publicara el escritor ningún libro, exceptuando, claro está, *La Galatea*. Lo significativo es que para 1605 había perdido ya el poder la genera-

ción del Príncipe de los Ingenios. En opinión de Marías, Cervantes, biológicamente adscrito a los hombres de 1541, *"formó constelación"* con los de 1556. Así, cuando su tiempo tendría que haberse agotado hacia 1601, parece que le fueron concedidos, sin embargo, otros quince años, los necesarios para que junto a la generación más joven realizase su destino de escritor.

Para concluir, Cervantes no era el escritor tirando a mediocre que supuso Unamuno; esto fue, sin duda, uno más de los *jeux d'esprit* que formuló el Rector de la Universidad de Salamanca para su propio recreo. Muy al contrario, todos damos por archisabido que fue Cervantes un escritor fuera de lo común y ahí queda todo. Marías franquea ese tópico o lugar común y nos recuerda que no fue su genialidad un accidente: *"Cervantes ha vivido —se ha pasado la vida viviendo, viene a decir Marías— y sólo por este trabajo tan arduo llega a plasmarse su experiencia vital, radicalmente española, en los mundos imaginarios que son sus novelas, mundos a los que se nos recuerda que puede uno irse a vivir."*

Jerónimo MOLINA CANO

— Marías, Julián. *Cervantes, clave española*. Alianza Editorial, 1990. 268 páginas.

Mitos, sueños y misterios

Si todavía hubiera alguna duda sobre el descalabro de la “modernidad”, el mecanicismo, el materialismo, el racionalismo a ultranza, el funcionalismo y todos esos atajos que se han revelado larguísimos caminos hacia más o menos grandes desastres, aquí está esta colección, dirigida por **Isidro-Juan Palacios**. Empezar con **Swedenborg** es todo un programa. Seguir con Mircea Eliade es ya centrar más el clima, que podía correr el peligro de despeñarse en ocultismos inútiles. Mircea Eliade, el autor rumano fallecido en 1986 a los setenta y nueve años, fue, antes que nada, un fenomenólogo de la religión y le interesaron siempre las formas de la experiencia religiosa. Basta recorrer su obra, por lo general traducida al castellano, *Historia de las creencias y doctrinas religiosas; Herreros y alquimistas; Lo sagrado y lo profano; El chamanismo*, entre otras.

Este libro, original de 1988, es una recopilación de artículos publicados en distintas revistas en los años cincuenta. Pero la obra de **Mircea Eliade**, como esos mitos en los que tanto se detiene, no varió mucho a lo largo de casi medio siglo. En nueve capítulos trata temas tan apasionantes como el sentido general de los mitos en el mundo moderno; el mito del buen salvaje; simbolismo religioso y valorización de la angustia; la experiencia sensorial y mística entre los primitivos —lo que le permite insistir en el chamanismo—; poder y sacralidad

en la historia de las religiones; artículos sobre la Tierra como diosa madre y, finalmente, los misterios de la regeneración espiritual.

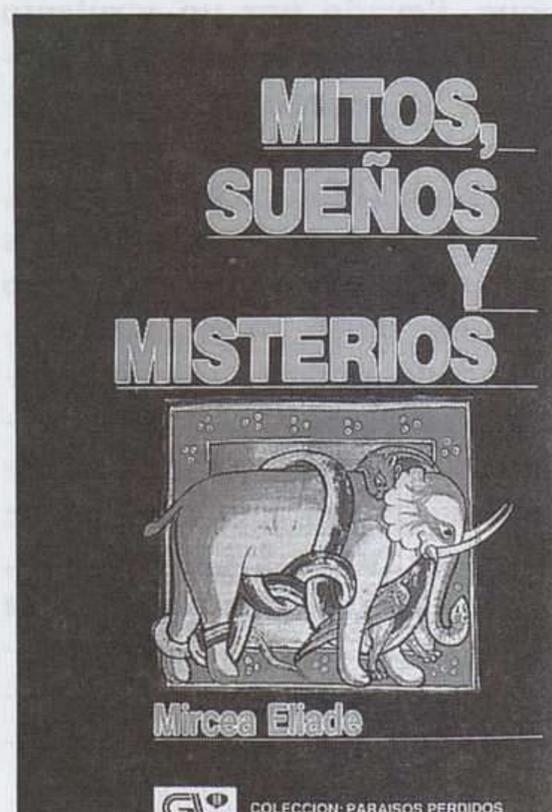
Son los temas clásicos, desde, por lo menos, **James Frazer**, a pesar de que el antropólogo inglés simplificó mucho todo, con un método que está ya muy lejos del que se emplea actualmente en la antropología cultural. Precisamente, uno de los defectos principales de las obras de Eliade es su dependencia de autores que luego no han resultado tan fiables. En general, Eliade escribe en tiempos de racionalismo y, aunque él toma sus distancias, no tiene el valor suficiente para enfrentarse. Es lo que ocurre con **Freud**. ¿Quién se atrevía en el mundo académico a no coincidir con Freud? Eliade lo hace citando más, por ejemplo, a **Jung**; pero más que oponerse a las simplificaciones freudianas trata de integrarlas.

La mayor parte de esos ensayos son descriptivos; si acaso con alguna explicación de tipo interno, de conexión de textos o de experiencias. Lo más suculento sigue siendo la concepción del mito como auténtica experiencia inicial fundadora, que da sentido a la vida y de ahí la fiesta como remisión al *in illo tempore*. Lo que aquí y en otras obras escribe Eliade sobre el mito es digno de mucha reflexión. Porque explica de forma clara por qué y cómo los mitos son indestructibles y permanecen en este tiempo actual.

En general, Mircea Eliade se especializa en detectar esas constantes humanas y esas dimensiones arquetípicas que aparecen y reaparecen siempre. Mucho del simbolismo religioso ha pasado después al arte cuando no a la aventura superficial de un relato de héroes y villanos, pero sigue ahí, como la posibilidad de la posibilidad.

Al recoger textos míticos Mircea Eliade tiene también ocasión de recrearse en algunos de esos complejos y laberínticos relatos que echan por tierra la idea del primitivo como alguien simple y escaso. Nada más jugoso que muchos mitos antiguos, con una lógica que supera con mucho el racionalismo monorrítico. Ocurre siempre con Eliade, que fue también novelista, que se disfruta leyéndole. Es interesante y no es pedante, no es académicamente pedante. ¿Se puede pedir más?

Alguien querrá saber, quizá, qué idea personal tenía de la religión este historiador de las for-



mas religiosas. No existen pronunciamientos sobre el asunto en este tipo de libros. Eliade se mantiene en la línea simplemente descriptiva. Pero en otras obras se puede ver cómo la creencia, en el sentido más profundo, se le presentaba como una necesidad moral. Muy kantiano en el fondo para poder admitir las clásicas pruebas de la existencia de Dios, no renunciaba a otras.

Entre los textos que he recogido de la lectura de Eliade figura éste que ahora traigo a colación: *"El sueño de esta noche. Dos ancianos que mueren solos, cada uno por su lado. Con ellos desaparecería, para siempre, sin testigos y sin dejar*

huella una historia admirable (que yo conocía). Terrible tristeza. Desesperación. Me retiré a una habitación cercana y recé. Me decía: Si Dios no existe, todo es absurdo, todo ha terminado" (Mircea Eliade, *Fragmentos de un diario*, Madrid, Espasa-Calpe, 1979, p. 165). Pienso que no está de más tener este texto en la cabeza al leer las exquisitas, bien escritas y apasionantes reflexiones de Eliade sobre el mundo del mito y de la religión de muchos pueblos "primitivos".

Mitos, sueños y misterios (Mythes, rêves et mystères) no es el mejor título, para lo que trata el libro. Hubiese sido más apropiado *Mitos, mística y religión*. Pero Mi-

tos, sueños y misterios suena evocador. Es honrado advertir al deseable lector que nada tiene esto que ver con el esoterismo, ni siquiera con el esoterismo en su mejor momento. Esto es fenomenología comparada de las religiones, hecha con rigor y con las limitaciones ya señaladas. Una obra seria.

Rafael GOMEZ PEREZ

— Mircea Eliade, *Mitos, sueños y misterios*, Grupo Libro 88. Colección Paraísos Perdidos. Madrid, 1991. 251 páginas.

El nacionalismo vasco

En *Memorias de un federalista*, ya dijo **Salvador de Madariaga** que si bien "el separatismo catalán" (*sic*) podía avalar su tesis de una Cataluña independiente tergiversando hechos históricos, "el separatismo vasco" no disponía de ningún acontecimiento al que dar la vuelta. Los nacionalistas vascos, en consecuencia, han tenido que recurrir a la "mitología" para desplazar a la ciencia contando con la ayuda y la subvención del poder, como afirman los dos historiadores y profesores de la Universidad de Deusto, que dedican el primer capítulo de *El nacionalismo vasco* a iluminar la oscuridad que a los "bizkaitarras" les interesa mantener para legitimar sus veleidades y victimismos.

Desde el siglo XVI hay erudi-

tos que rastrean el origen del pueblo vasco en el Antiguo Testamento. El escritor francés **Chaho**, durante el Romanticismo, elaboró uno de los mitos más duraderos: la invención de un patriarca ario engendrador de la raza vasca, Aitor; al tiempo que, llevado por un virulento antisemitismo, consiguió erradicar las genealogías que emparentaban a los vascos con los antepasados bíblicos de los judíos. Pocos años después, a finales del siglo XIX, apareció **Sabino Arana**, quien, prontamente secundado por sus correligionarios, exacerbó al máximo el número y la magnitud de las fantasías. La única diferencia que separa a Arana de Chaho, **Poza**, **Astarloa** o **Larramendi** es la idea de la independencia política vasca, nunca formulada antes de él. "Lo que de veras arras-

traba entonces y sigue alentando ahora no es otra cosa sino el sentimiento de creerse hostigado y diferente por superior y la magia ambigua de la liberación nacional" (pág. 43).

El mito del pueblo vasco como nuevo pueblo elegido, propagado por todos estos autores, contribuye a explicar la unión de la Iglesia con el nacionalismo, similar a la del alma y el cuerpo. Derrotado definitivamente el carlismo en 1876, el PNV se presentaba ante muchos sacerdotes como la última posibilidad de oponerse con éxito al laicismo. Así, los sacerdotes "jamás se sentirán metidos en política porque el servicio a la causa de la nación vasca es para ellos un genuino ministerio sacerdotal" (pág. 66). Las actitudes católicas y conservadoras, que enmascaran todavía una ideología racista y fanática, llevan a algunos

sectores del clero, a las derechas y a los nacionales, tanto vascos como del resto de España, a proponerle al PNV colaborar con ellos. Cuando los "bizkaitarras" se alían con el Frente Popular, la ira de sus hermanos de fe será tremenda. Los nacionalistas, entonces y hoy, como todo nacionalismo totalitario, lo condicionan todo, incluso la religión, a la realización de su meta: la independencia de Euskadi, con Navarra o sin ella, en pocos años o a lo largo de un siglo. Más tardaron los judíos en regresar a Israel.

men. El sector clerical más combativo elaboró "una justificación cristiana de la violencia" (pág. 166) que perdura en la actualidad. Logrado un Estatuto de máximos y amedrentada la oposición no-nacionalista mediante el terrorismo, el PNV intentó disolver la ETA, pero el monstruo ha crecido y obra por su cuenta. En esta situación nos encontramos cuando la aprobación del documento sobre el derecho a la autodeterminación en el Parlamento autonómico vasco y los conflictos independentistas en la URSS y los Balcanes hacen soñar a muchos "abertzales" con que, por fin, verán la tierra prometida.

Junto al mito (o, más apropiadamente, el timo), está el misterio. Y es un misterio que el nacionalismo, y su odio al forastero, haya calado entre un pueblo de emigrantes hasta el siglo pasado y que haya incorporado a su proyecto a cientos de miles de "maketos" castellanos o gallegos, pese al desprecio con que aún son vistos por parte de las bases tradicionales "bizkaitarras" (el caso emblemático es el del obispo de San Sebastián, que compensa su carencia de apellidos "euskaldunes" con el más furibundo sentimiento "abertzale" de los prelados vascos y navarro). En la cultura, la política y el gobierno, lo nacionalista ejerce una hegemonía asfixiante, pese a que los partidos de esta ideología, roto el monopolio del partido de Arana, no suman ni el 40 por ciento del censo electoral, y el propio PNV, el principal beneficiario, no llega ni al 19 por ciento. Sin duda porque "una sociedad atemorizada piensa que sus diferencias con el nacionalismo dominante sólo pue-

den ser desahogadas en privado" (pág. 149); pero también porque en el resto de España se ha impuesto la identificación de nacionalista con vasco. En mi opinión los autores debían de haber insistido más en este punto, pero, a fin de cuentas, este es un libro divulgativo y los exhaustivos epígrafes bibliográficos, redactados por Azcona, permiten a cualquiera que lo desee acudir a las fuentes originales y hacerse con una información más dellatada.

Pedro FERNANDEZ
BARBADILLO

— García de Cortázar, Fernando y Azcona, José Manuel. *El nacionalismo vasco*. Historia 16. Madrid, 1991. 207 págs.

Publicaciones desde Ecuador

La Fundación Ecuatoriana de Estudios Sociales nos envía con alguna asiduidad publicaciones editadas por ella. La muestra es variada, aunque responda al previsible repertorio de labores que la denominación de esa Fundación deja suponer.

Los títulos recibidos hasta ahora son siete. Se trata de libros o folletos de autores diversos, en un repertorio que podría

De la derrota en la guerra surge un nuevo mito. "La afirmación nacional vasca pasa ya por una Guernica aniquilada, que presta al mismo tiempo el símbolo inequívoco de la voluntad de supervivencia de un pueblo y de la obstinación depredadora de otro" (pág. 84). Durante el franquismo fueron los sacerdotes los que mantuvieron la semilla del "abertzalismo", mientras muchos militantes nacionalistas se acomodaban en el régi-

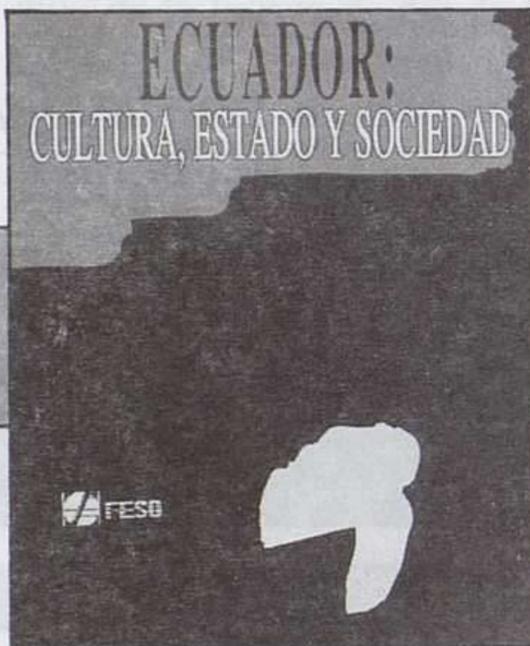
encuadrarse en: temas generales, por ejemplo, *Ecología y Desarrollo* o *Comunicación, Ética y Paz social*; temas nacionales, así, *Ecuador: Cultura, Estado y Sociedad* o *¿Encuentro de dos culturas o resistencia indígena?* temas políticos y sociales, como *El futuro de la democracia en América Latina* o *El pensamiento de la Iglesia Católica en los últimos cien años*; en fin, otros diversos como un libro de

Diego Oquendo, Premio Nacional de Periodismo 1990.

La mayor parte de las obras citadas lo son en colaboración, por lo que, al ser la aportación múltiple, resulta más enriquecedora. Quizás, para el lector español, los títulos que más se ciñen a la realidad inmediata—como los relativos a Ecuador—en particular o a América Latina

en general— sean los que presenten un mayor interés, en cuanto que describen situaciones y problemas sobre los que desgraciadamente no disponemos aquí de información suficiente. Bienvenida la que nos ofrecen este repertorio ecuatoriano.

Carmelo CAMPOARIQUE



Han colaborado en este número de primavera por orden de aparición

—José María Aznar

Presidente Nacional del PP. Licenciado en Derecho por la Universidad Complutense. Inspector de Finanzas, en excedencia. Entre 1982 y 1987 fue Secretario General Adjunto de AP. Diputado por Avila y por Madrid en la III y IV legislaturas, respectivamente. Ha sido, además, presidente de la Comunidad Autónoma de Castilla y León. Es autor del libro *Libertad y Solidaridad* (1991).

—Lorenzo Bernaldo de Quirós

Abogado. Master en Economía Política. Autor de los libros *El socialismo es el problema* (en colaboración con Enrique de Diego), *Proceso al Estado* y *Por la Europa de la Libertad: una propuesta española*. Asesor de la "Atlas Economic Research Foundation" de EE.UU.

—José Luis Varela

Catedrático de Literatura española en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense. Doctor en Filología Románica. Académico correspondiente de la Real Academia Gallega (1947), de la Historia (1967) y Española (1972). Premio Nacional de Literatura Miguel de Unamuno. Entre su amplia obra se cuentan *Vida y obra literaria de G. Romero Larrañaga* y *Ensayos de poesía indígena en Cuba*.

—Rafael Gómez Pérez

Doctor en Derecho y Filosofía. Profesor de Antropología en la Universidad Complutense. Profesor de Historia Económica en la Institución Empresarial Europea. Autor de más de cuarenta libros, entre los que figuran *Represión y Libertad*, *El humanismo marxista* y *Cómo entender este fin de siglo*.

—Miguel Angel Cortés

Diputado nacional. Portavoz de Cultura del Partido Popular.

—Gregori German

Periodista ruso. Licenciado en Filosofía Hispánica por la Universidad "Lenin". Trabajó en la editorial *Pravda* del Comité Central del Partido Comunista de la antigua Unión Soviética. Actualmente reside en España donde colabora con diversos medios de comunicación.

—Rafael Puyol

Catedrático de Geografía Humana de la Universidad Complutense de Madrid, de la que actualmente es Vicerrector. Especialista en demografía, es Presidente del Grupo de Población de la Asociación de Geógrafos Españoles y Vocal de la Junta Directiva de la Real Sociedad Geográfica. Entre sus publicaciones destacan *Emigración y desigualdades regionales en España*, *Población y espacio*, *Población y recursos*, *Población española* y dos Manuales de Geografía Humana.

—Belisario

Pseudónimo de un especialista en temas de migración.

—Pablo Antonio Cuadra

Escritor y poeta.

—**Pedro Fernández Barbadillo**

Licenciado en Derecho. Colaborador habitual en *Razón Española*, *Nueva Revista* y en algunos suplementos culturales de la prensa diaria.

—**M.^a Gemma Prieto Gutiérrez**

Licenciada en Derecho, Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense. Profesora de Teoría del Estado y Derecho Internacional Público en el CEU San Pablo.

—**José Luis Monegro**

Equipo de periodistas especializados en materia cultural.

—**Francisco Sanabria Martín**

Director de *VEINTIUNO*. Doctor en Derecho. Diplomado en Comunicación Social. Técnico de Información del Estado. Ex subsecretario de Cultura. Consejero de Administración de RTVE. Entre otros libros es autor de *Radiotelevisión, Comunicación y Cultura* y *Estudios sobre Comunicación*. Secretario General de la Fundación Cánovas del Castillo.

—**Virginia Sanabria**

Licenciada en Historia.

—**Jerónimo Molina Cano**

Estudiante de Ciencias Políticas. Estudiante de Derecho por la Universidad a distancia. Colaborador en la prensa regional de Murcia.

—**Lucas Beltrán**

Catedrático de Economía Política y Hacienda Pública de la Facultad de Derecho de la Universidad de Murcia y, sucesivamente por concurso, también de las Universidades de Salamanca, Valladolid y Complutense. Premio Aznar de Periodismo 1976. Entre sus numerosos libros destacan: *Historia de las doctrinas económicas*, *La nueva economía liberal* y *Cristianismo y economía de mercado*.

—**José de la Torre Martínez**

Es Licenciado en Derecho. Abogado. Profesor Titular interino de Escuela Universitaria, de Filosofía del Derecho, Moral y Política I. Facultad de Derecho de la Universidad Complutense.

—**Carmelo Campoarique**

Doctor en Derecho, especialista en Ciencias Políticas y Sociales.

VEINTIUNO - BOLETIN DE PEDIDO

Primer apellido:

Segundo apellido:

Nombre:

Domicilio:

Localidad: C. P.: Provincia:

SUSCRIPCION A LA REVISTA VEINTIUNO (4 números). Del n.º..... al n.º.....

PRECIOS

	ESPAÑA	EUROPA	AMERICA
<input type="checkbox"/> Suscripción ordinaria:	3.500 ptas.	3.800 ptas.	4.000 ptas.
<input type="checkbox"/> Suscripción de estudiantes:	2.500 ptas.	2.800 ptas.	3.000 ptas.
<input type="checkbox"/> Suscripción de honor:	10.000 ptas.	10.000 ptas.	10.000 ptas.

COLECCION DE LIBROS VEINTIUNO

Ruego me remitan ejemplar/res del libro:

Título:

Autor: N.º de Col.:

A precio de: Ptas./ejemplar.

Ptas./ejemplar: x ejemplares.

TOTAL: Ptas.

FORMA DE PAGO:

Mediante talón bancario nominativo a la Revista **Veintiuno-Fundación Cánovas del Castillo**.

Calle Marqués de la Ensenada, 14-16, 3.º. Oficina 25. 28004 Madrid. Tels.: 3195904/08. Fax: 3198258.

Seguramente tendrá usted algunos amigos a quienes les interesará conocer y, en consecuencia, recibir un ejemplar de Veintiuno. Puede consignar sus nombres y direcciones respectivas en las casillas situadas al efecto. Muchas gracias, a usted se lo agradecerán, por su gentileza.

Nombre	Estudiantes	Dirección	Localidad
	<input type="checkbox"/>		

EL FUNDAMENTALISMO ISLAMICO

Primer volúmen de una serie imprescindible para acercarnos a las claves de nuestro tiempo

José María Aznar
Mounsif Chenoufi
Rainer Glagow
Thomas Koszinowski
Salvador López de la Torre
Carlos Robles Piquer
Mohamed Shaalan
Jesús Trillo-Figueroa
Ali Umlil
Bernd M. Weischer

P.V.P. 1.800 Pts.

Veintiuno
COLECCION

La difusión en algunos países árabes del integrismo religioso no sólo obstaculiza la democratización y modernización del mundo islámico, a juicio de algunos analistas, sino que además llega a dificultar sus relaciones culturales y políticas con Occidente.

A fin de abordar tan espinosa cuestión y con el convencimiento de que es necesario un diálogo constructivo de comprensión mutua entre las partes, surge este libro.

El fundamentalismo islámico recoge un amplio elenco de ponencias recientemente vertidas en el seminario que, sobre «El Islam y la Política», ha organizado la Fundación Cánovas del Castillo con la colaboración de la Fundación Hanns Seidel.

FUNDAMENTOS DEL ISLAMISMO

de nuestro tiempo
se acercamos a las clases
de las mujeres musulmanas para
que ellas mismas se apropien de sus
propios conocimientos y valores.

El Islam es una religión que se basa en la fe y en la práctica. Muchas gracias a usted por haberse interesado por este tema. Puede encontrar más información en el sitio web de la Fundación Islámica de Venezuela.



El Islamismo

La Fundación Islámica de Venezuela es una organización sin fines de lucro que tiene como objetivo principal promover el conocimiento y la práctica del Islam en Venezuela. La fundación ofrece cursos, talleres y conferencias para todas las edades y niveles de conocimiento. Además, la fundación trabaja en la promoción de la cultura islámica y en la defensa de los derechos de los musulmanes en Venezuela. La fundación también ofrece servicios de asesoramiento y apoyo a las comunidades musulmanas. Para más información, visite nuestro sitio web o contáctenos por correo electrónico.

Escápate a Sevilla



Si quieres ver mundo, recorrer uno por uno más de cien países, conocer en su salsa el arte africano o esquimal, probar comidas exóticas, tratar con gentes diferentes, echar un vistazo a lo que nos traerá el futuro y, como quien no quiere la cosa, disfrutar con los mejores espectáculos, no lo pienses más. Hazte una escapada a Sevilla y aterriza en Expo'92. Toda una experiencia.

EXP**'92**
SEVILLA

20 ABRIL - 12 OCTUBRE 1992
AHORA O NUNCA